

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



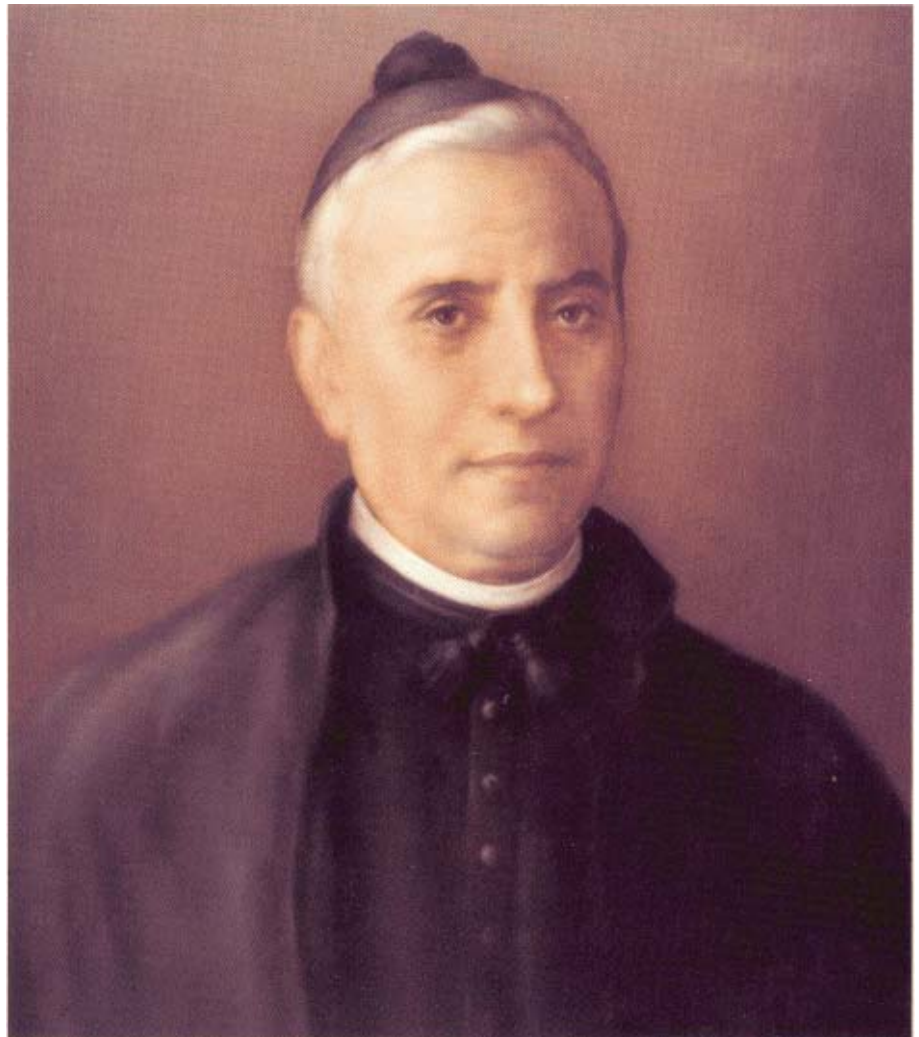
San José Manyanet,
profeta de la familia

El beato Pere
Tarrés i Claret

San José
Manyanet,
apóstol de la
familia

El obispo
Marcelo
González, un
gran hombre
de Iglesia

La síntesis de
santo Tomás



Beato Pere Tarrés:

«¡Qué gozo haber podido ser sacerdote!»

Sumario

El beato Pere Tarrés i Claret, médico, apóstol y sacerdote <i>Francesc Raventós Pujol, pbro.</i>	3
Pere Tarrés: la Iglesia al servicio de los enfermos pobres <i>Gerardo Manresa Presas</i>	6
Pere Tarrés y la virtud de la pureza <i>G.M.P.</i>	10
San Josep Manyanet, apóstol de la familia <i>Josep M^a Blanquet, S.F.</i>	12
Santos de Cataluña del siglo XIX <i>Oriol Anquera de Sojo</i>	16
El beato Carlos de Austria, emperador de Austria y rey de Hungría <i>María Reyes Jaurrieta Galdiano</i>	18
El obispo Marcelo González, un gran hombre de Iglesia <i>Francisco Canals Vidal</i>	24
«Tomás de Aquino. Un pensamiento siempre actual y renovador»	25
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XV). La causa de la fiesta del Corazón de Jesús ante la Sagrada Congregación de Ritos <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	29
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	34
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	35
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	38
Orientaciones bibliográficas <i>Jorge Martínez</i>	40
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	41
Hace 60 años <i>J. M.^a P. S.</i>	44

RAZÓN DEL NÚMERO

EN plena campaña secularizadora, donde cada día recibe la Iglesia alguna descalificación o incluso insulto, Su Santidad Juan Pablo II ha beatificado a mosén Pere Tarrés y ha canonizado al padre Josep Manyanet.

La Providencia ha dispuesto para estos calamitosos tiempos que un rayo de luz y de esperanza se proyecte sobre los católicos españoles –y catalanes en particular– al recibir con gozo el regalo a que nos tiene acostumbrados el Papa. En este mundo dominado por la triple concupiscencia –hoy más presente que nunca– los santos elevan la temperatura espiritual de la sociedad y son testimonio de la real posibilidad de vivir un ideal de perfección según el mandato de Cristo.

De mosén Pere Tarrés, tan cercano en el tiempo, podemos destacar precisamente las virtudes más necesarias: la pureza, la devoción a María, el amor a la Eucaristía. El doctor Pere Tarrés, médico y sacerdote, vivió su profesión como un instrumento de servicio cristiano hacia los enfermos y necesitados –principalmente los tuberculosos– y vivió su definitiva vocación, el sacerdocio, como una imitación de Cristo, que él quiso muy conscientemente llevar sin ninguna concesión. ¡Qué gran ejemplo para los sacerdotes de nuestro tiempo! Para el beato Tarrés, sus múltiples trabajos sacerdotales no podían agotar la fuente espiritual y sobrenatural de la que brotaban: la oración íntima con Dios y la confianza en la maternal protección de María Santísima.

El padre Manyanet sintió una vocación expresa de proponer al mundo cristiano el ideal de vida que irradia de la familia de Nazaret. Si hoy hablamos de la Sagrada Familia como algo propio y en cierto modo distinto de Jesús, María y José, se debe a la comprensión del padre Manyanet, que entendió que los más grandes santos que han pisado la tierra han formado, en su mismo origen y razón de ser, una familia. Esta lección, cuya manifestación más expresa –como lo recordó el Papa en la homilía de canonización– es el templo expiatorio de la Sagrada Familia de Barcelona, cobra hoy una especial y muy oportuna significación. En la familia se juega el porvenir de la humanidad y de la Iglesia. El enemigo del hombre, el diablo, lo sabe y ha puesto en su destrucción todas las artimañas y mentiras como nunca las hubo en la historia.

Decía Balmes que la familia no podría ser destruida por ninguna doctrina. Pensaba que los errores doctrinales sólo podían hacer mella en los individuos, pero no podían llegar al núcleo más íntimo de la sociedad, esto es, a la familia, cuyos lazos afectivos se ofrecían como una muralla frente a cualquier ataque exterior. Pero los tiempos actuales, que son verdaderamente apocalípticos, han descompuesto las relaciones humanas más entrañables mediante las disposiciones que incitan y trivializan la sexualidad; las leyes que legalizan el divorcio; los llamados matrimonios entre homosexuales; el aborto –presentado como un derecho de la mujer– y todo el conjunto de disposiciones encaminadas a pervertir la inocencia de las almas más jóvenes.

La única salvación efectiva de la familia humana es la Sagrada Familia. El mensaje del padre Manyanet es providencial.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Fundación Ramón Orlandis - D.L.: B-15860-58

El beato Pere Tarrés i Claret, médico, apóstol y sacerdote

FRANCESC RAVENTÓS PUJOL, pbro.

LA Iglesia de Barcelona cuenta desde el día 5 de septiembre con un nuevo beato que se suma a la corona de santos a dicha Iglesia y que es gloria de toda Cataluña y de la Iglesia universal.

Pere Tarrés Claret nació en Manresa el día 30 de mayo de 1905, hijo de Francesc Tarrés Puigdemívol, mecánico del gremio textil y de Carmen Claret Masats. Familia obrera que tuvo tres hijos, él era el mayor y le seguían dos niñas, Francesca i Maria Salut. Por problemas laborales del padre emigraron primero a Badalona y luego a Mataró donde en el colegio de los padres escolapios hizo su primera comunión. Regresaron en 1914 a Manresa estableciéndose en el piso de una fábrica. Él mismo lo explicaba años más tarde: «Soy hijo de obreros, viví en un piso sobre unas naves, donde todo vibraba de noche y de día».

El médico

CURSÓ todo el bachillerato con la ayuda de unas becas del Ayuntamiento de su ciudad natal, obteniendo brillantes calificaciones. En 1921 se traslada a Barcelona para estudiar la carrera de médico, ya que en la profesión médica descubría, según él mismo afirmaba, una gran manera de poder ayudar a los que sufren. En estos años Tarrés dio de sí todo lo que pudo: lo que más le preocupaba era su vida espiritual y su formación científica. La vida espiritual era alimentada por la recepción de los sacramentos y la oración frecuente, ayudado por su director espiritual, el padre Joaquín Serra, mártir en el 1936, y sacerdote del Oratorio de San Felipe Neri, que residía en el mismo barrio de Gracia en donde Tarrés se hospedaba.

En sus estudios causa verdadera impresión ver el certificado académico en el que consta que durante los seis años universitarios obtuvo veinticuatro sobresalientes, de los cuales quince llevan la connotación de «con premio» y alcanzó el premio extraordinario de licenciatura, a los 23 años de edad. El doctor Francisco Esquerdo, uno de los profesores que él más admiraba, intuyó en su discípulo una precoz madurez profesional y clínica, llegando a decir

de él: «Tarrés llegó a la categoría de un buen clínico, a pesar de su juventud». Por ello le nombró ayudante de cátedra y su sustituto en las clases de la Universidad Autónoma.

Estaba enamorado de su profesión, decía: «La medicina es el medio más adecuado para servir a Dios en los cuerpos y las almas de nuestros semejantes». Tenía un gran sentido de responsabilidad y se entregaba a los enfermos con una delicadeza y una caridad hasta el heroísmo, viendo en sus pacientes al mismo Jesucristo.

A punto de acabar la carrera, y en el pueblo de Monistrol de Calders, donde substituyó al médico de la población que estaba enfermo, tiene lugar uno de los momentos más importantes de su vida que marcan decididamente su orientación hacia Dios: la noche de Navidad de 1927, hace su voto de castidad perpetua. Escribe él mismo en su diario: «Sentía que el Señor me pedía un gesto de generosidad». Medio siglo más tarde, en 1976, el pueblo de Monistrol de Calders grabará monumentalmente en un monolito el compromiso religioso del profesional médico que tan grato recuerdo dejó de su breve estancia en la población. No es exagerado afirmar que es el único monumento a la castidad que existe en el mundo.

Animado por sus maestros fija su residencia en Barcelona. Será en esta ciudad donde ejercerá, con una competencia notable, su profesión. Pronto conquistó numerosa clientela. Siente por la medicina una vocación clarísima y se la toma muy en serio. Desde 1928 trabajó dándose totalmente a la atención de los enfermos.

Apóstol seglar

TARRÉS compaginó sus estudios y su misma profesión médica con actividades apostólicas en organizaciones de Iglesia hasta llegar a ser en ellas un apóstol celoso y un dirigente responsable.

Gracias a su director espiritual el joven médico Tarrés a finales de 1931 entró a formar parte de la recién creada «Federació de Joves Cristians de Catalunya» (la FJC). La Federación fue un movimiento juvenil que en los años treinta invadió rápi-

damente gran parte de Cataluña. Era una organización hecha expresamente para aquel momento. Pere Tarrés entró en la FJC, desde el primer momento, con la disponibilidad en él tan característica. Con su prestigio de médico, con su sólida formación religiosa y con sus arraigadas convicciones, con su celo infatigable y, además con su simpatía proverbial, se convertía en el prototipo del ideal «fejocista». Trabaja con todas sus fuerzas en ella sin dejar su despacho de médico ni aflojar su atención total a los enfermos. Al igual que los restantes dirigentes, se lanza por los caminos de Cataluña, como un misionero laico. Con su pequeño coche Opel, que él consideraba un instrumento de trabajo, recorrió casi toda la geografía catalana para hablar abiertamente de Dios, de la Iglesia y de la vida cristiana, ante jóvenes congregados en actos generales comarcales o reunidos en grupos. Atendió a la formación de los grupos nuevos que surgían y mantuvo correspondencia con muchos de ellos; redactó escritos para las publicaciones que se iban editando, sobresaliendo el artículo semanal «glosa», para jóvenes, en el semanario de la FJC, *Flama*, que era esperado con sumo interés por los lectores.

Lo que arrastraba y enardecía a los jóvenes era la espiritualidad profunda, la convicción que se desprendía de sus palabras. Era sencillamente un apóstol, un testigo radical de la fe, con la palabra y con la pluma.

Médico en el frente de guerra

PARA el médico Tarrés, como para tantos otros, el periodo de la guerra entre hermanos, que va de julio de 1936 al mes de abril de 1939, fue una época de una gran tensión y de ruptura que le obligó abrir un paréntesis en su vida. Lo que él tenía como dedicación: el ejercicio médico y la obra de apostolado de cara a los jóvenes, todo tuvo que frenarlo y hasta suprimirlo.

En los días trágicos del comienzo de la guerra y de la persecución religiosa Tarrés se encontraba en Montserrat para practicar ejercicios espirituales en una tanda organizada para los dirigentes de la FJC. El abad, Antonio María Marcet, ante la gravedad de los hechos, envió al médico Tarrés y al novicio benedictino del Monasterio, Juan Parellada, antiguo fejocista y también médico, a la Generalitat en un coche con una improvisada bandera de la Cruz Roja, para que se entrevistaran con las autoridades a fin de salvar el célebre santuario, que se temía fuese incendiado por los miembros anarquistas de la FAI. Gracias a sus gestiones pudo salvarse el Monasterio y el Santuario.

A partir de aquellos dolorosos días Tarrés intentó

continuar su actividad médica durante las primeras semanas de la guerra, pero cuando supo que era buscado para matarle y que la situación podía hacerse insostenible sobre todo para su anciana madre y para sus hermanas, aceptó esconderse. Pasó más de un año refugiado en varias casas de Barcelona, estando diez meses en la vivienda de una familia en un barrio de la vieja Barcelona. En su encierro Tarrés reza, lee mucho, escribe y estudia.

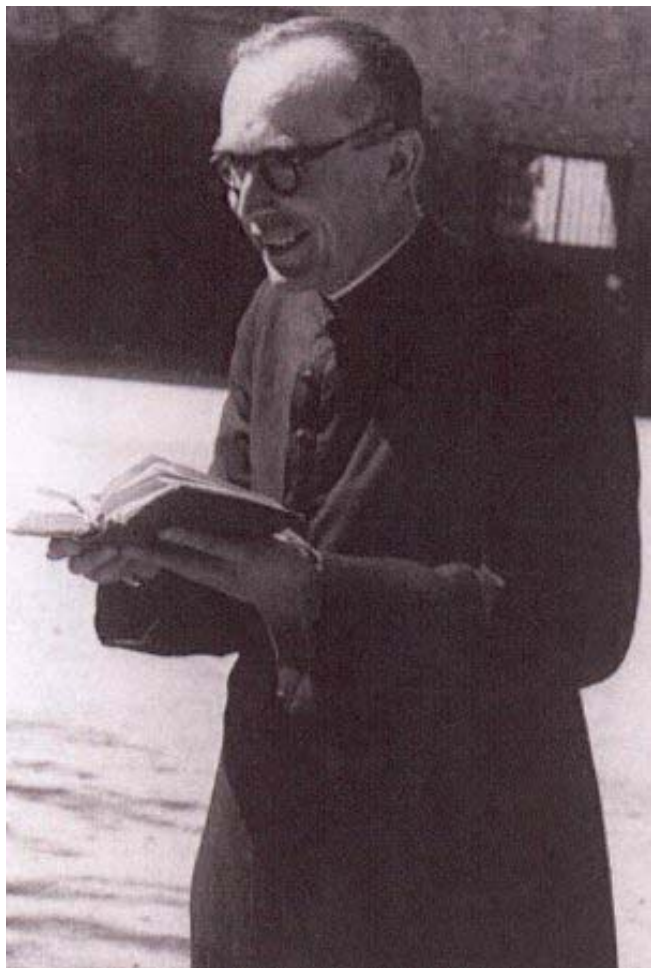
A los diez meses de catacumbas vuelve a ejercer su profesión hasta que a finales de mayo de 1938 fue obligado a incorporarse como médico en el ejército republicano. Serán ocho meses de sufrimiento. Escribe día a día su «Diario de guerra» y en él y en las muchas cartas que escribió a su madre pone de manifiesto cómo vivía en el frente, dejando un valioso documento de la guerra con unos hechos referidos con toda veracidad y con plena objetividad, y a la vez retrata el espectáculo de un cristiano que mantiene su fe, que se esfuerza en vivir su vida interior, que manifiesta su gran amor a Dios, que alaba a la Virgen María a la cual se confía en su difícil situación, y que se entrega con un amor total al ejercicio de su profesión médica con toda competencia y donación, ayudando a los heridos y a los enfermos a pesar de la pobreza de los medios, del ambiente materializado y de la situación compleja y difícil como es la de un frente de guerra: es la obra clave para conocer el alma de Tarrés.

Sacerdote

AL terminar la contienda, su amor y entrega a los demás le llevaron hacia el sacerdocio. Fue ordenado sacerdote el día 30 de mayo de 1942, y anota en su «Diario íntimo», la vigilia de este día, lo que siente en su interior ante la gracia del sacerdocio: «¡Señor, mañana, sacerdote! No puedo escribir todos mis pensamientos. ¿Propósitos? Uno, Señor. Sacerdote santo. Cueste lo que cueste».

A los pocos días recibió su primer destino como coadjutor del pueblo de Sant Esteve Sesrovires y su agregado parroquial Sant Joan Samora. Con ésta su manera de obrar admiró y dio un gran ejemplo a los feligreses. En su «Diario» explica en pocas notas las múltiples actividades a las que se entregó. Dedicaba tiempo a la catequesis a niños y a mayores y daba clase de cultura general para chicos y chicas, organizó tandas de Ejercicios y retiros espirituales, conferencias para padres y madres de familia, peregrinaciones a Montserrat, salidas culturales. Instituyó la Fiesta del Libro y organizó cuadros escénicos y una coral. Fue una entrega total.

Por obediencia y sólo por ella Tarrés interrumpe sus trabajos apostólicos en «sus pueblos» —como le



gustaba llamarles— y va a licenciarse en teología a Salamanca, obteniendo el grado de licenciado en noviembre de 1943.

Con el retorno de Salamanca empiezan para el sacerdote Tarrés cinco años de un incansable apostolado. Abarca los más diversos campos. La verdad es que se cuenta con él para todo. Y a todo se entrega con su habitual generosidad y rigor: viceconsiliario diocesano de los Jóvenes de Acción Católica; capellán de las religiosas Franciscanas Concepcionistas del «Poble Sec»; consiliario de los Centros de Acción Católica femenina de señoras y jóvenes de Sarriá. Posteriormente es nombrado director del Secretariado Diocesano de Beneficencia; director de la Obra de la Visitación; también consiliario de los «Antics Escolans» de Montserrat; profesor y consiliario de la Escuela Católica de Enseñanza Social; capellán del Hospital de «La Magdalena», destinado a mujeres públicas, y todavía le quedará tiempo para asesorar a la Junta de Protección de la Mujer. Fue nombrado confesor ordinario del Seminario Conciliar. Una tarea ardua y amplia. El bien que sembró no puede calcularse. Sus jornadas, saturadas de actividad, eran abrumadoras, y su descanso, breve.

Se preocupaba por los más necesitados de su tiempo: las familias que vivían en los suburbios de la gran ciudad, y por los enfermos de tuberculosis, enfermedad muy extendida en aquellos años. Siendo director del Secretariado Diocesano de Beneficencia —entidad que precedió a la futura Cáritas— fundó el Organismo Benéfico Antituberculoso (OBA) para ayudar a estas personas y fundó con su amigo el doctor Manresa la Clínica Sanatorio Nuestra Señora de la Merced.

Enfermedad y muerte

A los siete años de su ordenación y de agotador apostolado, durante los primeros meses de 1950 el reverendo Tarrés siente que su salud se debilita cada vez más. Cae gravemente enfermo de cáncer, dando un admirable ejemplo de caridad y de aceptación de sus intensos sufrimientos que ofrece para la santificación de los sacerdotes; da una verdadera lección de fortaleza, lo cual fue causa de una gran admiración y de ejemplo para los médicos y enfermeras que lo atendieron, para los sacerdotes amigos y para los mismos enfermos del Sanatorio. En él consuma la oblación de sí mismo. El sufrimiento le ha acompañado toda la vida. Decía: «Me preparo para morir como un buen sacerdote. ¡Oh, el sacerdocio! Después de la creación, es lo que he hallado más grande en la tierra. En él lo he encontrado todo. Ahora celebro mi última misa; es la mejor y la más solemne. ¡Qué grande es la dignidad sacerdotal! ¡Qué gozo haber podido ser sacerdote y morir en continuo acto de amor y de sufrimiento, como un presente digno del Padre del cielo». «A la Virgen María la amo mucho, muchísimo.

¡Qué contento estoy de haber sido su apóstol! Repetía, a pesar del intenso sufrimiento: «¡Qué bueno y misericordioso es Dios para conmigo! ¡Qué contento estoy!».

Murió plácidamente la tarde del día 31 de agosto de 1950. Su muerte fue la coronación de su vida santa. En el mármol que cerraba su nicho en el cementerio, antes de ser trasladado a la iglesia de Sarriá, donde actualmente reposa, estaba grabada una síntesis de su vida. Dice así: «Su juventud fue una llama de apostolado y una glosa viviente de la pureza; su profesión médica fue siempre un sacerdocio y su vida sacerdotal una locura de amor a Dios y a las almas».

Al morir, —tenía sólo 45 años— el propio obispo de Barcelona, doctor Gregorio Modrego, dijo de él públicamente: «En la muerte de mis sacerdotes os recomiendo que los imitéis en tal o cual virtud; al Dr. Tarrés os puedo decir que lo imitéis en todo». Su huella e impacto perduran.

Pere Tarrés: la Iglesia al servicio de los enfermos pobres

GERARDO MANRESA PRESAS

«¡Tu, Tarrés, veías al Señor que te invitaba a subir a la barca! Nosotros le oíamos, y a tu lado pescábamos y nos confirmabas en la fe, la caridad y la paz, virtudes fundamentales para acercar a Dios al prójimo, que eran el ideal de tu corazón» (Gerardo Manresa Formosa).

ALGUNOS domingos por la mañana, después de asistir a misa y desayunar en familia, pues entonces para recibir la comunión era necesario el ayuno desde la media noche del día anterior, mi padre iba al sanatorio de la Merced a visitar a los enfermos que por su situación médica lo requerían. Los hijos más revoltosos le acompañábamos y nos quedábamos jugando en el jardín del Sanatorio mientras nuestro padre realizaba su labor médica. Allí conocí a mosén Pere Tarrés. Mosén Tarrés en su vida sacerdotal vivió en la Casa Sacerdotal de la Balmesiana hasta que por su grave enfermedad tuvo que trasladarse al Sanatorio de Nuestra Señora de la Merced, en febrero del año 1950. Lo recuerdo los últimos meses de su vida ya muy enfermo, reposando en una silla en el jardín y con mis hermanos a su alrededor oyendo sus explicaciones. El que había sido el fundador y alma del sanatorio de la Merced, también entregó su vida al Señor en él.

Muchos son los recuerdos que mi padre nos transmitió del mosén Tarrés, pero para ser más fiel a su palabra tomaré alguno de sus escritos.

Los recuerdos de mi padre

Asolicitud del cardenal Jubany, mi padre escribió una «como historia de la vida del Sanatorio de la Merced», en donde se refleja la profunda amistad humana y espiritual que tenía con mosén Tarrés y el espíritu de profunda caridad con que fundaron este sanatorio. Este escrito no se ha publicado, pero tanto la OBA (Obra Benéfica Antituberculosa, entonces, hoy Asistencial), como sus hijos la guardamos con gran cariño y como ejemplo de actividad cristiana.

Las virtudes de mosén Tarrés

Conocí a Pere Tarrés i Claret el año 1928, cuando él cursaba el sexto curso de medicina. Me lo pre-

sentó Joan Parellada i Feliu, que era amigo suyo, diciéndome: «Te presentaré a una persona que te gustará conocer». Para encontrarnos; quedamos a las ocho menos cuarto de la mañana delante del aula de Higiene, de la facultad de Medicina, que era la clase a la que tenían que asistir los dos amigos. Ellos acababan la licenciatura a final de curso y yo justo empezaba la carrera. En aquellos momentos ambos escondían las vocaciones definitivas a la que el Señor les llamaría años más tarde. Efectivamente, Juan Parellada vestiría el hábito de san Benito en Montserrat, antes de 1936. Pere Tarrés tardaría más tiempo en cambiar la bata por la sotana de presbítero, con gran alegría el año 1941, aunque por pocos años, pues el Señor se lo llevó pronto para premiar su caridad, su pureza y su fe por la que era capaz de mover montañas.

Las virtudes características de Pere fueron la fe, una caridad comprometida que consistía no sólo en dar sino en darse y la pureza de la que era un verdadero apóstol. Recuerdo que cuando dedicaba las mañanas de los domingos a ir por los pueblos del Maresme a hacer proselitismo para la FJC (Federació de Joves Cristians), desde los años 1925 hasta 1936, reunía a jóvenes, en número mayor de cincuenta, y la temática más frecuente era hablarles de la pureza, que hacía generosa a la juventud. Alguna vez lo había oído y siempre me sorprendía el respeto con que le escuchaban.

Mi encuentro (aquel día en la facultad), fue muy corto, pero hubo suficiente para generar una gran amistad que fue creciendo hasta la muerte.

Pere Tarrés acabó la licenciatura en junio de 1928, cuando yo cursaba el primer curso de carrera. Tarrés se incorporó al Servicio de Medicina Interna del Hospital de San Pablo. (...)

Mi amistad con Tarrés se cultivó una vez acabé yo la carrera en el año 1932. Desde entonces nos vimos muy a menudo. Él vivía en la calle Salmerón, hoy Mayor de Gracia, y yo fui a vivir a la Rambla del Prat, número 8. Los dos íbamos a misa diariamente a los Filipenses de Gracia. Más tarde, cuando

se organizó la parroquia de santa Teresita, en la calle Mercader, los dos optamos por ir a la parroquia a la misma hora.

La guerra civil comenzó en julio de 1936. Fue un verdadero torbellino que nos proyectó a todos a los lugares menos pensados. Cambiamos las personas conocidas y las amistades. A Tarrés, después de iniciada la guerra, no lo volví a ver.

Pere Tarrés, seminarista. Nacimiento de una profunda amistad

Lo volví a encontrar el año 1941, en el Seminario Diocesano de Barcelona llevando una sotana como seminarista. Había cambiado la bata blanca por la modesta sotana, que entonces era el hábito del sacerdote.

El reencuentro tuvo lugar en el despacho del rector del Seminario, doctor Lorés, Operario Parroquial, que fue el rector mientras Tarrés estuvo en el Seminario. Fui al Seminario a visitar a un seminarista enfermo y Pere asistió a la entrevista porque él ya lo había visitado. Para mí fue una gran satisfacción poder dar un abrazo al amigo que hacía cuatro o cinco años que no había visto, aparte de la sorpresa de encontrarlo seminarista, que en verdad lo fue solo a medias, porque en una ocasión Tarrés me había dicho: «solamente dejaría de ser médico para ser sacerdote».

El hecho de ser el médico de los seminaristas enfermos de tuberculosis (enfermedad muy contagiosa en vidas comunitarias), fue el motivo de que nos viésemos de nuevo y volviéramos a retomar nuestra amistad, que fue ascendente y profunda hasta su muerte en 1950. ¡Quién podía prever que aquella reencontrada amistad sería la definitiva hasta la eternidad ocho años después!

Las cualidades humanas y espirituales de Tarrés eran extraordinarias. Hacían de él una persona humilde y sencilla, de excepcional transferencia positiva, sin ser una persona extrovertida. El don característico de su personalidad era amar, de una manera esencial, es decir, que le hacía sentir a su interlocutor que su interés por él era auténtico. Igualmente al despedirse de cualquiera le decía: «¡Adiós, querido amigo...!» y el aludido lo sentía así y lo creía, porque era cierto.

Tenía una gran capacidad de la comprensión humana. Era la fuerza creadora de su excepcional transferencia, especialmente hacia la juventud. De esta capacidad tenía plena conciencia.(...) Era notable su habitual alegría natural, siempre estaba comunicativo, sin que quiera decir que no tuviera también sus preocupaciones.

Su capacidad de relación y su alegría eran la manifestación de su paz interior que casi la comunicaba espontáneamente.

Su espíritu estaba lleno de fe, paz y amor. Por esto siempre tuve la convicción de que poseía las cualidades para llevar almas a Dios. Cuando estas virtudes llenan el alma y la vida de una criatura humana, aman y hacen amar.

Fundación del sanatorio de la Merced (año 1946)

A su vuelta de Salamanca, donde se licenció en teología en la Universidad Pontificia, el doctor Pere Tarrés, pbro. fue nombrado secretario de Beneficencia de la diócesis por el Sr. Obispo de Barcelona, Dr. Gregorio Modrego. Este cargo le hizo vivir cada día la concurrencia de personas que la necesidad llevaba al despacho de Tarrés para pedir ayuda. Uno de los problemas más frecuentes era el que se refería al comienzo de la tuberculosis en una familia necesitada y sin recursos. Tarrés, sacerdote y médico sufría y se avergonzaba de ver que lo único que podía ofrecer era una limosna, totalmente ineficiente. Como médico sabía de la inexistencia de camas para la tuberculosis, como sacerdote sabía que se cerraba un centro de 200 camas, el hospital del Espíritu Santo, sin ningún sentido.

En estas circunstancias el Dr. Tarrés y su amigo Ignacio Vidal i Gironella coincidieron como albaceas de una testamentaria que destinaba 100.000 pesetas para una obra benéfica. Era poco dinero para poder pensar en la creación de un centro, pero la caridad y el entusiasmo de Tarrés los multiplicaron hasta hacer posible ofrecer una cama, un tratamiento a muchos enfermos y una curación, en vez de una limosna. Tanto interés, tanta necesidad, tanta caridad, tanta fe, tanta confianza y espíritu de oración... y tan poco dinero...suavemente hicieron la mezcla realizadora que cada día vivía la prueba de que la ayuda de Dios estaba de su parte

Tarrés dio el primer paso. Una tarde que yo no tenía consulta vino a mi despacho y no me encontró. Fue recibido por la secretaria y le dejó una tarjeta escrita de su mano que decía: «Manresa, nos hemos de ver. Te espera tu amigo Pere Tarrés».

Al día siguiente yo fui al secretariado del obispado. Cuando me recibió, procurando hablar con cierta intimidad, buscando un rincón del despacho, me dijo: «Te he hecho venir para decirte que tenemos que construir un sanatorio. Piensa cómo lo hemos de hacer y la orientación que se le ha de dar para que dé el máximo rendimiento. Yo ya tengo un sitio adecuado. Ven mañana a las 10 de la mañana e iremos a verlo». Así sencillamente comenzó la gesta

que me propongo recordar en estas líneas que son parte fundamental de mi vida como médico y como cristiano. (...)

Desde el primer momento Tarrés quiso poner el centro bajo la advocación de Nuestra Señora de la Merced, que es la patrona de Barcelona. También el nombre de un santo del país a cada una de las cuatro salas, san José Oriol, san Paciano, santa Eulalia y santa María de Cervelló (...)

Cuando Tarrés emprendió las obras de la OBA era secretario de Beneficencia de la diócesis de Barcelona y por consiguiente disponía de unos medios económicos que no le permitían ninguna disponibilidad. No obstante se hizo lo que era necesario durante el primer año y los gastos de las obras superaron en mucho los dos millones de pesetas pagados. (...).

La inauguración se celebró con el ingreso del primer paciente que había ocupado su cama la tarde anterior. Cuando los asistentes hubieron visitado las diferentes salas del Sanatorio, saludaron al primer enfermo. Como director del nuevo Sanatorio –clínica de la Merced– di públicamente gracias a los presentes y a los colaboradores ausentes que habían hecho posible la realidad que estaban celebrando. También prevení a los asistentes que pronto nos faltarían camas para los enfermos que esperarían su ingreso pero que confiábamos en la Providencia que tanto nos había ayudado y continuaría haciéndolo ampliando nuestras posibilidades y dándonos el pan de cada día. Acabé recordando el programa del Dr. Tarrés para el Sanatorio: «Tratar al enfermo con pericia y técnica rigurosa, actuales y eficientes. Y siempre con el mismo amor que nos gustaría que nos trataran a nosotros. Todo por amor al prójimo y a la Iglesia»

(...) Me parece llegado el momento de recordar los primeros gestores, los cinco primeros miembros de la primera Junta. El primero Mn. Pere Tarrés i Claret, sr. J. M.^a N. F., sr. I. V. G., sr. J. A. y el Dr. Gerardo Manresa Formosa, el único superviviente de aquella gesta inolvidable y de la presencia de un sexto miembro invisible: ¡Dios!

(...) Todos estos elementos unidos, amigos comprometidos y fortificados por la fe y motivados por el mismo propósito nos reuníamos en el secretariado de Beneficencia de la diócesis. Tarrés, sin proponérselo, nos llenaba de esperanza y de ilusión.

Muchos días Pere y yo nos quedábamos un rato más para decidir algunas cosas y porque acostumbraba a acompañarlo a hacer alguna gestión en el viejo coche que entonces yo tenía.

A menudo teníamos nuestros diálogos, a veces optimista, a veces al contrario, pesimista. En estos casos Pere me decía: «Manresa, ten confianza que

de todo saldremos. Piensa que cuando se pide con fe y confianza a Jesús al pie del Sagrario, por los pobres, el Señor siempre escucha.» Creo que una experiencia de 34 años, en que funcionó el Sanatorio, son suficientes para confirmar este hecho, que siempre se cumplió en los momentos más precarios.

El Sanatorio se construyó con «seny» y amor. Se creó en 14 meses. Su motivación fue la caridad de Tarrés delante de las necesidades de los tuberculosos pulmonares pobres, secundado por nosotros. Durante los 32 años de existencia, en todo momento se correspondió con el espíritu de su fundador: «Tratar al enfermo con pericia y técnica rigurosa, actuales y eficientes. Y siempre con el mismo amor que nos gustaría que nos trataran a nosotros. Todo por amor al prójimo y a la Iglesia»

(...) Cuando las Hermanas de San Vicente de Paúl (que desde el inicio se hicieron cargo del hospital) abandonaron el Sanatorio (en el año 1976) nos tuvimos que acoplar a un horario sistemático de enfermeras, tuvimos conciencia de lo que representa la disponibilidad que genera la caridad... y que no tiene horario!

La marcha de las Hermanas constituyó un gran disgusto. Después de la Misa de aquel día sumimos el Santísimo, quedando el Sanatorio huérfano de Sagrario, ¡sin el Amo presente!

Los últimos meses de mosén Pere Tarrés

UNA de las virtudes que tenía también mosén Tarrés, era el sentido sapiencial del dolor. Como médico había visitado a muchos enfermos y vio muy de cerca el dolor de muchas almas y familias. La tuberculosis, era una enfermedad muy contagiosa, que dejaba, no sólo al enfermo aislado dentro de la familia, pues necesitaba hacerlo todo aparte, comer con cubiertos lavados aparte, lavar su ropa por separado, dormir en habitación separada, etc., sino que toda la vecindad rehuía el contacto con aquella familia, por miedo al contagio. Todo esto había hecho ver a Mn. Tarrés el dolor de la enfermedad y, con su sentido vital cristiano sabía cómo sacarle provecho para el bien de las almas.

En febrero del año 1950 se le detectó la grave enfermedad que debería causarle la muerte, un linfosarcoma.

Tarrés y yo habíamos contraído el compromiso de que cuando él o yo padeciéramos la enfermedad definitiva, es decir la de nuestro traspaso, nos lo diríamos para preparar una muerte muy consciente y cristiana.

Su primera voluntad fue unir sus fuertes dolores

a los dolores del sacrificio salvífico de Cristo en la cruz y así transcurrieron sus últimos meses.

¿Qué fuerza elevadora puede encontrarse mejor que el dolor y el sacrificio? El dolor es la realización del dogma de la Comunión de los Santos». «Yo he de sufrir, ahora es la hora; he predicado mucho la *grandeza del dolor* y como es necesario sufrir, por mi enfermedad, he de practicarlo; yo no he engañado nunca a las almas. (...)

Un día, al atardecer fui a verle y estuvimos un buen rato solos. Lo encontré como triste y un poco deprimido porque había perdido las fuerzas y el ánimo y se lamentaba de que no podía celebrar la Misa. Para animarlo le dije: «¡Pere, si estás celebrando la misa más solemne de tu vida! Tu sacrificio, en el que te identificas con la Víctima Eucarística, tu querido Jesús!». Esto se lo dije porque muchas veces nos había dicho: «La mesa de operaciones es un altar que sostiene una víctima: el paciente. El operador es realmente un sacerdote, si piensa que el paciente lleva un sufrimiento que unido al de Cristo es un dolor y un sacrificio colaborador». Estas sutilezas espirituales las manifestaba frecuentemente Tarrés.

(...)En un coloquio de los muchos que tuve con él, mi oído al borde de sus labios secos, pero que aún se movían, como siempre para el bien, me decía: «No lo habría creído nunca, pero te aseguro, Manresa, que soy completamente feliz, no me cambiaría por nadie.»

Uno de los últimos días de su vida al anochecer, en su cama del Sanatorio, le dije: «Pere, ahora cómo lo haremos sin ti». Él con el rostro lleno de paz y serenidad me respondió: «Desde el cielo os ayudaré mucho más que hasta ahora...».

Así sucedió. ¡Cuántas veces lo habíamos constatado y comentado con Mn. Narcís Prat (sacerdote que dirigió el Sanatorio tras la muerte del P. Tarrés) las repetidas veces que salíamos de un atolladero e intuíamos la intercesión de nuestro amigo desde el cielo!

Pere Tarrés i Claret, médico y sacerdote, entregó su alma a Dios el treinta de agosto de 1950. Lo hizo como su Maestro Jesús diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» y expiró delante de todos nosotros que llorábamos dulcemente.

* * *

A través de Tarrés me hablaba Jesús

El colofón que mi padre puso, como resumen de esta pequeña historia dice:

«Un día estaba Jesús de pie, cerca del lago de Genesaret... y vio dos barcas en la playa. Los pescadores ya habían salido de las barcas y estaban arreglando la redes... El Señor subió a la más próxima donde estaba Pere. Al acabar la predicación el Señor dijo a Pere: «Navega mar adentro y tirad las redes para pescar...» Y Simón respondió, al mismo tiempo que obedecía, «hemos bregado toda la noche sin pescar nada».

«Tanto pescaron que las redes se rompían y las barcas se hundían.»

Invitado por Pere Tarrés subí a la barca donde él ya estaba... Me dijo, «¡ven conmigo que iremos a pescar...!». Yo veía a Pere... «¡a Jesús solo le oía!».

«Obedeciendo la voz de Tarrés le seguí y en dos años de navegar juntos curamos a muchos enfermos y construimos un sanatorio para continuar la labor que juntos emprendimos.»

«Él subió al cielo dejando un resplandor de santidad... Yo he quedado para dar fe que en la historia del sanatorio de la Merced se advierten un sin fin de hechos humanos magníficos y sorprendentes, siempre amparados por la existencia de un testimonio y artífice invisible, que es Dios.»

«¡Tu, Tarrés, veías al Señor que te invitaba a subir a la barca! ¡Nosotros le oíamos, y a tu lado pescábamos y alcanzábamos la fe, la caridad y la paz, que son las virtudes fundamentales para servir y ganar para Dios al prójimo que eran el ideal de tu corazón!»

* * *

Siempre creyó mi padre en la santidad de mosén Tarrés, de tal forma que nos repetía insistentemente, «Pere Tarrés nació ya santo». Decía esto porque le daba la sensación que le era muy fácil practicar la caridad con todos, desde que lo conoció en 1928 hasta la hora de su muerte en 1950.

Cuando alguna persona próxima a nosotros entraba en el seminario, mi padre siempre se acordaba de Mn. Tarrés y su labor apostólica y lo ponía bajo su protección: «Para que lo haga un sacerdote santo, como él.»

Ambos ya en el cielo podrán seguir disfrutando y gozándose en esta amistad tan profunda que tuvieron en vida, donde ya el Señor estaba presente, pero ahora la visión directa de Dios les habrá unido mucho más en el mismo Corazón.

Pere Tarrés y la virtud de la pureza

G.M.P.

EN el marco de una familia muy cristiana Pere Tarrés adquirió la devoción a la Virgen María en su infancia. El Rosario de cada día llenaba las noches de aquella casa.

Desde muy joven habla con cariño de ella ofreciéndole sacrificios, en especial los sábados, como les decía a sus hermanas: «Mirad, hoy es sábado», recordándoles que era el día dedicado a la Virgen María.

No era una devoción superficial, con *la Mare de Déu* tenía verdaderos coloquios. Él mismo explica que tenía por costumbre explicarle todo lo que hacía: «Cuando salgo de casa le digo donde voy y cuando vuelvo le explico lo que he hecho». Fruto de esta devoción floreció en él la virtud de la pureza y, sin lugar a dudas puede decirse de Pere Tarrés que fue un apóstol de la pureza; este apostolado no lo desarrolló solamente en su época de sacerdote, sino ya desde muy joven.

El voto de castidad a los 22 años

EN 1927, estando en Monistrol de Calders, explica él mismo que «la noche de Navidad sentí una fuerte emoción y un intenso impulso sobrenatural. El Señor me pedía que hiciese voto perpetuo de castidad». Él por primera respuesta contestó interiormente: «Señor, si depende de mí, es cosa hecha». El sí condicional era debido a que quería consultar este impulso con su director espiritual, el padre Joaquín Serra. Obtenida la aprobación del director, Pere Tarrés a los 22 años hace voto de castidad. Era aún estudiante de medicina. Desde siempre deseaba inculcar en los jóvenes el amor a esta virtud tan poco estimada. Tanto cuando era miembro de la FJC (Federación de Jóvenes Cristianos), como siendo sacerdote, reunía a jóvenes para entusiasmarlos en el amor de la pureza. Compuso una oración a la Virgen para alcanzarla.

En su *Diari íntim*, escribe:

22 de mayo de 1937: «Por más que griten las pasiones, Madre, tendré siempre los ojos fijos en Vos. ¡Hacedme puro como los ángeles! Oh, Madre mía, que ame más la pureza que la vida»

8 de diciembre de 1937: «He puesto en manos de María mi virginidad».

25 de diciembre de 1937, día de Navidad: «Esta noche ha hecho 10 años desde que, por primera vez,

con permiso de mi director, hice el voto de castidad. Lo he renovado con todo el fervor».

Después de la guerra, ya en el seminario, continúa en su *Diari íntim*:

20 de diciembre de 1941: ordenado subdiácono: «y os pido, Señor, que antes de consentir la más pequeña infidelidad contra este voto dulcísimo, prefiero mil veces la muerte». «Guardadme puro, para que pueda servirlos en vuestro altar... hago con todo el entusiasmo de mi corazón, con toda la plenitud de mi mente, y la más absoluta libertad de mi alma, voto de castidad perpetua y perfecta».

Apostolado por la pureza

EN el II Congreso de la FJC, hacia el año 1929, trató extensamente el tema de la pureza y después de sus encendidas palabras invitando a los diez mil jóvenes a ser puros en sus vidas, éstos se pusieron en pie y aclamaron a *Misenyora Puresa* (Mi señora Pureza).

Durante la guerra, que vivió como médico en el ejército republicano, explica él mismo en su *Diari de guerra* que aprovechaba tiempos libres del atardecer en que no había actividad para hablar de la pureza a los soldados.

Siendo consiliario de la Acción Católica femenina de Sarriá, entre otras, fomentó la campaña *Creuada per la puresa* (Cruzada por la pureza). En una de las sesiones de dicha campaña, agarrado fuertemente a la mesita les dijo: «Si alguna de vosotras, se encontrara algún día en un peligro de estos, yo daría mi vida por defenderla». A las jóvenes les decía: «amad vuestra pureza, sed dignas, cueste lo que cueste».

En el año 1949, estando con un grupo de estas jóvenes obreras de vacaciones en Nuria les propuso hacer una Hora Santa a las doce de la noche en el «Camerín de la Virgen», precisamente para expiar los pecados de impureza, «ya que nosotros estamos en la casa de la Madre, bajo este cielo tan limpio y despejado». Al día siguiente de esta Hora Santa nocturna les explicó a las jóvenes el siguiente hecho:

«Conocía a un joven muy vicioso sobre esta materia, pero era muy noble y bueno y quería corregirse. Yo le animaba y le ayudaba tanto como podía. Quedamos que me lo explicaría todo, siempre, y me venía a ver muy a menudo. Una de las veces me dijo que no podía corregirse y se fue a satisfacer su vi-

cio. Yo, sacerdote, no podía acompañarlo; lo despedí a la puerta de la calle y al volver al piso (vivía en la Casa Sacerdotal de la Balmesiana) le dije a la Virgen que había en el recibidor: «*Ve tú con él, ya veis que yo no puedo*».

Al cabo de poco rato volvió el joven completamente transportado. Efectivamente: se fue hacia una

casa de perdición, pero le había pasado una cosa muy extraña. Una voz de mujer le había llamado diciéndole. «*No, hijo, no entres aquí*». Y, turbado, como impelido por una fuerza que sentía pero que no veía, había vuelto atrás para venir a contármelo.»

¡Pere Tarrés, haznos amar la pureza como tú la amabas!

A la Verge

*Mare meva, si vos plau,
us ofereixo el meu cor,
llibertat, glòria i honor,
preneu-me pel darrer esclau.*

*Us ofereixo la vida
per proclamar a tot arreu
que Vos, Reina beneïda
sou Verge i Mare de Déu.*

*I a canvi us faig sols un prec:
acosteu-me a vostre Fill*

*i traieu de tot perill
aquest pobre cor tan cec.*

*Marona, feu-me ben pur.
lligueu-me a Vos amb forts llaços
i quan l'enemic impur
estaloni els meus passos,
no em deixeu dels vostres braços.
Doneu-me ànima d'infant,
Mare meva, feu-me sant.*

PERE TARRÉS



TOTA PULCHRA ES MARIA

A la Virgen

*Madre mía, si os place
os ofrezco mi corazón,
libertad, gloria y honor,
tomadme por el último esclavo.*

*Os ofrezco la vida
para proclamar por doquier
que Vos, Reina bendita,
sois Virgen y Madre de Dios.*

*Y a cambio os hago sólo un ruego:
acercadme a vuestro hijo*

*y librad de todo peligro
este pobre corazón tan ciego.*

*Madrecita, hacedme muy puro,
unidme a vos con fuertes lazos
y cuando el enemigo impuro
pise mis pasos
que vuestros brazos no me abandonen.
Dadme alma de niño,
Madre mía, hacedme santo.*

San Josep Manyanet, apóstol de la familia

JOSEP M^a BLANQUET, S.F.

EL pasado día 16 de mayo, Juan Pablo II, al inscribir al padre Josep Manyanet en el catálogo de los santos, hizo una breve pero acertada descripción de su persona y de su misión. A través de los tres textos que le dedicó –en la homilía, en el *Regina coeli* y el día siguiente, en la audiencia– hizo una presentación completa de sus rasgos más característicos. Voy a referirme brevemente a ellos.

Un profeta suscitado por el Espíritu

EL Espíritu Santo –afirmó el Papa en la homilía de la misa de la canonización–, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho» (Juan 14, 26). Desde el principio el Paráclito ha suscitado hombres y mujeres que han recordado y difundido la verdad revelada por Jesús. Uno de éstos fue san Josep Manyanet, verdadero apóstol de la familia».

Con estas palabras reconoce el Papa la «llamada o vocación» singular de Josep Manyanet, «verdadero apóstol de la familia», para recordar y difundir en nuestro tiempo «todo lo que Jesús ha dicho», especialmente la verdad revelada sobre el matrimonio y la familia.

Toda la vida de Josep Manyanet –ya desde su infancia – estuvo marcada por esta llamada especial de Dios.

Josep Manyanet i Vives nació en Tremp (Lleida, diócesis de Urgell) el 7 de enero de 1833 y fue bautizado el mismo día. Forma parte, por tanto, de la extraordinaria constelación de santos del siglo XIX, conocida como «el pas dels sants».

En el seno de su familia y en el ámbito de la escuela y de la parroquia recibió sus raíces humanas y cristianas. Especialmente la madre –su padre falleció cuando él contaba sólo veinte meses–, el maestro Josep Espessier y el sacerdote Valentín Lledós, cada uno desde su campo, influyeron positivamente en el niño José. Su madre lo consagró formalmente a la Virgen de Valldeflors apenas a los cinco años, iniciándose en él una fuerte experiencia religiosa que lo marcará toda su vida.

El maestro Espessier le orientó hacia los estudios secundarios, y don Valentín Lledós, además de

prepararle para la primera comunión, para ayudar a misa y en los rudimentos del latín, le procuró los medios para que el joven Josep Manyanet con su trabajo como fámulo en el colegio de los escolapios de Barbastro, cursase los estudios medios (1845-1850) y más tarde, en el seminario diocesano de Lleida, estudiase la filosofía haciendo de preceptor de los hijos de la familia Morlius-Borràs (1850-1853), viviendo con la familia.

Fueron todas estas experiencias familiares las que despertaron en él una especial sensibilidad hacia el estado matrimonial y la vida de las familias, que, sin embargo, descartó para sí con el fin de fundar una familia más amplia y estar disponible para todas las familias, los niños y los jóvenes.

Don Valentín Lledós y el vicario general de Lleida, don Ignacio M. de Sullà, lo recomendaron al obispo de Urgell, José Caixal y Estradé, y siendo su paje o familiar, pudo cursar en la capital de la diócesis la teología. Fue ordenado sacerdote el 9 de abril de 1859 en la Seu d'Urgell.

El sacerdote Manyanet debía ser destinado a una de las parroquias del obispado para desarrollar su ministerio pastoral. No aspiraba a más. Pero el designio de Dios que iba preparando al joven sacerdote, dispuso que el obispo lo retuviese a su lado y le encomendase varios servicios diocesanos: la secretaría de Cámara, la mayordomía del palacio, la biblioteca del seminario y, especialmente, las visitas pastorales a la vasta diócesis de Urgell. Fue durante estas expediciones misionales cuando el sacerdote Manyanet sintió madurar en su corazón la semilla de la llamada de Dios que le indicaba el campo específico de su futura misión: propagar los ejemplos de la familia humana de su Hijo y procurar la formación cristiana de las familias, principalmente por medio de la educación e instrucción eminentemente católica de los niños y jóvenes.

Pasaron otros seis años al lado del obispo Caixal hasta que, después de haber reflexionado largamente sobre la voluntad de Dios y preparado un esbozo de su obra, comunicó su proyecto al prelado y, con su aprobación y bendición, inició la aventura de la fundación de los Institutos de Religiosos y Religiosas Hijas e Hijos de la Sagrada Familia para llevar a cabo su misión. En el año 1864 nacieron, en Tremp, los religiosos, y diez años más tarde, en Talarn, las religiosas. La historia de los Institutos –su desarro-

llo y consolidación— no fue fácil. Durante más de treinta años fueron objeto constante de sus desvelos y el yunque de su santificación personal. Antes de morir, en 1901, tuvo la dicha de ver aprobado por el Papa el Instituto masculino, y puesta en marcha la restauración del Instituto femenino que sería aprobado por el Papa en 1958.

Se inspiró en la escuela de Nazaret

INSPIRÁNDOSE en la escuela de Nazaret —prosiguió el Papa—, realizó su proyecto de santidad personal y se dedicó, con entrega heroica, a la misión que el Espíritu le confiaba. Para ello fundó dos congregaciones religiosas. Un símbolo visible de su anhelo apostólico es también el templo de la Sagrada Familia de Barcelona».

Los datos apuntados serían ya suficientes para probar que Josep Manyanet fue suscitado por Dios para «honrar muy especialmente a la Familia de Nazaret y procurar la formación cristiana de las familias» (Paulo VI, 1964), pero Juan Pablo II añade unos aspectos que cualifican su vocación fundamental. Según el Papa, la Sagrada Familia de Nazaret no fue solamente el ideal de su apostolado sino también la raíz y el modelo de su santificación personal, el paradigma de las familias religiosas que fundó y el ejemplo que propuso a las familias —a la sociedad y a la Iglesia— para su regeneración social y cristiana. Un signo y símbolo visible de este anhelo apostólico fue la inspiración del templo expiatorio de la Sagrada Familia, de Barcelona.

Todo en la vida y obra de Josep Manyanet parte y llega a Nazaret. Fue el Espíritu que, desde su particular devoción a la Virgen María y a san José, lo llevó hasta el hogar y escuela de Nazaret. No hay ningún precedente de esta iniciativa en la España de la mitad del siglo XIX.

A) «Él fijó su corazón en la Sagrada Familia». O como dice también el Papa: «Inspirándose en la escuela de Nazaret, realizó su proyecto de santidad personal». Estamos bien informados al respecto. La autobiografía espiritual y religiosa de Josep Manyanet así lo confirma. Se trata del libro *La Escuela de Nazaret y Casa de la Sagrada Familia (Obras selectas)*, Madrid, BAC, 1991), una serie de conferencias dialogadas entre una alma —*Desideria*— y Jesús, María y José en el Hogar de Nazaret. Esta figura, que él llama *Desideria*, encarna la persona de Josep Manyanet, el hijo de la Sagrada Familia, que acude a Nazaret como a su hogar para conferir familiarmente con sus padres, Jesús con María y José. No es extraño que esta casa se convierta también para él en una escuela, la sublime escuela de

Nazaret, cuyo primer discípulo fue Jesús. Esta experiencia en Nazaret fue la clave de la santidad de Josep Manyanet.

Contrariamente a lo que se podría esperar, *Desideria* no tiene ninguna presentación en esta obra. Es el cuarto personaje, el protagonista de todas las conversaciones o visitas, pero se dan por supuestos su origen, su edad, su sexo, su preparación y condición, su personalidad. O quizás más bien, se sugiere que no aparece predeterminada más que por el mismo nombre, tan sugerente y con tan sólida tradición cristiana, para que nadie se sienta excluido de su llamada, para que cada uno, no importa la edad, sexo, estado o condición, preparación o nivel, trate de encarnar el personaje. En realidad viene a decir que cualquiera que sea la situación personal de cada uno, puede y debe ser *Desideria* en la realización de su vida cristiana y en el cumplimiento de su misión.

Porque *Desideria*, a pesar de su indeterminación, aparece en la obra como un alma enamorada de su vocación, en primer lugar cristiana, que le posibilita la escucha de otra llamada para consagrarse a Dios según el estilo de vida que descubre en la casa de Nazaret. Ella se la quiere tomar en serio y está sanamente preocupada por conocer el camino que ha de conducirla a la cima de la perfección y los escollos que debe evitar para alcanzarla. Ella, como su nombre indica, tiene un enorme, incansable y eficaz *deseo* de la propia perfección.

Los rasgos de la santidad que Josep Manyanet descubre en Nazaret pueden sintetizarse en estos puntos: la total disponibilidad y servicio a la voluntad de Dios; la obediencia de la fe; el primado de la voluntad de Dios en su vida; el secreto santificador de lo cotidiano, de las cosas sencillas de cada día; el valor del silencio, de la vida interior, de la entrega a los demás por Dios.

B) En Nazaret inspiró también *el nombre, la forma y la misión de los institutos* que fundó. El mismo nombre que les dio —Hijas e Hijos de la Sagrada Familia— así lo revela. «Por razón de nuestra vocación —dejó escrito— nos llamamos Hijos de la Sagrada Familia» (OS, *El espíritu de la Sagrada Familia*, Madrid, 1991, p. 540). Durante toda la vida, y en las varias vicisitudes que tuvo que sufrir, especialmente en la consolidación del Instituto femenino, mostró un interés muy particular en conservar y mantener sobre todo el nombre de *Hijos e Hijas* de la Sagrada Familia, pues estaba persuadido de que el mismo nombre contiene lo esencial de su vocación y misión.

Por eso la finalidad primera es la de promover el *honor* —«Honra a tu padre y a tu madre» (Dt 5, 16)—: la obediencia, como hijos del mismo Hogar de

Nazaret; la *imitación* —«Fíjate, para que lo hagas según los modelos que te han sido mostrados en el monte» (Ex 25, 40)—: pues como buenos hijos, en la contemplación de su vida, copiamos y aprendemos las virtudes de nuestros padres; y el *culto* —«Ten cuidado y guárdate bien, no vayas a olvidarte de estas cosas que tus ojos han visto, ni dejes que se aparten de tu corazón en todos los días de tu vida; enséñase las, por el contrario, a tus hijos y a los hijos de tus hijos» (Dt 4, 9)— para profundizar siempre más en el misterio escondido en Nazaret a fin de proponerlo y actualizarlo para la sociedad —las familias— de cada época. Por eso Nazaret es para los Hijos de la Sagrada Familia el hogar, la escuela y el ideal de toda su vida, vocación y misión. Saben que son hijos de Dios, como Jesús en Nazaret, obedientes a María y a José, y que deben convertirse en verdaderos testigos de su santidad para llegar a ser buenos apóstoles.

Miran a la casa de Nazaret como a la primera comunidad consagrada. María y José —y guardadas las distancias también Jesús— vivieron consagrados exclusivamente a Dios para cumplir la voluntad del Padre, viviendo en castidad, pobreza y obediencia, el estilo de vida que inauguró Jesús y propuso a los que quisieran seguirle más de cerca, sus padres terrenos en primer lugar.

Los dos institutos, de hecho, se consideran como una *familia* formada al estilo de la de Nazaret y al servicio de las familias. Su dignidad se apoya en la fraternidad en Cristo. Las comunidades se sienten llamadas a ser otros Nazaret en el mundo de hoy.

La vida de Jesús con María y José en Nazaret es también el paradigma de su formación, de su misión y de su organización, pues fue la escuela donde Jesús, el Hijo de Dios, sujeto a María y José, creció bajo la guía de sus padres y educadores, en gracia y se hizo mayor ante Dios y los hombres, preparándose para su misión mesiánica.

C) San Josep Manyanet «*fue un instrumento elegido para promover el bien de la familia junto con la educación de los niños y los jóvenes*. Él fijó su corazón en la Sagrada Familia. El «Evangelio de la familia», vivido por Jesús en Nazaret junto a María y a José, fue el motor de la caridad pastoral del padre Manyanet e inspiró su pedagogía. Buscó, además, que la Familia de Nazaret fuera conocida, venerada e imitada en el seno de las familias. Ésta es su herencia y, con sus palabras, en su lengua materna catalana os digo hoy, a vosotros, religiosos y religiosas fundados por él, a los padres y madres de familia, a los alumnos y exalumnos de sus centros: «*Feu un Natzaret de les vostres llars, una Santa Família de les vostres famílies. Que us hi ajudi la intercessió de sant Josep Manyanet!*».

Parece natural que, en la contemplación del misterio de la casa de Nazaret, san Josep Manyanet haya encontrado allí el modelo de familia dado por Dios a la humanidad. Por eso Dios dispuso que la encarnación de su Hijo se realizase en el seno de la familia formada por María y José, «manifestando así — como afirmó Paulo VI— su omnipotente voluntad de purificar y santificar la familia, santuario del amor y cuna de la vida» (Paulo VI, *Allocución* al Movimiento Équipes Nôtre-Dame, 4/V/1970, 7).

Y más explícitamente dice el papa Juan Pablo II en la *Carta a las familias* que desde Nazaret, Jesús proclama «el Evangelio de la familia».

«La familia —afirma el padre Manyanet— es la fuente y origen de todos los bienes de la sociedad», una verdadera «joya» para la misma sociedad y la Iglesia. Por eso uno de sus principales libros, el dedicado a los matrimonios y las familias lo tituló precisamente *Preciosa joya de familia* (Barcelona, 1899). Un libro guía, en cuya primera parte trata de los esposos y de sus mutuas relaciones, y en la segunda, del deber de la educación de los hijos. La tercera parte es una compilación de oraciones y cantos religiosos para la vida cristiana familiar.

El padre Manyanet está convencido de que la regeneración de la sociedad y el futuro de la Iglesia dependen del crecimiento humano y cristiano de las familias, sobre todo por medio de la educación de los niños y de los jóvenes.

También en esta tarea el punto de partida y de llegada son los ejemplos de la Sagrada Familia de Nazaret, el hogar modelo y la escuela ideal. Su gran afán apostólico consiste en formar un Nazaret en cada hogar, hacer de cada familia «una Santa Familia».

Está convencido de que la buena noticia de la Sagrada Familia tiene una gran fuerza pastoral, porque en ella se ven resaltados los valores fundamentales de la familia cristiana y a la vez el gozo interior de vivirlos intensamente de una forma compartida entre los esposos, como padres y madres, y entre los hijos, como hermanos.

El camino más práctico y eficaz para la formación cristiana de las familias es la educación e instrucción eminentemente católicas de los niños y jóvenes. Lo saben bien las diferentes opciones políticas y lo confirma la experiencia de los pueblos.

El padre Manyanet aprende en la escuela de Nazaret lo que el Papa definió ya en su beatificación, como «la pedagogía del Evangelio de Nazaret», o —con palabras del nuevo santo— la «cultura del corazón y de la inteligencia». Este es el modelo y el estilo de su pedagogía.

Los centros educativos inspirados en su ideario

pedagógico trabajan especialmente en la formación integral de los niños y de los jóvenes, colaborando asiduamente con los padres y madres de familia a fin de consolidar los vínculos matrimoniales, ayudar a las familias a vivir como verdaderas comunidades de amor y de vida, inspirar en los alumnos sólidos principios humanos y cristianos y preparar las familias del mañana para que sean forjadoras de una sociedad mejor que camine hacia la «civilización del amor».

* * *

No extrañará, por todo ello, que el Papa añada que «un símbolo visible de su anhelo apostólico es

también el *templo de la Sagrada Familia, de Barcelona*». Efectivamente, el padre Manyanet no soñó con la obra extraordinaria de arte que ha realizado Antonio Gaudí, pero sí en un templo expiatorio en donde se venerara a la Sagrada Familia, se contemplara toda la realidad de la Iglesia, de la que la Familia de Nazaret fue germen, y las familias recibiesen una llamada constante a valorar y estimar el plan de Dios en su estado y misión. Es sólo un símbolo, una realidad que le reclama y le vincula, y una expresión visible de su vocación más amplia de apóstol de la Sagrada Familia y de profeta de la familia. El templo que soñó Manyanet era el fruto de su enamoramiento de la Familia de Nazaret y de su oración, preocupación y sensibilidad eclesial por la familia.

El padre Manyanet y el templo de la Sagrada Familia

El verdadero origen del templo se remonta al año 1869 cuando, después de la revolución de 1868 y en vísperas del concilio Vaticano I, el beato José Manyanet (1833-1901), haciendo oración sobre los males que aquejaban a la sociedad y a las familias, recibió la inspiración de levantar un templo expiatorio en honor de san José, como jefe de la Sagrada Familia. Manyanet comunicó la idea en primer lugar a su prelado, el obispo de Urgel, José Caixal y Estradé, mediante una carta del 24 de junio de dicho año 1869.

Algún año más tarde, Manyanet compartió esta idea también con el Sr. José M. Bocabella, jefe de la librería de los Herederos de la Vda. Pla, de Barcelona, que había fundado la Asociación Espiritual de Devotos de San José, en 1866, y la revista *El Propagador de la Devoción a San José*, en 1868. Bocabella fue quien patrocinó el proyecto del templo, y a partir de abril de 1874, lo divulgó entre los asociados josefinos por medio de la revista.

El templo se presentó en seguida como «el templo de la Sagrada Familia». No es extraño este salto de san José a la Sagrada Familia. En aquellos años la devoción al santo Patriarca incluía también la devoción a la Sagrada Familia, ya bastante divulgada en Europa y América, pero todavía sin ningún reconocimiento litúrgico oficial.

Además del hecho natural de la vocación y misión de san José en la Familia de Nazaret, como esposo de María y padre de Jesús, se ha de tener presente la influencia que el magisterio de Pío IX y de algunos obispos y las asociaciones laicales tuvieron en la piedad popular. Así sucedió también con el templo de Barcelona.

Por eso, en la propuesta de Manyanet el templo estaba sólo nominalmente dedicado a san José. Él, ya en 1864, había fundado la congregación de «Hijos de la Sagrada Familia Jesús, María y José» y una asociación laical intitulada también de la Sagrada Familia para «honrar, imitar y promover su culto y devoción» entre las familias cristianas. El templo era, pues, en la mente y el corazón del padre Manyanet en honor de la Sagrada Familia, pero siendo inminente la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal, era lógico en aquellos momentos intitular el nuevo templo al santo Patriarca, a quien se atribuía además la restauración de la unidad de España.

P. Josep M^a Blanquet y Gas, S.F., fragmento de una conferencia pronunciada en el Real Santuario de San José de la Montaña de Barcelona con motivo de la apertura de su centenario (abril de 2002).

Santos de Cataluña del siglo XIX

ORIOU ANGUERA DE SOJO

HAY que dar gracias a Dios porque la santidad nunca ha faltado en España. Desde los tiempos de san Fructuoso, santa Eulalia y los Innumerables Mártires de Zaragoza, hasta los actuales tiempos de san José M^a Rubio, S.J., y la Madre Maravillas y tantos otros nunca ha faltado la santidad en tierras hispanas. No obstante, podríamos resaltar tres periodos, sin mengua de los otros. Un siglo de oro, que podríamos situar en el siglo XVI, en que sobre una extraordinaria cantidad de santos sobresalen las grandes luminarias de santidad hispánica, cuya huella ha sobresalido en la historia de la Iglesia: san Ignacio, san Francisco Javier, santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz. Repetimos, estos grandes santos no están solos, pues en el mismo siglo están san Pedro de Alcántara, san Juan de Ávila, san Juan de Dios, san Francisco de Borja y tantos otros, pero los cuatro primeros tienen un papel descolante en la Iglesia universal. Un siglo de plata, que es el siglo XIX, más modesto, sin las personalidades extraordinarias del siglo XVI, pero con una importante cantidad de santas y santos confesores y fundadores. Finalmente, hay un tercer periodo característico que podría ser llamado «siglo de los Mártires», por su innumerable cantidad habidos en la terrible persecución que desde 1934 y más acusadamente de 1936 a 1939, cayó sobre nuestra patria. Con toda seguridad la persecución más feroz de la historia, y que en menos años cosechó más mártires.

Pues bien, de estos tres periodos, el segundo, el correspondiente al siglo XIX, fue mayoritariamente formado por catalanes, que aportaron a la Iglesia una cantidad de santos y santas fundadores y confesores de difícil parangón en la historia.

La lista exhaustiva o casi de santos catalanes del siglo XIX está recogida de un documentado artículo que Fernández de la Cigoña publicó en la revista *Verbo* en mayo-junio de 2003.

San Antonio M^a Claret, nacido en Sallent en 1807, apóstol infatigable de Cataluña; obispo en Cuba; confesor de la reina; fundador de los Misioneros Hijos del Corazón de María (claretianos), y de la Congregación de María Inmaculada. Padre del Concilio Vaticano I, y defensor de la infalibilidad, siendo el primer padre del Concilio elevado a los altares. Muerto en el destierro en 1870 (por la revolución de 1868) Canonizado por el papa Pío XII en 1950.

La madre Ráfols, nacida en Vilafranca del Penedés en 1781, heroína del sitio de Zaragoza contra los franceses, ciudad en la que murió en 1853. Fundadora de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Beatificada en 1994 por Juan Pablo II.

Santa Joaquina de Vedruna, nacida en Barcelona en 1789. Esposa, madre de familia numerosa y en buena posición social. Al enviudar fundó las Carmelitas de la Caridad. Fue muy perseguida por los liberales y murió en 1854. Fue canonizada por Juan XXIII en 1959.

Santa Teresa de Jesús Jornet, nacida en Aitona en 1843 fundadora de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Murió en 1897.

También en Aitona, ¡vaya gloria para esta pequeña población!, nació el beato Francisco Palau Quer, fundador de las Carmelitas Misioneras Teresianas, cuya vida fue muy agitada hasta su muerte en 1872.

El beato Manuel Domingo y Sol, nacido en 1836, en Tortosa, formador de sacerdotes en el Colegio Español de Roma y fundador de los Operarios Diocesanos, muy influyentes en la formación del clero, gran parte del cual sería mártir en 1936. Murió en 1909.

San Enrique de Ossó, nacido en Vinebre en 1840. Fundador de la Compañía de Santa Teresa. Muerto en 1896. Canonizado por Juan Pablo II en Madrid, en 1993.

Santa M^a Rosa Molas nacida en Reus en 1815, fundadora de las Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación. Fallecida en 1876 y canonizada por Juan Pablo II en 1988.

La beata Ana M^a Mogas, nacida en Corró de Vall en 1827. Vivió en Madrid la mayor parte de su vida y fundó las Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor, dedicadas a la educación de niños y cuidado de enfermos. Beatificada en 1996 por Juan Pablo II.

Beato Francisco Coll, nacido en Gombreny en 1812, fundador de las Dominicas de la Anunciata y fervoroso predicador. Murió en 1875 y fue beatificado por Juan Pablo II en 1979.

San José Manyanet, nacido en Tremp en 1823, fundador de los Hijos de la Sagrada Familia y las Misioneras Hijas de la Sagrada Familia. Muerto en



1901, beatificado por Juan Pablo II en 1984. Canonizado por Juan Pablo II el 16 de mayo de 2004.

Beata M^a del Carmen Sallés, nacida en Vic en 1848, fundadora en Burgos de las Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza. Muerta en Madrid en 1911, beatificada por Juan Pablo II en 1998.

Santa Paula Montal, nacida en Arenys de Mar en 1799, fundadora de las Escolapias, muerta en 1889 y canonizada por Juan Pablo II el 2001.

San Pedro Almató, nacido en Sant Feliu de Sasserres en 1830. Misionero en Indochina. Murió mártir en 1861. Canonizado por Juan Pablo II en 1988.

Es posible que hayan más, pero en cualquier caso suman 14 santos y beatos catalanes en el siglo XIX. Ni en otros lugares de España ni posiblemente en otras partes hubieron tantos santos en el siglo XIX. A lo mejor en Francia, cuyo siglo XIX fue religiosamente muy fecundo, pero con una población veinte veces mayor.

Además, a esta colección de santos y beatos podría añadirse muchos más cuyos procesos están incoados y en el que se prueba la extraordinaria fecundidad religiosa de Cataluña aquel siglo, pues se fundaron al menos otras 18 congregaciones religiosas.

Las cifras son realmente impresionantes y más teniendo en cuenta la confusión, agitación y belicosidad del siglo XIX en España, en la que las obras de los hijos de la perdición, fueron en toda la nación y concretamente en Cataluña muy importantes.

¿A que puede atribuirse esta impresionante floración de santidad y fecundidad religiosa, del siglo XIX en Cataluña, difícilmente superable? En primer lugar, habida cuenta «que el espíritu sopla donde quiere» es muy difícil encontrar explicaciones hu-

manas a lo que es pura gracia de Dios, pero pueden aventurarse unas explicaciones basadas en el «humus» que encontró aquella espléndida floración de santidad. Investigando la historia y el ambiente sociológico de Cataluña en el siglo XIX sobre todo en sus sesenta primeros años que es cuando se forman la mayor parte de estos santos, nos encontramos con una Cataluña (no toda pero sí parte importante de ella) que es todavía heredera no contaminada de la Cataluña de los siglos anteriores que no había aceptado ni el absolutismo, ni el liberalismo que triunfaron en Europa y que había sido plenamente beligerante contra estas corrientes. Francisco Canals en su libro *La tradición catalana en el siglo XVIII*, sobre todo en su prólogo o preliminar, trata de una forma razonada y muy viva esta importante característica de Cataluña en los siglos de la Modernidad a partir del Renacimiento, resistente y beligerante contra los movimientos del absolutismo, de la Ilustración y del liberalismo. Al decir beligerante no se dice en sentido metafórico teniendo en cuanto las guerras antiabsolutistas del siglo XVII; la antiborbónica de principios del siglo XVIII; la guerra contra la Convención de finales del XVIII y la guerra de la Independencia, los antiliberales y los carlistas del siglo XIX en los que tanto protagonismo tuvo Cataluña.

Esta conducta de Cataluña es refrendada por historiadores de nota como Vicens Vives, quien lo dice con sentimiento. Califica el catalanismo *noucentista* ya en los principios del siglo XX como el reencuentro de Cataluña con Europa.

En definitiva es en este ambiente, de esta Cataluña refractaria a los movimientos antropocéntricos de los siglos de la Modernidad en los que por la gracia de Dios ha surgido esta espléndida floración de santos y obras religiosas en el siglo XIX, que nos deberían asombrar y edificar.

¿Cómo es posible que en menos de cien años si contamos a partir de los años sesenta del siglo XX, y con una floración entremedio de mártires, fruto del ambiente anterior, se diga hoy que Cataluña es de las regiones más secularizadas de Europa? No es misión de este artículo comentarlo, pero entre otros motivos creemos muy ilustrativo y certero un párrafo, una frase del libro de Canals antes citado.

Dice Canals textualmente «Desgraciadamente, han sido muy patentes los corruptores efectos de la inoculación del “veneno catalanista” —éste era el modo de hablar del padre Ramón Orlandis S.I.—, en el pueblo cristiano de Cataluña. Hoy podemos comprender que de aquel árbol dañado hayan brotado tales frutos corruptores».

Esperemos con la intercesión de nuestros santos y mártires y nuestras oraciones, nos conceda el Señor la gracia de la conversión en Cataluña y toda España.

El beato Carlos de Austria, emperador de Austria y rey de Hungría

MARÍA REYES JAURRIETA GALDIANO

Introducción

El día 3 de octubre, Dios mediante, el papa Juan Pablo II beatificará al joven Carlos de Austria, muerto en 1922 a la edad de 34 años, pobre y desterrado, en la pequeña isla de Madeira. Entre los reyes que han sobresalido por su vida y sus actos santos para la alabanza y glorificación del Señor, sin duda no puede faltar el nombre del siervo de Dios y nuevo beato Carlos Francisco José I, emperador de Austria y rey de Hungría. En él se cumple también el profético salmo «*Te alabarán, oh Yahvé, todos los reyes de la tierra*» (Salmo 138,4).

La vida del emperador Carlos, llena de toda clase de vicisitudes, sólo se puede comprender plenamente atendiendo a su carácter de hombre enamorado de Jesucristo, cuyo único deseo era cumplir Su voluntad. Así se lo confesó a su mujer la noche de su muerte: «*Ahora voy a decirte con toda claridad lo que pienso: Todo mi afán siempre ha estado dirigido a reconocer y cumplir la voluntad de Dios en todo, con toda la claridad posible y de la manera más perfecta posible*»¹. ¿Cómo sino aquel que llegó a ser Emperador, heredero legítimo del en otro tiempo todopoderoso Sacro Imperio Romano Germánico, pudo sufrir con paz el destierro, el desprecio, el engaño y las humillaciones de todo tipo que le afligieron durante toda su vida pública? Para muchos de sus contemporáneos, para los hombres importantes de la Europa de comienzos de siglo xx, era un pobre desgraciado; el monarca más odiado de toda Europa por no querer someterse al dictado de las sectas ni amoldarse a las nuevas corrientes que soplaban en la vida política; calumniado y menospreciado por su conocido servicio y sometimiento a la Iglesia. Sin embargo, ahora la Iglesia premia su fidelidad a Cristo, confirmada en su vida personal y familiar y también en su vida pública, como monarca católico, especialmente en aquellos momentos tan terribles de la primera guerra mundial, elevándolo a los altares para que pueda recibir culto público en todo el orbe y sirva de ejemplo a todas las personas llamadas a una vocación política.

Su amor al Señor se manifestó en una vida espiritual sencilla y tradicional, centrada en la devoción al Corazón de Jesús, de la que quiso hacer partícipes a su ejemplar esposa Zita y a sus ocho hijos, y

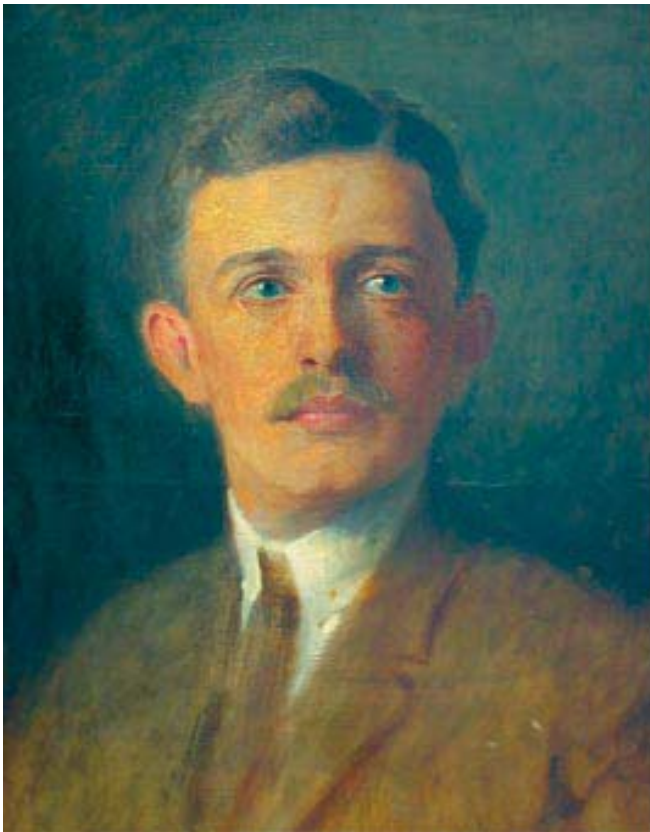
en el deseo de extender el Reino de Dios a todos los aspectos de su vida, tanto privada como pública. Como emperador, fue siempre consciente de que todo su poder y autoridad venía de Dios y por tanto no había de usarlo en provecho suyo, sino para el bien de sus súbditos y de la Iglesia. Por este motivo, sus campañas militares estuvieron llenas de instrucciones para el cuidado espiritual y material de los soldados, las medidas dictadas en su reino en el orden civil se inspiraron en la doctrina social de la Iglesia y la paz fue lo que Carlos y Zita, como máximas autoridades de su país, más ansiaron para sus reinos. Sin embargo, las grandes potencias europeas, movidas por un renacido cesarismo pagano, no hicieron caso al papa, Benedicto XV, ni tampoco tomaron en serio las propuestas de paz que, por vía diplomática, intentó Carlos.

Todos los fracasos humanos y contrariedades que aparecen constantemente en la corta vida de Carlos fueron de gran valor para la maduración espiritual del joven emperador, pues en ellos crecía su humildad, el olvido de uno mismo, de lo que pudiera o dejara de hacer, para crecer en la confianza en Dios. Es así que no nos extraña cómo pudo declarar con gusto a su mujer «*Estamos en manos de la Providencia divina. Pase lo que pase, está bien. ¡Sólo hace falta que tengamos confianza!*»²

Históricamente su reinado se presenta como el final de una dinastía que lleva tres generaciones acumulando desgracias y todo ese peso de guerras, derrotas militares, asesinatos... cae sobre las espaldas del inexperto Carlos. Ciertamente, poco pudo hacer Carlos en las convulsiones que atormentaban al mundo a principios de siglo en las que también participaba el Imperio austro-húngaro. Las grandes naciones buscaban su engrandecimiento a toda costa, y Carlos se encontró sólo en su deseo de paz y de apoyo al Papa. Por ello no pudo hacer una labor de grandes ideales, ni obtener importante triunfos para la Iglesia, ni para su pueblo... sino más bien su labor fue la de evitar males mayores y una vez inmerso en complicadas situaciones políticas su única salida fue llevar a cabo una política de mal menor. Pero, cier-

1. *Positio super virtutibus et fama sanctitatis*. Roma, 1994. Summ. docc. t.I. p. 107.

2. *Summ. test.* p. 600, 780 emperatriz Zita.



tamente, en todo buscó servir al Señor y a su pueblo en verdad, sin componendas con los enemigos de la Iglesia, sin segundas binarios, y por ello, en medio del desprecio de los grandes de la tierra, fue querido y anhelado por su pueblo y ahora la Iglesia católica lo exalta del polvo del destierro a la gloria de los altares.

Nacimiento e infancia

El 17 de agosto de 1887 nace un hijo del archiduque Otto y de la archiduquesa María Josefa en el castillo de Persenbeug, Austria. Se le bautiza con el nombre de Karl Josef Ludwig Hubert Georg Otto María. La Casa imperial de Austria se alegra del nacimiento del sobrino nieto del emperador Francisco José. Sin embargo, el resto del imperio no presta mucha atención al acontecimiento ya que el niño se encuentra lejos del primer lugar en la línea de sucesión al trono. En ese momento se desconocían aún que una serie de tragedias y eventos modificarán su destino y el del Imperio.

La niñez de Carlos fue sencilla y sana. Recibió clases particulares de su tutor (iniciándose en el estudio de diferentes idiomas, llegó a dominar siete lenguas) y luego fue al colegio Schottengymnasium en Viena para acabar tomando cursos de derecho y economía en la Universidad de Praga. Fue educado en la fe católica que desde temprana edad practica con gran

devoción. Se le recuerda como un niño muy fervoroso en la misa y que profesa gran cariño a la Virgen María. De carácter bondadoso y compasivo, hablan los que le conocieron como de un joven por encima de todo reproche, con gran control de sí mismo, modesto, reservado y desinteresado con las mujeres. Y al mismo tiempo siempre lo recuerdan feliz y alegre.

Juventud y matrimonio

En 1903, continuando con la tradición familiar, se hace militar. Con apenas dieciséis años se le otorga el grado de teniente segundo del Ejército imperial al mismo tiempo que es condecorado con la Orden del Toisón de Oro. «Las fuertes implicaciones religiosas de la orden, y el consiguiente privilegio de poder hacer celebrar la santa misa para él mismo en cualquier lugar llenaron al Siervo de Dios de profunda satisfacción».³ En el ejército se sentía a gusto y vistió el uniforme casi hasta su muerte, no como un signo de poder sino, más bien, de servicio a su patria. También el juicio sobre su vida militar es unánime: fue siempre diligente y concienzudo, amistoso y solícito con sus colegas.

En el año 1913 contrae matrimonio con la princesa Zita de Borbón-Parma. Ambos se conocían desde la niñez puesto que Carlos era amigo de los hermanos de la novia. De novios se preparan muy seriamente para el matrimonio, conscientes de la grandeza de la vocación a que son llamados por Dios. Confiando plenamente en la ayuda divina, Carlos hace grabar en las alianzas: «Sub tuum praesidium confugimos, Sancta Dei Genitrix –Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios». Zita recuerda cómo su marido, con mucha seriedad, le dijo en el día de la boda: «Ahora tenemos que ayudarnos mutuamente a llegar al cielo». Y con esta idea en el corazón, los recién casados se dirigen en peregrinación a Mariazell, donde ponen la nueva vida que acaban de comenzar bajo el manto maternal de la Virgen.

La madre Antonia de Borbón-Parma hermana de Zita y monja benedictina, describió la vida familiar de la siguiente manera: «Un modelo concreto del ideal cristiano, plena armonía de pensamientos y principios, sin secretos, sino completamente abierto y honesto el uno con el otro; eran optimistas por naturaleza y la gracia de Dios les daba una heroica confianza en Dios, un amor entusiasmado a Cristo, una confianza ilimitada en su amor, reforzada por la adoración al Sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen. El siervo de Dios fue siempre el mejor esposo

3. *Summ. test.* p. 67-68, 20, emperatriz Zita.

para su mujer y un padre modelo para con sus hijos. Rezaban mucho juntos y estaban comprometidos en la educación de sus hijos. El Siervo de Dios a menudo hablaba con su esposa sobre temas religiosos y sobre la vida espiritual. Y si ella le ayudó a él a abrirse, él, con su manera tan sencilla, le mostró a ella su camino hacia la perfección»⁴. Zita tuvo gran influencia en el crecimiento espiritual de su esposo, aportando sus tradiciones católicas fuertes y profundas, arraigadas en la familia de los Habsburgo. Carlos tuvo la oportunidad de participar con entusiasmo en el Congreso Eucarístico de 1912 en Viena junto con su joven esposa que, poco después, le regalaría el primero de sus ocho queridos hijos, el último de los cuales nacería póstumo.

Emperador de Austria y rey de Hungría

Después de la muerte de Rodolfo, hijo de Francisco José I, y del padre de Carlos, el atentado contra su tío Francisco Fernando, el 28 de junio de 1914, convirtió a Carlos en heredero directo al trono austríaco. Pero el asesinato de Sarajevo fue el principio del fin: Europa y Austria ya no eran las mismas y Carlos se vio catapultado en un torbellino de acontecimientos, una de las mayores tragedias de la historia moderna. «Inmediatamente después del asesinato del archiduque en Sarajevo, el papa Pío X le llevó una carta a Carlos, mediante un alto funcionario del Vaticano pidiéndole que le hiciera presente a Francisco José el peligro de una guerra, en cuyo caso llevaría a Austria y a toda Europa hacia una miseria inconcebible. Pero el contenido había llegado a círculos favorables a la guerra y el funcionario fue detenido en la frontera, Carlos sólo se enteró mucho más tarde del oficio, pero en aquel momento el conflicto ya estaba en curso y era demasiado tarde para evitarlo»⁵.

Una vez comenzada la guerra, Carlos entró a formar parte del ejército al mando del XX Cuerpo (Edelweiss). Su misión, decisiva en la victoria contra Rumanía para detener el avance de los rusos, llegó a su punto culminante en el frente italiano con la victoria de Folgaria. La historia nos informa de sus éxitos militares pero no habla de la insatisfacción que le producían sus victorias. «Estaba impasible en medio de las balas, el rosario dorado en sus manos, que rezaba en silencio, que llevaba siempre consigo y que ya estaba totalmente gastado, de manera que la joven archiduquesa tuvo que proporcio-

narle uno nuevo». ⁶ Como comandante del Ejército, el archiduque Carlos era extremadamente popular, dado que se preocupaba de las necesidades físicas y espirituales de sus subalternos como un padre.

El 21 de noviembre de 1916, dos años después del comienzo de las hostilidades, falleció su tío abuelo Francisco José y Carlos accedió al trono como emperador Carlos I. Su acceso al trono marca ya una nota que puede parecer intrascendente pero que es profundamente amarga. Carlos deseaba adoptar el nombre de Carlos VIII, como sucesor ya no de hecho y ni siquiera de derecho, pero sí, por lo menos, tradicional, de los viejos emperadores romano-germánicos. Parecía que Guillermo II, rey de Prusia, no tenía por qué oponerse a este inocente deseo de su aliado. «¿Qué le importaba, en plena pugna contra toda una coalición mundial, que el joven emperador ostentase la teórica numeración de los antiguos césares? Pues bien: en su megalomanía incurable, en su vanidad de prusiano, de Hohenzollern, cabeza del II Reich de los alemanes no pudo permitir al aliado Habsburgo que tan duros sacrificios sufría por su causa, la realización de anhelo tan inocente como anodino. Carlos fue Carlos I de Austria. Carlos I, y último. Guillermo era el que se sentía, siquiera efímero, también sucesor de aquellos césares.»⁷

El 30 de diciembre del mismo año fue coronado Rey Apostólico de Hungría con el nombre de Carlos IV. Su esposa escribe sobre el acontecimiento: «Para él la coronación tenía un significado extraordinario: era una investidura llevada a cabo por la iglesia en nombre de Dios. Todas las obligaciones que el Siervo de Dios juró cumplir en esta ceremonia fueron aceptadas por él con una profunda fe y se convirtieron en el programa de su vida futura. Durante la coronación Dios encomienda todo el pueblo al soberano. A partir de entonces éste tenía que vivir para sus súbditos, cuidar de ellos, rezar y sufrir para ellos y santificarse para poder llevarlos a Dios. El día de la coronación fue un gran momento en la vida del siervo de Dios a partir del cual iba directamente al encuentro de Dios».⁸

Proposiciones de paz

Pocos días después de haber accedido al trono, Carlos asumió automáticamente el mando supremo sobre todas sus tropas. Visitaba los frentes a menudo, llegando a las primeras líneas y

4. *Summ. test.* p. 854-855, María Antonia de Borbón-Parma.

5. *Summ. test.* p. 769, 936, Javier de Borbón-Parma.

6. *Summ. test.* p. 369, Dr. Erich Thanner.

7. Luis Creus Vidal, *La vuelta a los altares*, Barcelona, Ariel, 1946, 66.

8. *Summ. test.* p. 533-534, emperatriz Zita.

participando personalmente en numerosas batallas, mostrando valor y serenidad ejemplares bajo los impactos de la artillería enemiga. Pero al ver la cruenta matanza que tenía lugar en los frentes entró en un grave conflicto con los principios morales y religiosos que le habían marcado. Pocas horas después del final de la undécima batalla del Isonzo el fotógrafo de la corte, Schuhmann, le vio llorar a la vista de los cadáveres mutilados y calcinados. Al mismo tiempo dijo: «Ningún ser humano puede asumir la responsabilidad de esto ante Dios. ¡Voy a poner punto final a esto cuanto antes!»

El emperador Carlos llegó así a la convicción de deber tomar todos los pasos posibles por vías diplomáticas para llegar a una paz, a pesar de sus aliados alemanes que le acusaban de cobarde. Mientras tanto se valía de todas sus posibilidades para aliviar en lo posible la crueldad de la guerra; así, por ejemplo, se opuso rotundamente al uso de gas venenoso en el frente oriental, era inquebrantable en su decisión de no bombardear las ciudades italianas, luchó contra el uso de submarinos que iban a bombardear ciudades enemigas del Adriático, especialmente a Venecia, y ello a pesar de todas las burlas, las molestias y acusaciones por parte del aliado alemán. El emperador Carlos adoptó entusiasmado la idea de P. Wilhelm Schmidt de establecer casas para soldados en todos los frentes con el fin de mantener la moral de los soldados. Se ocupaba personalmente de distribuir rosarios a los soldados y mediante una orden escrita mandó que en los cuarteles se celebraran santas misas con sermones no sólo en domingos y festivos, sino todos los días. En la medida de sus posibilidades intentó hacer más fácil y humano el destino de los prisioneros de guerra. La mayor oposición le vino por la abolición del duelo, una costumbre muy popular y difícil de terminar. «Debe saberse que el Siervo de Dios estaba amenazado con la pérdida de su existencia como ciudadano, pérdida de su rango militar o en la corte, con la exclusión de la vida en sociedad, o sea una especie de excomunión (...) debido a su rechazo del duelo. Por su lucha tenaz contra el duelo, que culminó en su prohibición absoluta, el Siervo de Dios, de hecho, perdió popularidad y partidarios entre su cuerpo de oficiales. Pero a pesar de la guerra parecía dispuesto a aceptar este inconveniente a subestimar y tolerar que sus oficiales permaneciesen en el pecado.»⁹

El emperador trató de solventar la miseria de su pueblo, sumido en la guerra, y compartiendo sus sufrimientos y predicando con el ejemplo: él y su fa-

milia vivían de las raciones oficiales de guerra, prohibió que su familia comiese pan blanco, repartiéndolo entre enfermos y heridos, y no permitió que se sirvieran manjares delicados en su casa. Evitaba cualquier ventaja injusta para sus parientes y prohibió la confiscación de casas en el frente por oficiales a los que sólo se les permitía el uso de pensiones y hoteles. Por eso también le llamaban el «patrono de las viviendas».

El papa Benedicto XV propuso un plan para establecer la paz pero el único que acepta las soluciones del Pontífice es el emperador Carlos. El Siervo de Dios será el único jefe de estado que responde al mensaje de paz del Santo Padre del 24 de diciembre de 1916. Los otros países, celosos de sus propios y egoístas intereses, buscan continuar la guerra. La paz era lo más ansiado por el Siervo de Dios y, confiando únicamente en Dios, reza diariamente en su casa la oración por la paz que ordenó Benedicto XV a la vez que inicia una serie de negociaciones secretas a través de sus cuñados los príncipes Sixto y Javier de Borbón-Parma, quienes se encontraban en posición favorable para pasar secretamente cartas de Carlos a los líderes de la Entente, correspondencia que dura desde noviembre de 1916 hasta febrero de 1917, fecha en que el nuevo gobierno de París, a través de Clemenceau, pone fin a estos contactos tras hacer públicas las negociaciones secretas del príncipe Sixto con el Emperador e intentar, de esta manera, resquebrajar la alianza germano-austríaca. Estas revelaciones perjudican la reputación y la imagen de destreza del Emperador como intermediario para alcanzar la paz mundial. «No negamos que se consiguió gran parte del maquiavélico propósito (de Clemenceau) y con ello la voz de las sectas —a través de toda la prensa del mundo— tuvo ocasión preciada de empezar a escupir sobre la faz del último Habsburgo en espera del momento, ya próximo, que lo iba a derribar del trono. Pero la historia ha velado y ha aclarado las cosas, y ha establecido que la gestión, natural y humanísima de Carlos nada tuvo de traición hacia su aliado de Berlín.»¹⁰ Al entrar Estados Unidos en la guerra, el presidente Wilson publica los «Catorce Puntos» necesarios para poner fin a la misma. Carlos los acepta en su totalidad pero, para entonces, la Entente ya no lo reconoce como interlocutor válido.

En su afán incansable por la paz y la justicia declara una amnistía general el 2 de julio de 1917 para corregir las múltiples injusticias causadas por penas aplicadas por los tribunales militares. Muchas de sus actuaciones en este sentido generaron enemistades y calumnias contra el emperador. Él era muy cons-

9. *Summ. test.* p. 509-510, ad 38, Karl Werkmann von Hohensalzburg.

10. Luis Creus Vidal, ob. cit., 68.

ciente de dichas consecuencias y dijo que nunca había contado con la gratitud, sino que sólo tenía en mente la justicia y la conciliación de los pueblos. Le bastaba saber que había cumplido su obligación ante Dios y su prójimo. Su vida espiritual crecía y se profundizaba cuánto más tenía que luchar contra los desengaños, los fracasos y las calumnias día a día.

Pero la guerra no absorbe completamente al Emperador, que tiene cuidados paternos también para los súbditos que se han quedado en su país o sufren la contienda en la retaguardia, siendo numerosas también sus iniciativas de carácter social. Organiza comedores para pobres y utiliza los caballos y las carrozas del palacio para distribuir carbón a los vieneses más necesitados; se bate contra la usura y la corrupción y utiliza su fortuna personal dando limosna más allá de sus posibilidades. Establece una secretaría de Bienestar Social encargada entre otras cosas de la custodia de los inválidos, viudas y huérfanos, de la seguridad social, de los derechos laborales y de la protección del trabajo, actuando además como agencia de colocación, ocupándose de los subsidios de paro, de la protección a los emigrantes y de los problemas de vivienda.

Su vida espiritual

LA fuerza para superar todas las pruebas la obtenía de la oración constante, de la unión permanente con Dios que alimentaba y mantenía viva participando a diario en la Santa Misa, mediante la adoración eucarística y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Se confesaba regularmente cada ocho días y tomaba muy en serio la santificación del domingo y los días de ayuno. Le gustaban los salmos, de los que rezaba dos diariamente: el *Miserere* y el salmo 90. Veneraba especialmente a la Madre de Dios, rezando a menudo el rosario –y cuando podía, lo hacía en familia–, venerando el escapulario que llevaba, según la costumbre, de la cofradía de la que era miembro y en la que inscribió a todos sus hijos. Su devoción mariana se plasmó también en el hecho de imponer a todos sus hijos el nombre de María, junto al de José –por quien sentía asimismo una gran devoción– en el caso de los varones, y en la cuna siempre les colgó una medalla de la Virgen.

A menudo, a solas, en la capilla familiar, meditaba sobre las estaciones del Vía Crucis. Y antes de cada decisión importante el Siervo de Dios se retiraba solo a la capilla para meditar su decisión ante el santísimo y «rezar por ella», como solía decir. También profesaba gran veneración por el Espíritu Santo. Durante las negociaciones de paz rezaba cada

día el *Veni Creator* después de la Santa Misa. Tras acordar la paz mantuvo esta buena tradición, por estar convencido de que el mundo, ahora más que nunca, necesitaba inspiración desde arriba.

El 2 de octubre de 1918, en la primera comunión de su hijo Otón, consagró toda su familia al Sagrado Corazón de Jesús e incluyó a todas las naciones de la Monarquía. La oración de consagración al Sagrado Corazón se rezaba cada primer viernes de mes en la capilla familiar; las letanías del Sagrado Corazón y el breviario del Sagrado Corazón eran sus oraciones favoritas. La fiesta del *Corpus* siempre se celebraba con pompa. Por ello el obispo Fisher-Colbry le llamaba «el emperador eucarístico». Su devoción especial era para san Miguel, al que eligió como patrón del ejército imperial. Sus hijos aprendían la oración diaria dedicada al Ángel de la Guarda.

Se esforzaba ansioso por la beatificación de P. Marco d'Aviano, recientemente proclamada por Juan Pablo II, y veneraba al hermano Conrado de Parzham, que en aquella época ya había sido canonizado, llevando consigo una reliquia del mismo hasta su enfermedad final. También fue devoto del santo párroco Maass de Fliess, del Tirol, y, naturalmente, de los patronos de sus dominios así como de san Carlos Borromeo. Nunca empezaba una comida sin rezar y estuviese donde estuviese rezaba el ángelus al mediodía.

Su lealtad y obediencia filial para con la Iglesia de Cristo no tenían parangón. Siempre dispuesto a defender y apoyar a la Iglesia. Debido a este gran amor a la Iglesia se ganó la enemistad de la poderosa masonería francesa, que también tenía adeptos en los altos cargos de Austria: ministros, banqueros, periodistas. La destitución del Dr. Seighart, conocido como alto cargo masón, director de un influyente banco, causó irritación incluso en Francia. Desde entonces recibió una y otra vez duros ataques por parte de la masonería cuyo plan, desde 1915, no sería otro que la división y desaparición del imperio. Y la guerra fue la ocasión idónea que encontraron las potencias europeas para finiquitar el gran Imperio y, con él, la dinastía de los Habsburgo. Se le pidió a Carlos que abdicara pero él, consciente de la vocación divina que supone el ceñir una corona, se negó a abdicar, impidiéndole su conciencia traicionar a Dios, a sus súbditos o a su herencia dinástica.

Exilio y muerte

SUS ministros le obligan finalmente a retirar su participación en el gobierno y se establece con su familia en una propiedad de caza, en Eckartsau. Sin embargo el nuevo gobierno socialis-

ta sigue considerando al emperador como una amenaza por no haber abdicado, por lo que lo envían en exilio a Suiza, con la consiguiente confiscación de todos sus bienes personales y los de su familia. Consta en las declaraciones de varios testigos que, durante el exilio en Suiza, más de una vez hubo exponentes de alto grado de la masonería que le ofrecieron a Carlos hacer valer su influencia para su restitución al trono, bajo la condición de una legislación más liberal con respecto al matrimonio, una escuela libre, y la admisión de la masonería en Austria. La respuesta del Siervo de Dios a estas ofertas fue verdaderamente ejemplar: «Lo que he recibido de Dios no puedo aceptarlo de la mano del diablo».

Durante el tiempo que la familia vive en Suiza llevan una vida tranquila y sencilla, alterada por sus dos intentos de restaurar el trono de Hungría en marzo y octubre de 1921. En el primer intento el almirante regente Horthy convence al Emperador de que el tiempo no es favorable y le recomienda regresar a Suiza hasta tener todo preparado. Cuando se hace evidente que Horthy es un traidor y que su interés es conservar ilegalmente el poder, Carlos intenta recuperar el poder por segunda vez contando con el apoyo popular. Sin embargo Horthy traiciona nuevamente a su legítimo monarca, lo arresta y lo entrega prisionero a la Entente.

En el exilio su destino será la isla de Madeira donde llega en noviembre de 1921. Los últimos cinco meses de su vida en el exilio fueron para el Siervo de Dios como el crisol donde se refina el oro; sufrimientos, humillaciones, desengaños, renunciaciones, miseria y pobreza (las joyas con las que esperaba financiar su estancia en Madeira fueron robadas). Sin embargo, todo lo sometía a la voluntad divina con extraordinaria confianza. «Dios me ha dado la gracia de que aquí en la tierra ya no haya nada que

no esté dispuesto a sacrificar por amor a Él y por el bien de la Santa Iglesia»¹¹

Durante estos meses en Funchal Carlos tuvo una especial dedicación a los suyos. Estaba alegre de poder ser sencillamente padre sin falta alguna de tiempo. Como ya había hecho cuando eran pequeños, les enseñaba el catecismo, la historia de la salvación, la vida del Señor y hacía todo lo posible por orientar sus almas, dedicándose especialmente a sus dos hijos mayores.

En marzo de 1922 Carlos enferma de gripe, que pronto se transformará en pulmonía. El emperador reza constantemente y sufre mucho por largos días, diciendo «Tengo que sufrir para que mis pueblos se puedan unir nuevamente». Además del dolor físico sentía otro en el alma: la preocupación por el futuro de su esposa y sus hijos, por su país y por estar lejos de sus fieles. El día de su muerte, después de haber recibido la comunión, permaneció absolutamente recogido musitando jaculatorias entre las que la más frecuente era «Jesús, para ti vivo, para ti muero». Tras recibir el viático sus últimas oraciones fueron encomendando al Señor a sus hijos, uno tras otro, rogándole que les protegiera en cuerpo y alma y que les dejase morir antes de que cometieran un pecado grave. Y una y otra vez besaba la imagen del Sagrado Corazón que mantenía delante de sus labios.

Cuando se supo la noticia de la muerte del emperador, el pueblo vino corriendo en multitud, desfilando durante horas ante su féretro en la capilla ardiente en su casa y depositando rosarios y otros objetos de devoción como señal de su admiración. Los habitantes de Funchal rindieron honor y mostraron su amor a este hombre enamorado de Jesucristo, del que ya hablaban como de un santo.

11. *Summ. test.* p. 582.

El liberalismo es el más feroz cautiverio

El liberalismo es ante todo el reconocimiento de los falsos derechos del error y del mal. Reconocimiento que implica por necesaria consecuencia la opresión de la verdad y del bien. He aquí por donde aquella su libertad nefanda es para los buenos hijos de Dios el más feroz cautiverio.

FÉLIX SARDÁ Y SALVANY

El obispo Marcelo González, un gran hombre de Iglesia

FRANCISCO CANALS VIDAL

LA muerte del insigne prelado doctor Marcelo González Martín ha suscitado una corriente muy vasta y profunda de agradecimiento y admiración hacia su persona y su tarea de obispo de la Iglesia católica, que lo fue sucesivamente en Astorga, Barcelona y Toledo, la sede proclamada, en el siglo VII –y confirmada, en el siglo XI, por autoridad pontificia–, Primada en España.

Los responsables y redactores de la revista barcelonesa *Cristiandad* y los miembros de Schola Cordis Iesu –sección del Apostolado de la Oración– que, por estímulo y consejo del padre Ramón Orlandis, fundaron la revista, no podrían dejar de expresar ahora sus sentimientos de estima, admiración y gratitud hacia don Marcelo González.

He recibido gozosamente el encargo de expresarlo en su nombre, y tampoco silenciaré mi personal convicción: estamos ante la figura de un gran hombre de Iglesia, uno de esos miembros del episcopado de la Iglesia católica cuya tarea se hace presente universalmente en el espacio y en el tiempo.

Por su presencia en Toledo, el doctor Marcelo González suscita el recuerdo de aquellos grandes padres y doctores de la Iglesia española que convirtieron a la fe católica, desde el arrianismo, a los reyes y nobles visigodos, cuyos educadores fueron, y sin cuya actividad la cristiandad católica de España no hubiera venido a ser.

No se trata de ningún esfuerzo artificial el dejarse conducir por la luminosa evidencia de haber podido conocer una figura eclesiástica de influencia análoga a la de los Leandros, Isidoros o Ildefonsos que dieron vida a «la España evangelizada y evangelizadora» de que habló Juan Pablo II. Su actividad pastoral, especialmente en el campo de la formación del clero, habrá dejado una impronta universal en la Iglesia de nuestro tiempo.

Hombre de Iglesia, Marcelo González fue auténticamente hombre del Concilio Vaticano II, al que nunca invocó contra la tradición católica porque lo entendió como un desarrollo de la misma al servicio de la Iglesia en nuestro tiempo. He aquí cómo, siendo arzobispo de Barcelona, bendecía y estimulaba nuestra revista *Cristiandad* en abril de 1969 –en el veinticinco aniversario de la revista:

«Impregnar de sentido cristiano y sobrenatural la vida entera del hombre y de la sociedad sigue siendo una tarea irrenunciable de todo el que ama la Iglesia. Ello no se opone en nada –acaba de decir Paulo VI– a la legítima autonomía de lo tempo-

ral, sino que por el contrario responde fielmente al concepto de la Iglesia y del mundo que el Concilio Vaticano II ha proclamado con tanta autoridad» (véase *Cristiandad*, núm. 458, abril de 1969)

Precisamente al siguiente año, el doctor Marcelo González aprobó, en 3 de septiembre de 1970, los nuevos Estatutos que configuraban Schola Cordis Iesu como una sección especial, y de iniciativa laical, en el seno del Apostolado de la Oración.

No podemos detallar los gestos y palabras que manifestaban el constante apoyo de nuestro gran prelado. Baste ahora recordar su presencia en el homenaje al padre Orlandis, celebrado en el 75º aniversario de Schola el pasado año 2000. El cardenal González habló en el salón de actos de la Balmesiana. Participó en la concelebración, presidida por el cardenal Carles y ocupó también la presidencia en el banquete conmemorativo de aquella alentadora efemérides.

Tampoco podemos omitir el apoyo y la aprobación institucional y jurídica de la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, que puede ser vista también como una fructificación indirecta del espíritu apostólico infundido por el padre Orlandis a Schola Cordis Iesu.

Personalmente, he tenido numerosas ocasiones de contacto íntimo y confidencial con el ilustre prelado. Me invitó, hace muchos años, a dar unas conferencias sobre el pensamiento de santo Tomás en el Seminario Mayor de Toledo. Al recibirme en audiencia personal, me comunicó muchos de sus pensamientos sobre la sociedad contemporánea. También prologó mi estudio *San José, Patriarca del Pueblo de Dios* y de nuevo puso prólogo a la *Miscelánea* que, en 1997, elaboraron amigos míos para conmemorar mis 75 años. Con emocionada gratitud, he de remitirme a las expresiones aprobatorias de mis tareas «orlandianas»: el apostolado del Corazón de Jesús y de la esperanza de su reinado en la tierra y el estudio y difusión de la doctrina filosófico-teológica de santo Tomás de Aquino.

Estamos convencidos de que la semilla puesta en tantos surcos de la vida eclesial fructificará abundantemente en la Iglesia. Hombre que no puso nunca la luz bajo el clemén, sino sobre el candelero, su luz iluminará a todos los que habitan en la casa. Nosotros nos sumamos a cuantos se sientan movidos a dar gracias a la divina providencia por haber dado a la Iglesia un tan insigne obispo en nuestros tiempos, propicios para un trabajo arduo, difícil y fecundísimo.

«Tomás de Aquino. Un pensamiento siempre actual y renovador»

El pasado mes de febrero dábamos cuenta de la aparición en internet, en la dirección informática <http://www.riial.org/stda/inicio.htm>, de una serie de capítulos que contenían una síntesis de la filosofía de santo Tomás, a partir de los textos del propio Aquinate. Estos trabajos eran obra de nuestro colaborador Francisco Canals Vidal, mundialmente conocido como uno de los mayores expertos en la filosofía tomista, y respondían a un encargo que le había hecho el coordinador general de RIIAL, la Red Informática de la Iglesia en América Latina, monseñor Enrique Planas. Esta noticia iba acompañada de una extensa entrevista que la agencia de noticias vaticana ZENIT había realizado al doctor Canals a propósito de aquella iniciativa. Hoy podemos anunciar la reciente aparición de los capítulos de la serie en forma de libro, con el título *Tomás de Aquino. Un pensamiento siempre actual y renovador*, editado por la editorial Scire de Barcelona. De esta manera, queda constancia sobre papel, para quienes todavía les resulta incómoda la vía informática, y en general para una lectura reposada y profunda, de este texto. Con este motivo nos complace reproducir las dos introducciones que acompañan al texto del doctor Canals. En la primera, la presentación, monseñor Planas glosa la oportunidad de aprovechar un nuevo instrumento técnico, la informática, y así lo hace la Iglesia, para difundir su verdad perenne. Y en el prólogo, el profesor de metafísica de la Universidad de los Andes Antonio Amado hace la presentación técnica del trabajo del doctor Canals y un resumen de sus principales aportaciones.

Presentación

EN este volumen que el lector tiene en sus manos, se da la conjunción de varias felices circunstancias.

En primer lugar contamos con un santo autor verdaderamente único –Tomás de Aquino– cuyos contenidos creemos que constituyen el mayor de los regalos que la Providencia ha querido hacer al pensamiento de la Iglesia; un preciado don que va más allá de todo tiempo y toda geografía. No en vano a la sabiduría racional asumida por la «sacra doctrina» tomista se la denomina filosofía perenne. Poco cabe añadir al respecto que no haya sido dicho ya, salvo tal vez recordar que, en nuestro momento actual, maravilloso y lleno de creatividad por muchos conceptos, se da una crisis de sentido: el mundo se dirige tanteando hacia el futuro. De ahí que recuperar un Tomás de Aquino decantado de muchas adherencias y enriquecido con tantas de sus facetas olvidadas con el paso de los siglos, pero que, recuperadas, son de vivísima actualidad, constituye una prioridad vital. Estamos convencidos de ello.

Gracias a Internet contamos con un nuevo instrumento del comunicar con muchas posibilidades inéditas. Es bien conocida la capacidad de la llamada Red de Redes de dar soporte a los contenidos inte-

lectuales más variados; menos conocidas son sus valencias como instrumento auxiliar al servicio del intercambio cultural, por más que en su historia, ya no tan breve, haya dado numerosas muestras de ello. Aún es patrimonio de pocos la conciencia de las capacidades de internet, para ayudar a que la gestación y desarrollos culturales den un verdadero salto cualitativo.

En este proceso la Iglesia, por fortuna, ha aceptado el desafío y gracias a ello se cuenta con la RIIAL (Red Informática de la Iglesia en América Latina) que, más allá de un soporte tecnológico apoyado en la informática al servicio de la nueva evangelización, es un coagulante cultural de probada eficacia. Con la voz «formación interdisciplinar» la RIIAL está dando paso a una serie de personas y focos de sabiduría y cultura que desean hacer de su rica experiencia un patrimonio común y de la interrelación y el diálogo unas bases de sabiduría en que se apoye el futuro. Con este trabajo se da buena prueba de ello, ya que nace en internet y preferentemente para los usuarios de internet.

Casi nos atreveríamos a decir que, en medio de una fase crítica de nuestro momento cultural, se está asistiendo a una recuperación del deseo de saber por

el saber, en un progresivo alejamiento de un mero pragmatismo y una alicorta funcionalidad. A todo ello el instrumento informático no es ajeno, con el valor añadido de que jamás la participación en los bienes culturales ha resultado tan fácil e inmediata. Quizás estamos viviendo una recuperación del concepto de «universitas», en donde la cultura y el saber se construían prioritariamente en función del crecimiento de las realidades personales y sociales. Un lugar de encuentro e intercambio de conocimientos y cultura previo al ya convencional y más rígido y funcional de universidad.

En otros términos, con frecuencia repetidos, cabe insistir en que nos encontramos en un cambio de época, en un cambio de paradigma cultural que tiene la comunicación y las nuevas tecnologías de la información como principales coprotagonistas. Como en todo cambio profundo, el orden y un norte claro son alimentos de primera necesidad. Fundamentos y mediadores de este orden son las que nosotros amamos denominar agencias de sentido tales como la familia, la Iglesia, la escuela, la política misma... y resulta que muchas de ellas en estos momentos se nos muestran desorientadas. Ahí interviene de nuevo Tomás de Aquino, convencidos como estamos de que incluso en la más rabiosa actualidad puede él, de nuevo, dar respuesta viva y eficaz a los problemas que plantea el presente momento histórico.

Ciertamente no basta con repetir los contenidos de los múltiples manuales (reconociendo el gran valor de algunos) que nos ha legado la escolástica. Parafraseando al papa Juan Pablo II –cuando se refiere a la nueva evangelización– diría que se necesita un santo Tomás nuevo en su ardor, nuevo en sus métodos y nuevo en su expresión, que es lo mismo que subrayar la necesidad de reencontrarle en sus

orígenes, en sus escritos y ofrecerlo al hombre y sociedad actuales con un lenguaje nuevo y eficaz. Los contenidos de siempre –muchos de los cuales, señalábamos, parecen haberse perdido por el camino– en una visión renovada.

Este volumen ofrece al lector una síntesis nueva, expresada en unas tesis que van mucho más allá de las veinticuatro tesis de la tradición reciente del pensamiento tomista. Las que creemos necesarias para el avance y maduración homogéneos del hombre actual. De poco hubieran servido las posibilidades y circunstancias favorables que ofrecen nuestros tiempos y que indiqué al principio, si no hubiéramos podido contar con un talento y esfuerzo de excepción, con la sabiduría y generosidad del profesor Dr. Francisco Canals Vidal, uno de los grandes maestros del tomismo contemporáneo y fiel discípulo de aquel gran maestro y forjador de hombres que fue el padre jesuita Ramón Orlandis.

El profesor Canals es doctor en filosofía, en teología y en derecho, catedrático emérito de metafísica en la Universidad de Barcelona, miembro de la Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino, miembro fundador de la SITA (Sociedad Internacional Tomás de Aquino), miembro de la Sociedad Internacional de Josefología, entre otros títulos, además de autor de numerosos volúmenes y artículos y, sobre todo, al igual que su maestro el padre Orlandis, formador de decenas de intelectuales que dictan su saber en múltiples ámbitos universitarios. En este volumen el autor nos muestra como ha sabido hacer propio y vital lo más decantado del pensamiento del Maestro de Aquino.

Mons. Enrique Planas Coma

Del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales. Coordinador general de la RIIAL

Prólogo

EL origen de este libro puede situarse en una conferencia pronunciada en la Balmesiana de Barcelona por el profesor Francisco Canals en la festividad de santo Tomás del año 2001. En aquella ocasión el autor presentó sus reflexiones sobre las veinticuatro tesis tomistas, destacando la ausencia en aquéllas de dimensiones esenciales de la síntesis de santo Tomás. El planteamiento formulado en aquella conferencia motivó un congreso de la SITA en Barcelona bajo el lema «La síntesis doctrinal de Tomás de Aquino», en la que Canals presentó la ponencia «Unidad según síntesis». En esta oportunidad Canals, que insiste en presentar a santo Tomás como el doctor encarnacionista por excelencia,

muestra la orientación de la síntesis tomista en la misma línea en que debe afirmarse sin reducciones la verdad central del dogma cristológico: «En Cristo, todo Dios es hombre y todo el hombre es Dios». Dios toma la naturaleza humana que no es destruida sino asumida, al modo como la gracia perfecciona nuestra naturaleza y la fe el conocimiento racional. «La fe presupone el conocimiento racional como la gracia la naturaleza y la perfección lo perfectible». Aristóteles no es asumido por santo Tomás sino en razón del mismo dinamismo por el que el misterio de la Encarnación mueve al pensador cristiano a buscar «como a quien le pertenece por naturaleza» toda verdad de necesaria incorporación al

pensamiento cristiano. La perspectiva meramente material en la consideración de la dependencia que guarda la obra de santo Tomás con respecto a Aristóteles, desdibujó la existencia de una inteligencia de la «totalidad de los Santos Padres» y sobre todo de san Agustín como señalaba León XIII en la encíclica «Aeterni Patris».

El conjunto de trabajos que se contienen en este libro fue originariamente escrito para ser publicado en Internet (en la página de la Red Informática de la Iglesia en América Latina). El profesor Francisco Canals, ampliamente reconocido en el mundo académico, aceptó la invitación para participar con sus reflexiones en el medio informático consciente de que este medio está obrando a escala mundial, ante la creciente globalización, «una unificación que tiende a convertirlo en un ágora de dimensión planetaria». No es difícil entonces conocer los motivos por los que Francisco Canals aceptó aquella invitación. Cada ágora es lugar de encuentro con los hombres, y para quienes ven la urgencia de que el mundo conozca a Cristo y se salve, internet puede ser un instrumento adecuado para «ofrecer a los hombres palabras estimulantes que orienten contemplativamente su vida», palabras al servicio de la Sabiduría «escondida a los sabios e inteligentes» y que «los príncipes de este mundo no conocen».

La comunicación de la auténtica sabiduría, «sapientia cordis», sólo instrumentalmente la causan los medios. No basta llenar la red, la televisión o la radio de mensajes materialmente verdaderos y esperar que estos instrumentos formen a las personas, iluminen los entendimientos o modifiquen sus voluntades. El internauta, que con frecuencia no reposa en una incesante búsqueda de novedades, anhela desde lo más profundo de su interioridad encontrarse con una persona; sólo ahí cesará su movilidad y la tortuosa búsqueda de noticias vanas e informaciones o datos insustanciales incapaces de colmar la inquietud del corazón. Francisco Canals sabe que la transmisión de la verdadera sabiduría sólo tiene lugar en la comunicación interpersonal. Y creo que ese diálogo enriquecedor y personal se produce con el «navegante» que accede a la página de la red en que Canals ha reproducido sus reflexiones.

La comunicación interpersonal exige que hablemos con los demás «según lo que hemos expresado en nuestro corazón», entendiendo por «decir dentro» hablar de lo que sabemos. En la palabra interior, aquella por la que orientamos nuestra propia existencia hasta el punto de ser «vivientes según palabra» debe encontrarse radicalmente el principio de todo acuerdo y desacuerdo entre los hombres. Las palabras y mensajes que suenan fuera, en el aire o en la red, reducidas a la subjetividad de cada cual al

ser leídas y escuchadas, no sirven a la comunicación de ciencia, a la amistad ni a la paz entre los hombres. Mi experiencia en la lectura atenta y directa de aquellos escritos de la red, no sólo ha posibilitado el descubrimiento de iluminadoras perspectivas en la síntesis de santo Tomás que han enriquecido además mi docencia universitaria, sino que me han convencido de la necesidad de ordenar todo medio técnico a un verdadero diálogo en el que los hombres podamos exponer para mutua edificación y conocimiento lo que anhelando encontrar la verdad hemos pensado. En conversación con el autor le manifesté, además, mi sorpresa y alegría al ver que en la entrega titulada «Realismo pensante», exponía con mayor claridad y concisión lo desarrollado en su libro *Sobre la esencia del conocimiento*. Aquella y otras aportaciones sirvieron de material de primera mano para mis clases.

«En otro sentido se llama palabra al concepto de la mente cuando place». La invitación a expresar a través de la red lo que hemos pensado parece ser verdaderamente urgente en la medida en que a través de ella se comunican asiduamente los hombres. En este sentido Canals considera en la más genuina tradición agustiniana que la comunicación interpersonal no tiene sentido sino cuando decimos a otros lo que dentro de nosotros ha sido expresado como «palabra amada». La palabra interiormente proferida y expirada con amor es en un sentido verdadero y auténtico vida de la persona, y como toda vida y toda perfección tiende a ser comunicada. La persona, que tiene primacía en la escala analógica de lo verdadero, es la verdadera destinataria de aquella palabra amada y por ello mismo es término de amor de amistad. Toda auténtica comunicación de lo que los hombres han expresado en su interior como «verbum cordis», sea de orden artístico-técnico, científico o filosófico se orienta a la amistad, porque la persona es lo perfectísimo en el universo. Aquello que Canals durante años de estudio convencido y contemplación profunda de la verdad ha pensado lo entrega, aprovechando un medio como internet, con las características de algo que entrañablemente quiere ser comunicado. En la lectura de sus comunicaciones no se deja ver únicamente la fuerza de su especulación, sino también la connaturalidad en la línea del bien amado con los temas tratados y por ende la búsqueda de un diálogo interpersonal que posibilite la auténtica amistad entre los hombres.

Francisco Canals insiste en la necesidad urgente para nuestro tiempo de volver a la síntesis que elaboró santo Tomás. Leer de nuevo al Doctor Angélico puede ser un poderoso remedio para muchas aventuras extrañas que se han prodigado en la filosofía y la teología. Volver a santo Tomás quiere decir pensar en lo que el gran Santo pensó y profundizó, y

redescubrir como fundamental para el diálogo con el pensamiento moderno y contemporáneo algunas vías de reflexión que en muchas ocasiones se habían perdido u olvidado incluso dentro del mismo tomismo. En la línea de esta lectura sugerente y atenta del santo Doctor, Canals insiste en algunos elementos que no siempre han sido tenidos presentes, incluso en ocasiones claramente desvirtuados en las tradiciones manualísticas.

No creemos hacer traición al pensamiento del autor si señalamos algunos puntos en los que se hace manifiesta la fuerza de esta síntesis tan desconocida en muchos aspectos. La presencia de la metafísica agustiniana del espíritu, asumida por santo Tomás como de necesaria incorporación para la elaboración de su teología trinitaria, no sólo permite la incorporación del aristotelismo evitando el riesgo de reducirlo a un empirismo sensualista, sino que además posibilita una reflexión de capital importancia en el diálogo con el trascendentalismo kantiano. La existencia, en el conocimiento humano, de una autopercepción o experiencia inmediata de la mente en su ser, es decir, la existencia de un conocimiento intelectual inmediato no-objetivo, y por ende no intuitivo, posibilita fundamentar la metafísica y todo decir del hombre acerca del orden del universo y de sus causas frente al hundimiento de la razón en el fenomenismo y agnosticismo kantiano. Kant había recuperado la espontaneidad del cognoscente y la necesidad de la aperccepción pura que venía a identificar con el entendimiento mismo; sin embargo, la falta de un concepto analógico del conocer respetuoso con el carácter de perfección del acto de ser consiguió que la necesaria conciencia del yo que debía acompañar a todo acto de pensamiento se viera reducida a lo puramente fenoménico, dejando así al conocimiento humano sin fundamentación última y sin posibilidad de decir acerca de la verdad del ente.

Pero si esta conciencia del alma según su ser la contemplamos ahora como activamente manifestativa (pertenece a la naturaleza de todo acto el manifestarse y comunicarse), podremos entender la necesidad de que el inteligente exprese siempre lo que está en él como entendido en acto. No sólo hay término en la acción predicamental, contra lo que señalaba Gredt, sino también en la acción inmanente, que también sigue a la actualidad del ser, y «cuanto más alta

es la naturaleza más íntimo lo que de ella emana». La acción predicamental tiene un término extrínseco no por ser acción, sino por serlo de modo deficiente, pero en el acto de entender del hombre, enraizado en la presencia del alma en su ser por la que está constitutivamente abierta a describir el orden del universo, el decir mental no es acción predicamental y sin embargo es operación en la que el inteligente entendiendo forma lo que entiende como quien procede del acto al acto y de lo perfecto a lo perfecto.

El alma del hombre ocupa el último lugar en el género de las sustancias intelectuales pero participa por esta autopercepción de la subsistente intelección de la intelección, Dios, acto de todos los inteligibles. Sólo por eso el alma puede hacerse todas las cosas y constituir potencias enraizadas en su memoria y destinadas a traer hacia sí lo que dentro de sí habrá de considerar. Sin embargo la herencia agustiniana recogida por santo Tomás señalaba también un amor sustancial por el que la palabra expresada por la inteligencia que surge de la memoria o autopercepción del espíritu puede denominarse palabra amada. De esta palabra amada surge el orden de inclinación en el espíritu de tal modo que «nadie hace algo queriendo sin primero haberlo dicho en su corazón».

Canals vuelve a la palabra del corazón, a la *sapientia cordis*, a la genuina reflexión agustiniana sobre el alma misma sin la que es imposible ascender al conocimiento de Dios, meta de nuestros deseos y verdadero bien del hombre porque es el Bien Absoluto del universo. Sólo en Dios encontramos el fundamento trascendente de todo decir y de toda comunicación entre los hombres. Al servicio de la manifestación del bien divino y de la ordenación de todas las mentes e inteligencias a Cristo, Sabiduría encarnada, se ordenan estos sugerentes y profundos escritos, expuestos con la fuerza de quien ha tenido la valentía de orientar su vida, en fidelidad a la enseñanza recibida de su maestro el padre Orlandis, a la contemplación de la verdad en la escuela de santo Tomás de Aquino.

Antonio Amado Fernández
Profesor de metafísica
Universidad de los Andes (Santiago de Chile)



La causa de la fiesta del Corazón de Jesús ante la Sagrada Congregación de Ritos

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

EN el número del pasado mes de junio, dedicado al Corazón de Jesús, tratamos de la llegada, tardía pero entusiasta, de su devoción a España, y de como se inició con ocasión de un encargo entre dos verdaderos amigos del Corazón de Jesús, el del padre Cardaveraz al novicio Bernardo de Hoyos, de copiar un texto del libro del padre Galliffet, llegado poco antes al colegio jesuita de Valladolid.

Retomamos el hilo de las gestiones realizadas unos años antes en Roma por este jesuita, quien, conocedor de que el papa Benedicto XIII era personalmente devoto del Corazón de Jesús, le solicitó la aprobación de su libro y su autorización para dedicárselo. El Papa aceptó la dedicatoria y el libro se imprimió en el Vaticano.

El libro del padre Galliffet, tras el favorable dictamen de varios censores jesuitas, había ya recibido la aprobación del padre general, pero, por tratarse de un culto nuevo, convenía contar con la opinión del promotor de la fe, el obispo de Ancona monseñor Próspero Lambertini. Se le remitió, y tras estudiarlo, declaró que el manuscrito era perfecto en todos los sentidos, y que podía imprimirse.

El fundamento de la devoción al Corazón de Jesús parecía inatacable, y sus devotos tenían todo bien dispuesto y a punto para lograr la aprobación de la fiesta. Se tenía el éxito por tan seguro, que el postulador escribe ufano al obispo Languet: «El mismo promotor de la fe (que está a favor), me ha dado traslado de su escrito con las objeciones para que responda... El cardenal Albani, ponente de la causa y muy celoso, me asegura el éxito. El cardenal español Belluga (instado por Felipe V) que ha tomado muy a pecho esta devoción, me dijo que la fiesta será aprobada». De nuevo escribía a Paray: «Continuad vuestras oraciones por el éxito del libro y de los proyectos que deben seguir a su edición. Si nuestro divino Maestro los bendice, veremos pronto resplandecer la gloria del Corazón de Jesús en Roma y en toda la Iglesia. Así sea.»

El postulador padre Galliffet presentó un resumen de su libro como memorial de la petición «de la causa de la concesión del Oficio y de la Misa del

Santísimo Corazón de Jesús», y encomendó su defensa como ponente ante la Sagrada Congregación de Ritos al cardenal Albani. El padre Galliffet escribe a primeros de julio de 1727 a monseñor Languet: «Aunque no tenemos aún decisión, estoy convencido, como siempre, de que ésta será favorable.»

El 12 de julio de 1727, discusión de la causa ante la Sagrada Congregación de Ritos

MONSEÑOR Próspero Lambertini que dos años antes había dado el *placet* al libro del padre Galliffet, ahora, cumpliendo el deber que le imponía su función de promotor de la fe, popularmente conocida como «abogado del diablo», tenía que buscar razones para oponerse.

Comenzó por reiterar las objeciones presentadas treinta años antes en el pontificado de Inocencio XII, insistiendo en que la fiesta del Corazón de Jesús es una fiesta nueva que no hay que establecer sin motivos serios. Se le responde que todas las fiestas son nuevas cuando se comienzan a celebrar, y que el motivo es el expreso deseo de Jesús. Lambertini resiste: si la Sagrada Congregación concede hoy la fiesta del Corazón de Jesús, ¿no se nos pedirá mañana otra fiesta en honor del Corazón de la Virgen María? En su labor como abogado del diablo Próspero Lambertini no había recibido el don de profecía.

Similitud en el origen de la fiesta del Corazón de Jesús con la del Corpus Christi

OBJETA luego el promotor de la fe que no parece evidente que Dios pida esta nueva fiesta al Corazón de Jesús con culto público mediante una revelación privada. Se le contesta que la Divina Sabiduría para la ejecución de sus designios se ha valido en todo tiempo de revelaciones particulares a las que deben su origen numerosas fiestas. Entre ellas hay una muy solemne: la fiesta del Cuerpo de Jesucristo, entre cuya institución y la del Sa-

grado Corazón de Jesús existe gran semejanza en su origen, en las contradicciones que han sufrido y en los medios de que Dios se ha valido para difundirlas.

El ponente lee el memorial en el que se refiere como en 1210 vivía en un monasterio cerca de Lieja una religiosa llamada Juliana, y como Dios, que se complace en comunicar sus secretos a las almas sencillas e inocentes, y que acostumbra a valerse para llevar a cabo sus mayores designios de instrumentos frágiles, deseando instituir en su Iglesia la fiesta del Cuerpo de Cristo, hasta entonces desconocida, reveló su proyecto a esta santa religiosa, instándole a que lo pusiera en práctica. Viéndose impotente para tal misión, resistió veinte años el encargo, hasta que al fin se lo comunicó a su confesor, canónigo de Lieja, hombre santo, sabio y prudente, quien la confirmó en que era voluntad de Dios.

Apenas se supo que se quería instaurar una fiesta en honor del Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, se alzaron protestas contra la fiesta, y sus promotores fueron difamados y perseguidos. La revelación fue tenida por un desvarío de Juliana, acusada de falsaria y espíritu dañoso que introduce el desorden en la Iglesia, y se le obligó a salir del convento. Sus defensores, tratados de espíritus ligeros que daban crédito a visiones de una joven fanática, fueron objeto de burla y vituperio, ridiculizados y abandonados. Dijeron sofisticadamente de la fiesta lo que hoy dicen de la del Sagrado Corazón: que presenta un objeto material que es la carne de Jesucristo, y que si Jesús está entero en el Santísimo Sacramento, hay que adorarlo entero y no por partes, y haciendo una fiesta particular de su Cuerpo, de algún modo Jesucristo se divide. Si se hace una fiesta especial del Cuerpo de Cristo, ¿por qué no la del Alma, la de la Divinidad, la de la Persona?

Con estas y parecidas objeciones se oponían obstinadamente algunos a la nueva devoción, pero Dios con su sabiduría llevó su designio a buen fin, y en 1246 el obispo de Lieja aprobó la fiesta del Corpus Christi en toda su diócesis. De allí se fue extendiendo a las vecinas, y luego a las más apartadas, soportando siempre iguales contradicciones, hasta que en 1264 Urbano IV mediante una bula especial mandó que toda la Iglesia la observase, disposición confirmada en 1311 por Clemente V en el Concilio de Viena, y así, tras ochenta años de contiendas, la Iglesia pudo gozar ya tranquilamente desde entonces de esta hermosa fiesta. Concluye el ponente: si las visiones de santa Juliana, aprobadas por el obispo de Lieja, permitieron establecer en el siglo XIII la fiesta del Corpus Christi, ahora, las revelaciones a la venerable Margarita María, acreditadas por el obispo de Soissons, moseñor Languet mediante su proceso canónico de 1715, deben también ser sufi-

cientes para aprobar la fiesta pedida por el Corazón de Jesús.

¿Cómo puede la piedad cristiana venerar un corazón de carne?

LAMBERTINI siguió con otras críticas de más calado: ¿cómo la piedad cristiana, eminentemente espiritual, puede venerar un corazón de carne? Responde el ponente: ¿No se alimenta el alma del cristiano comiendo el Cuerpo y bebiendo la Sangre de Jesucristo? Cuando se le objeta que el nuevo culto divide a Cristo, responde que el culto a la humanidad de Cristo: a su Cuerpo y a su Sangre, a su Nombre y a sus Llagas, las fiestas dedicadas a: su Nacimiento, a su Circuncisión, a su Epifanía, a su Pasión y a su Resurrección, no dividen a Cristo, pues cada fiesta de Nuestro Señor, y también la de su Sagrado Corazón, tiene un doble objeto: uno particular y otro más amplio. Todas las fiestas de Jesús son fiestas en que se honra a su divina persona, pero en cada una de ellas este honor personal no suprime ni absorbe el honor particular rendido a su Cuerpo, a su Sangre, a sus Llagas o a su Corazón, santificados y divinizados por su unión a la persona del Hijo de Dios hecho hombre. ¿Por qué rehusar al Corazón de carne, símbolo del amor de Jesús, los homenajes rendidos a su Cuerpo, a su Sangre y a sus Llagas?

Dice el ponente: si se nos arguye que no hay que dirigir nuestras peticiones a un Corazón de carne, sino a la persona de Jesús que es la única que oye y comprende, estamos de acuerdo, pero el Corazón de carne al que nos dirigimos está vivo y late hoy en el pecho de una persona divina viva, y en su naturaleza humana está tan estrechamente unido a ella que moriría sin él. La oración que se dirige a su Corazón, lo trasciende para ser recibida y aceptada con amor misericordioso por su divina persona.

En todo caso –dirá el opositor– la nueva fiesta es inútil, pues si tiene por objeto devolver a Jesús amor por amor y reparar las injurias que recibe en el sacramento del altar, tienen ya ese objeto y bastan las fiestas que honran la Pasión de Jesús y la santa Eucaristía. ¿No se celebra ya en el Jueves Santo, y todos los días en la santa Misa se hace conmemoración de la institución del Santísimo Sacramento?

Responde el ponente: Un culto que lleve a los fieles a amar más y mejor a su Redentor nunca será inútil. Las fiestas de la Pasión del Señor nos recuerdan la manifestación del inmenso amor de Jesús por los hombres mediante su dolor y sufrimiento hasta la muerte en la cruz, pero la fiesta del Corazón de Jesús contempla su amor en todas sus dimensiones, en especial su amor no correspondido y despreciado cuando se ofrece a los hombres en el sacramento del



Dibujo de Ignacio M^a Serra Goday inspirado en la imagen central del retablo de Forment del monasterio de Poblet.

altar, y advierte cómo la devoción al Santísimo Sacramento habría subsistido igual aun cuando Jesucristo jamás hubiese recibido ultraje alguno en este misterio, pero el fin principal de la institución de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús es el dar reparación a Jesucristo por las injurias que su amor ha recibido y recibe cada día en la Eucaristía por la ingratitud de los hombres.

Un argumento incidental de modernidad hace mella en algunos miembros de la Congregación de Ritos. Respuesta: «*Non proposita.*»

LA causa parecía bien encaminada, cuando el «abogado del diablo», agotados los argumentos de fondo expuestos por escrito, añadió de palabra, una nueva razón incidental, totalmente ajena a la cuestión, pero que hizo mella en los cardenales. Alertó Lambertini a los miembros de la Congregación de que en la petición se mezclaba una cuestión filosófica que la prudencia aconsejaba soslayar: la de que el corazón era como el centro de los placeres y dolores interiores, opinión a la que los mo-

dernos —se refiere a Descartes— se oponen, pues colocan el amor, el odio y demás afectos del alma no en el corazón, sino en el cerebro, del que se difundirían luego por los nervios al corazón, que sería sólo el órgano en que los sentimientos se manifiestan.

Así lo referiría después Lambertini, siendo ya papa Benedicto XIV, en su clásico libro *De Canonizatione sanctorum*, cuando, tratando sobre dicho dictamen de la Congregación de Ritos del que él era entonces promotor de la fe, escribe: «La Iglesia no ha pronunciado todavía su opinión sobre esta cuestión y se abstiene muy prudentemente de zanjar tales controversias, por lo cual con reverencia insinué que no se debía acceder a una petición apoyada muy principalmente en una opinión de antiguos filósofos a la cual se oponen los sabios modernos.»

El ponente se defendió de esta objeción imprevista explicando que su petición no trataba dicha cuestión ni bajo el punto de vista filosófico ni fisiológico, y que Jesús al revelarnos su Corazón utiliza el lenguaje corriente en que se habla de ver con los ojos y amar con el corazón, y que por eso todos entienden lo que nos quiere decir Jesús cuando nos revela que su Corazón está ardiendo de amor por los hombres.

¿No revela Dios a Moisés, para que los hombres comprendan su primer mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón» ¿No nos dice Jesús que del corazón nacen los malos pensamientos y deseos? Si los sentimientos del alma palpitan en el corazón de carne, lo dilatan y comprimen, y siempre y en todos los pueblos el corazón de carne ha sido considerado como el símbolo natural del amor, ¿por qué no venerar el Corazón de Jesús en el que se manifiestan sus sentimientos de amor?

Lambertini se equivocaba al pedir a los cardenales el rechazo de la fiesta del Corazón de Jesús diciendo que se apoyaba «*muy principalmente*» en una tesis discutida, pues, sea cual sea la opinión filosófica sobre las funciones fisiológicas del corazón en los afectos humanos, nada tiene que ver con la devoción al Corazón de Jesús, que no se apoya ni depende de que al corazón humano le asignemos la función de principio, órgano, sede o medio en el que se manifiesta el amor. Pero la improvisada réplica del ponente no consiguió superar las prevenciones transmitidas por el promotor de la fe a los miembros de la Congregación sobre esta cuestión incidental, porque algunos de sus miembros, incluso entre los mejor dispuestos, eran muy cultos e ilustrados, y por ello muy sensibles a la crítica de ser tenidos por atrasados y no estar al día en cuestiones científicas o filosóficas. El argumento de que la petición se apoyaba en una tesis superada hizo mella entre algunos partidarios de la aprobación, que pasaron de mayoría a minoría, y, como mal menor para no ver recha-

zada la petición, aceptaron el 12 de julio de 1727 una respuesta de «*Non proposita*», causa tenida por no propuesta, que dejaba la cuestión como imprejuizada, fórmula empleada para indicar al postulador que desistiera de su intento, y no se expusiera a una negativa formal. La Sagrada Congregación, a la vista de las dificultades presentadas, no juzgó llegado el momento de conceder la nueva fiesta, ni de dictaminar sobre las revelaciones de Margarita María.

El papa Benedicto XIII promueve en la ciudad de Roma la erección de la Cofradía del Corazón de Jesús

LA respuesta no resolvía la cuestión, por lo que durante los años siguientes el padre Galliffet, convencido de que no había que desistir, intensificó la campaña de oraciones para alcanzar de Dios la gracia de ver instituida la fiesta de su Corazón en la Iglesia. Continuaba impertérrito sus trabajos redactando otro memorial más completo y preciso a la espera del momento oportuno, cuando un acto de piedad del Papa le pareció señal inequívoca de que el tiempo había llegado.

Movido por la súplica del obispo de Marsella monseñor Belsunce, el piadoso papa Benedicto XIII, personalmente devoto del Corazón de Jesús, encargó a su cardenal vicario monseñor Marefoschi, que era uno de los que más había apoyado al padre Galliffet, que buscara el medio de establecer la devoción en la ciudad de Roma, y así el 10 de febrero de 1729, secundado por san Leonardo de Porto Mauricio, instituyó la primera cofradía romana del Corazón de Jesús en la iglesia de San Teodoro, en cuya inauguración predicó el padre Galliffet anunciando a los primeros cofrades romanos el próximo triunfo del Sagrado Corazón, que pronto podrían festejar con la Iglesia universal. Este público apoyo del Papa lo interpretó Galliffet como un signo de la Providencia, premonitorio del inmediato triunfo de la causa del Corazón de Jesús, si se volvía a presentar, y los postuladores no juzgaron imprudente ni ofensivo a la Congregación de Ritos insistir en el asunto con mejores razones, componiendo un nuevo memorial.

Nueva petición de la fiesta del Corazón de Jesús en 1729. Respuesta: «*Negative*»

EL ponente, cardenal Anibal Albani, presentó la petición en nombre del rey de Polonia, del obispo de Cracovia y otros 116 arzobispos y obispos y de toda la Orden de la Visitación, y centró así su nueva demanda: «Pídese tan sólo a la Santa

Sede el oficio y la misa propias del Corazón de Jesús para la fiesta ya establecida, propagada ya por todo el orbe, aprobada ya por ingente número de obispos, acostumbrada ya a celebrarse públicamente en casi todos los reinos y provincias, y confirmada ya por la Santa Sede con breves e indulgencias... y se pide para que la fiesta, aprobada por la Iglesia romana, maestra de la fe y de la religión, se celebre con uniformidad, y sea concurrida por las muchedumbres con más interés, fervor y fruto», advirtiendo humildemente que tal vez no se pueda poner en tela de juicio prudentemente que el mismo Jesucristo es el autor y propagador de este culto y fiesta. Se justifica la importancia de la causa en que son ya 349 las cofradías del Corazón de Jesús erigidas canónicamente y bendecidas por Roma con breves de indulgencias las que hace ya muchísimos años celebran por doquier la fiesta del Sagrado Corazón, y que sus millares de cofrades entienden que la Santa Sede no puede volverse atrás en su autoridad doctrinal. Como argumento de autoridad se invoca el testimonio de monseñor Languet, obispo de Soissons, que en un libro que acaba de aparecer incluye el proceso canónico presido por él con las declaraciones del capellán de la Visitación, y el dictamen de los cuatro médicos que en el proceso diocesano refieren como humanamente inexplicable la repentina curación de la hermana Desmoulins tras invocar a la hermana Margarita María y tocar sus prendas de vestir.

El objeto de la devoción –dice el ponente– es el Corazón de Jesús, pero, como cuando se adora al Corazón de Jesús se adora al mismo tiempo a la persona de Cristo, al que va dirigido en último término todo el homenaje, nos dirigimos a la humanidad de Cristo para llegar por ella a las entrañas de misericordia del Verbo de Dios, y adoramos al Corazón de Cristo, «no tan sólo materialmente considerado, sino en cuanto unido con vínculo indisoluble al alma de Cristo y a la persona del Verbo divino, ardiente de amor por los hombres, afligido por nuestros pecados, y acerbamente vejado y oprimido en la Pasión por toda clase de dolores por nuestro amor, y finalmente herido y abierto en la cruz por nosotros por el hierro de la lanza». Su fin «consiste principalmente en que se reparen y compensen con obsequios convenientes las injurias de los hombres ingratos al amor del divino Redentor en el mismo misterio de su amor.»

La Congregación de Ritos, contra toda expectativa, considerando la cuestión no suficientemente madura y no del todo resueltas las dificultades opuestas, se pronunció el 30 de julio de 1729 con una respuesta ya terminante: «*Negative*», la petición era rechazada. San Alfonso María de Ligorio entiende que la causa formal del rechazo fue de nuevo la cues-

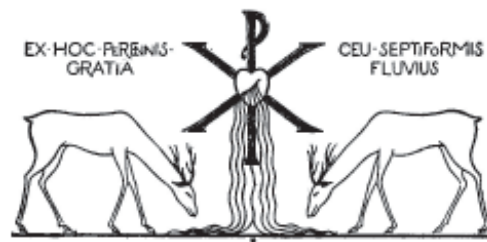
ción incidental de la función del corazón en relación con el amor, de si era su órgano productor, o sólo el órgano sensible que lo manifiesta y revela.

El padre Galliffet y los devotos del Corazón de Jesús desistieron entonces de su propósito en espera de los tiempos de Dios, que no suelen coincidir con los que prevén los hombres, aun los más piadosos y entusiastas en la defensa de su causa, sobre todo cuando éstos confían también en sus propias fuerzas, o en las de sus protectores humanos. El esperado triunfo no debía producirse entonces, y la llegada a la tierra prometida exigía el confiado peregrinar por el desierto, sabiéndose en manos de Dios, por casi otros cuarenta años más. Los proyectados festejos para los que Galliffet había pedido provisión al rey de España, deberían esperar. Este celoso apóstol no se desanimó, pues, como verdadero amigo del Corazón de Jesús, sabía que su corona, como la de sus dos amigos y predecesores Colombière y Croisset, no se trenzaría con laureles y éxitos, sino con las espinas de la contradicción y el fracaso humanos.

El padre Kentenich, fundador de la familia de Schönstatt, cuya lápida preside el texto *«Dilexit Ecclesiam»* dice en 1951: «Los tiempos son graves... el que tiene una misión extraordinaria tiene que someterse también a pruebas extraordinarias. La Igle-

sia tiene el derecho a exigir las e imponerlas. Los medios que para ello se sirven no nos deben escandalizar, pues necesita la comprobación de la autenticidad y divinidad de la misión.» Y el padre Pío de Pietrelcina, que sufrió también las incomprendiciones de algunas instancias vaticanas, confirma: «Dulce es también la mano de la Iglesia cuando golpea, porque es la mano de una madre».

El Corazón de Jesús había dicho a Margarita María: *«Ya encontraré la manera de hacer que mis planes se realicen, incluso por medios que parecen contraproducentes»*. Carlo Rezzonico era uno de los primeros miembros ingresados en la Cofradía romana del Corazón de Jesús inaugurada en 1729 por el padre Galliffet, y treinta y seis años después, ya como papa Clemente XIII, y a petición de dicha cofradía, iba a ser quien firmaría en 1765 el decreto concediendo la deseada fiesta. En 1730 fallecía el piadoso Benedicto XIII, y el padre Galliffet, fracasado en su misión en Roma, retornó a Lyon. Todo indicaba que una losa de silencio iba a caer sobre la devoción al Corazón de Jesús, cuando se alzó una voz inesperada: un prestigioso obispo, miembro de la Academia Francesa, acababa de publicar un libro sobre las revelaciones de Paray-le-Monial y la vida de la hermana Margarita María. De la conmoción que supuso daremos cuenta en el próximo artículo.



160 de la fundación del Apostolado de la Oración

Este año se cumplen los 160 años de la fundación del Apostolado de la Oración. Recordemos ahora unas palabras que Pío XII dirigió el 16 de junio de 1944 al vicario general de la Compañía de Jesús y director general del Apostolado de la Oración, el padre Norberto de Boynes, con motivo del centenario de esta obra.

«Seguid, pues, amados hijos que pertenecéis a esta Pía Unión, progresando día a día por un camino emprendido con tan buenos auspicios, continuad procediendo según vuestras fuerzas y propagando en todo lugar esa institución de la que decía nuestro predecesor, de feliz memoria, Pío X, que nada es más apto para curar los males más graves y variados que aquejan a la sociedad humana. Seguid usando con viva e intensa diligencia todos los medios que sirven para acrecentar y dilatar el reinado del Sagrado Corazón de Jesús.»



Pequeñas lecciones de historia

San Vicente de Paúl y el abate de Saint-Cyran, padre del jansenismo: la caridad y la soberbia (I)

GERARDO MANRESA

AMBOS personajes nacieron en la misma región francesa, la Gascuña, siendo Vicente, que nació en 1581, cinco años más joven.

Juan du Verger d'Aurane, conocido como el abate de Saint-Cyran, nació en una familia rica de Bayona, lo cual le permitió pasar una infancia y juventud cómoda, con una sólida formación en el Colegio de Bayona y una posterior época de estudios filosóficos y teológicos en París, donde se graduó en 1600, y Lovaina. De nuevo en París, conoció a Jansenio (1600-1604) y decidieron que había que estudiar a san Agustín y reformar la Iglesia, que hacía siglos se había desviado de la Iglesia primitiva. En la casa de Bayona, estuvieron, durante cinco años, los dos amigos estudiando a san Agustín para proceder, en un futuro, a la reforma de la Iglesia.

Vicente de Paúl, en cambio, durante su niñez se dedicó a cuidar ovejas, vacas y cerdos con lo que contribuía a la economía familiar, dada la precaria situación económica de la familia. Hasta los 14 años no inició sus estudios primarios. Su padre, viendo que Vicente destacaba pensó que como clérigo y con algún beneficio podía solucionar muchos problemas económicos de la familia y permitió que fuera a estudiar a Dax. Vicente, que quería ser sacerdote, intentaba conseguir los medios económicos, dando clases particulares, que le permitieran pagarse los estudios. Para pagar los estudios en la universidad de Toulouse, su padre tuvo que hacer otro sacrificio: vender un par de bueyes. En el año 1600 fue ordenado sacerdote. Aunque en principio aceptó la idea de su padre, el Señor le llevó por otros caminos

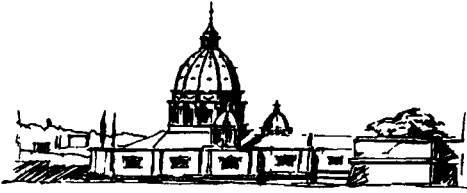
Ambos personajes se encuentran en París en el año 1623, en casa de Pedro de Bérulle, introductor del Oratorio de san Felipe Neri en Francia. Los dos, viendo la situación de la sociedad francesa, querían la reforma de costumbres de los fieles. Bérulle era en aquel momento, después de la muerte de san Francisco de Sales, el director espiritual de Vicente de Paúl. Saint-Cyran llegó a París y, rápidamente, en los medios piadosos (partido devoto) obtuvo fama de hombre de oración, austeridad y vida ejemplar. Desde aquel encuentro empezó una amistad que llegó hasta el techo común, la mesa común y la bolsa común. Vicente declarará más tarde que llegó a hacerle depositario de su confianza y consejero en sus dudas. La mutua colaboración consolidó esta amistad. Saint-Cyran sacó de apuros económicos y legales a algunas de las congregaciones creadas por Vicente y éste le acogió en sus casas en muchas ocasiones.

Hacia el año 1630, el abate Cyran se había introducido en los ambientes piadosos de París y, entre otros, traía embobado al cardenal Bérulle, el cual lo propuso a la reina María de Médicis para el obispado de Bayona. Sin embargo, Vicente empezó a ver en Saint-Cyran actitudes que no le acababan de gustar en las consultas que le hacía. Él nunca iniciaba una empresa sin valorar los pros y contras, y como su amigo era más erudito y dogmático que él le inquiría para que le diera una opinión. Cyran, creído de sí mismo, le daba los consejos con aire de superioridad y satisfacción: como un maestro a su discípulo, como un burgués rico a un pastor pobre. Poco a poco fue viendo que a Cyran no le satisfacían las organizaciones que había creado, la Congregación de la Misión de sacerdotes misioneros, ni el priorato de San Lázaro, ni aprobaba la emisión de votos en sus miembros, porque decía que menoscababan la libre voluntad. Una de las cosas que peor veía era la facilidad con que los misioneros daban la absolución a los pecadores, pues para él debían tener como una garantía de su conversión y ver su comportamiento después de la confesión. Decía que debíamos ser intransigentes con la naturaleza humana, dominada por instintos y sentimientos peligrosos. De manera que Vicente le tuvo que negar su presencia en San Lázaro porque para sus misioneros era un mal precedente la presencia de un extraño que no quería vivir como ellos.

El mismo año, 1630, Zanet, obispo de Langres, le pidió su ayuda en la dirección de las monjas benedictinas del monasterio de Port Royal. A los pocos meses, la abadesa, M. Angélica Arnauld, ansiosa también de caminos duros y exigentes, a pesar de las advertencias de san Francisco de Sales, retiraba al señor obispo de la dirección del alma de las monjas para entregarlas al abate. Poco a poco las monjas iban cayendo en esta doctrina, que más tarde se llamaría jansenismo, en la que no había término medio entre ser esclavo o rey, profano o santo y negrura o blancura.

Pero Vicente, tenía una fe maciza y estaba asentado sobre la «roca de Pedro» y cuando Saint-Cyran se atrevió a insinuarle «sus altas doctrinas» tropezó con la «roca». Para él, como dice la teología católica «la gracia no destruye la naturaleza sino que la sublima y perfecciona».

A pesar de esta discrepancia de doctrina, Vicente, que había aprendido de la mansedumbre de san Francisco de Sales, se propuso mantener el contacto con él para alejarle, poco a poco, de estas teorías tan peligrosas.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Retorno a Rusia del icono de la Madre de Dios de Kazan

EL 28 de agosto de 2004, fiesta de la gloriosa Dormición, la delegación representativa de la Iglesia católica romana, dirigida por el cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, hizo entrega a la Iglesia ortodoxa rusa a través de Su Santidad Alejo II, patriarca de Moscú y de todas las Rusias, del icono de Nuestra Señora de Kazan, la «Theotokos» y siempre Virgen María rusa, después del solemne servicio divino en la catedral de la Dormición en el Kremlin de Moscú.

La veneración de la Madre de Dios como «feriente intercesora de los cristianos», veneración común de las Iglesias católica y ortodoxa, nos hace regresar a los tiempos de la Iglesia antigua, cuando no se daban las divisiones entre Oriente y Occidente tan visibles, por desgracia, en nuestros días. La Iglesia ortodoxa rusa —afirmó el patriarca Alejo II—, siempre, incluso en los momentos más difíciles de sus relaciones con la Iglesia católica romana, ha afirmado invariablemente su voluntad de desarrollar estas relaciones en el espíritu de sincera cooperación con la esperanza de que en el futuro se haga todo lo posible para solucionar los problemas que permanecen entre nuestras Iglesias, necesidad sumamente importante para el futuro de Europa y de todo el mundo.

El traslado del santo icono de Kazan, sacado de Rusia tras el estallido de la Revolución comunista y, después de pasar por diferentes lugares, custodiado en el Vaticano desde hace más de diez años, es visto por la Iglesia ortodoxa rusa como un acto de justicia y de buena voluntad por parte de Su Santidad Juan Pablo II, muestra del sincero deseo de superar las dificultades existentes en las relaciones entre las dos Iglesias.

En el acto de despedida oficiado en el Vaticano, el Papa expresó cómo, desde la llegada de la imagen al Vaticano, había deseado su regreso al suelo de Rusia. «Cuántas veces —afirmó Juan Pablo II—, desde aquel día, invoqué a la Madre de Dios de Kazan, pidiéndole que proteja y guíe al pueblo ruso que le es devoto, y que llegue cuanto antes el momento en el que todos los discípulos de su Hijo, reconociéndose hermanos, sepan recomponer en ple-

nitud la unidad perdida». Y con esta entrega el Papa desea que el icono de Kazan transmita tres mensajes al patriarca ruso: su gran afecto por él y por la Iglesia ortodoxa rusa, su gran estima por la espiritualidad rusa y su deseo y firme propósito de proseguir en el camino del recíproco conocimiento y de la reconciliación entre católicos y ortodoxos.

A favor del verdadero matrimonio

CON este título la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha publicado una nota saliendo al paso de las pretensiones del gobierno de equiparar las uniones homosexuales al matrimonio, afirmando que dicha iniciativa no tiene justificación alguna ni en la «realidad antropológica del verdadero matrimonio» ni en las falsas «razones sociales y jurídicas» que se aducen.

La CEE advierte que «el reconocimiento jurídico de las uniones homosexuales y, más aún, su equiparación con el matrimonio, constituiría un error y una injusticia de muy negativas consecuencias para el bien común y el futuro de la sociedad». Los obispos recuerdan que «el Estado no puede reconocer este derecho inexistente, a no ser actuando de un modo arbitrario que excede sus capacidades y que dañará, sin duda muy seriamente, el bien común».

A la vez que los obispos defienden que el Estado proteja «a los ciudadanos contra toda discriminación injusta» sostienen la necesidad «de proteger a la sociedad de las pretensiones injustas de los grupos o de los individuos». «No es justo que dos personas del mismo sexo pretendan casarse. Que las leyes lo impidan no supone discriminación alguna. En cambio, sí sería injusto y discriminatorio que el verdadero matrimonio fuera tratado igual que una unión de personas del mismo sexo, que ni tiene ni puede tener el mismo significado social».

Sistemática agresión a la religión católica en España

EL obispo de Almería, monseñor Adolfo González Montes, ha denunciado la existencia de «un programa de sistemática agresión a la religión católica, sostenido con tenacidad en las

últimas décadas por algunos medios de comunicación y la complicidad de ciertos sectores políticos».

El acoso a la educación católica, el fomento de las uniones homosexuales o la propaganda a favor de la eutanasia constituyen algunos de los temas de actualidad en que los obispos han mostrado su oposición y levantado su voz para guiar a la grey a ellos encomendada. La reacción de los políticos, que no han dejado de exhortar a los obispos a respetar al Parlamento y renunciar a influir o coaccionar a los católicos, como si cualquier cristiano debiera obedecer antes a los hombres que a Dios, constituye «una nueva descalificación de la Iglesia católica con irritación que no se detiene en el exabrupto y el insulto».

Monseñor González Montes considera que esta «agresión contra la Iglesia» es «fruto de la voluntad mantenida de eliminar el obstáculo que, para el asentamiento del laicismo como ideología que aspira a inundarlo todo, representan las Iglesias cristianas y particularmente el catolicismo».

«El entramado de una reliquia. El Santo Pañal»

EL Museo Diocesano de Lérida acoge, desde el día 30 de junio hasta el 30 de octubre, una importante exposición de reliquias, centrada en los pañales del niño Jesús, la reliquia más venerada en la ciudad catalana desde la época medieval hasta el 1938, año de su pérdida.

De todas las reliquias, piezas de orfebrería y relicarios que pueden observarse estos meses en el palacio episcopal (dos fragmentos de la veracruz, reliquias de san Elví, san Lorenzo y de santa Bárbara, santa Graciosa y san Ignacio de Loyola o san Licerio, entre otras) la comisaria de la exposición, Esther Velasc, destacó el valor del relicario que contiene dos hilos del Santo Pañal del niño Jesús, lo único que queda de la reliquia altamente apreciada durante siglos por peregrinos leridanos, e incluso por reyes y papas.

Respecto a la historia del Santo Pañal, Velasc explicó que la reliquia viajó desde Belén a Jerusalén; posteriormente a Túnez y finalmente a Lérida, en 1297, gracias un comerciante llamado Arnau de Solsona, cristiano que estuvo prisionero en el norte de África y que, al volver a su tierra, donó la reliquia a la Iglesia, poco después de la consagración de la Seu Vella. Durante la guerra de la Independencia, la familia Puig guardó la reliquia para evitar que fuera saqueada por el ejército del país vecino. Posteriormente, como agradecimiento a esta actitud, un canónigo regaló a esta familia dos hilos del Santo Pañal, que han sido donados recientemente al Museo Diocesano.

Estos hilos son los que se exponen ahora, en un

relicario joya, junto a otro similar proveniente de la parroquia segoviana de Escalona del Prado, que fue donado por el rey Leopoldo a Felipe IV a cambio de un fragmento de la veracruz. El resto de la reliquia se perdió en el año 1938, tras ser depositado en el Banco de España, en el momento de convulsión de la Guerra Civil.

Trece «cristeros» camino de los altares

LA Santa Sede ha publicado los decretos de martirio de trece mártires de la persecución religiosa que tuvo lugar en México en los años veinte del siglo pasado, último paso necesario para su beatificación.

Al referirse al «testimonio heroico» de los numerosos mártires que derramaron su sangre en aquellos años en tierras mexicanas, el cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, consideró este reconocimiento como «motivo de consuelo y de estímulo para esas comunidades eclesiales». Entre los nuevos mártires reconocidos por la Iglesia se encuentran los sacerdotes José Trinidad Rangel Montaña, diocesano, y Andrés Sola Molist, misionero claretiano español y el laico y célibe Leonardo Pérez Larios, asesinados los tres «por odio a la fe» el 25 de abril de 1927 en Rancho de San Joaquín. Otro de los decretos reconoce el martirio del sacerdote Darío Acosta Zurita, asesinado en Veracruz el 25 de julio de 1931, «tres meses después de su ordenación sacerdotal». A su vez, la Santa Sede ha reconocido también el martirio del laico, abogado y padre de familia Anacleto González Flores y de otros siete compañeros mártires. Todos ellos fueron asesinados entre 1928 y 1929. El último decreto reconoce el martirio de un adolescente de catorce años, José Sánchez del Río y asesinado «por odio a la fe» el 10 de febrero de 1928.

Fallece el cardenal González Martín

EL pasado 25 de agosto fallecía en Fuentes de Nava (Palencia) a los 86 años de edad el cardenal Marcelo González Martín, arzobispo emérito de Toledo, a causa de un deterioro general de su estado de salud derivado de un fallo cerebral de origen vascular.

El purpurado español, nacido en Villanubla (Valladolid) el 16 de enero de 1918, ingresó en el seminario diocesano de Valladolid en 1935, licenciándose en teología en la Universidad Pontificia de Comillas en 1940. Fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1941 y durante veinte años desarrolló su la-

bor apostólica en Valladolid. En 1960 fue nombrado obispo de Astorga (León), siendo el prelado más joven de España. Como obispo de esta diócesis asistió al Concilio Vaticano II para ser posteriormente nombrado en 1966 arzobispo coadjutor, con derecho a sucesión, del arzobispado de Barcelona, sede de la que tomó posesión al año siguiente. Pablo VI le nombró miembro del primer sínodo de obispos en septiembre de 1967 y miembro de la Congregación para la Doctrina de la Fe en junio de 1968. En 1972 tomó posesión de la sede primada de Toledo, donde permaneció durante veintitrés años, y, al año siguiente, fue nombrado cardenal con el título de San Agustín.

Hombre valiente y pastor solícito, dio testimonio de su fe en Cristo y fidelidad al magisterio de la Iglesia en numerosas ocasiones, denunciando el fondo anticristiano de la nueva Constitución que se trataba de imponer a los españoles u oponiéndose con firmeza a la ley del divorcio, primera consecuencia de dicha Constitución. Pero sin duda, su mayor obra pastoral consistió en la reforma y revitalización del seminario de Toledo y la ordenación de 414 sacerdotes, hecho por el que, según sus propias palabras, deseaba que se le recordase una vez fallecido. Muestra de su corazón enamorado de Dios es la oración que poco antes de morir compuso él mismo y que ahora reproducimos:

«¡Oh Jesús, amado Jesús, hijo de Dios, hermano de los hombres, redentor de la humanidad!

»Estoy contento de haberte ofrecido mi vida porque tú me llamaste.

»Ahora que llega a su fin, recíbelas en tus manos como un fruto de la humilde tierra, como si fuera un poco del pan y del vino de la misa; y preséntasela al Padre para que él la bendiga y la haga digna de habitar junto a tu infinita belleza, perdonando mis faltas y pecados, cantando eternamente tu alabanza, lleno mi ser del gozo inefable de tu espíritu».

Juan Pablo II visita Lourdes

EL pasado 14 y 15 de agosto, el papa Juan Pablo II, en su 104º viaje internacional y como un enfermo más, peregrinó a Lourdes para «presentar a Dios, por intercesión de la Virgen María, todas las intenciones de la Iglesia y del mundo», con la confianza puesta en el valor redentor de la ofrenda, la oración y el sacrificio de los que sufren, participando en los actos más característicos de toda peregrinación a Lourdes (procesión de las antorchas, procesión del Santísimo, misa internacional, vía crucis, oración ante la Gruta, etc).

En el acto culminante de su viaje, en la solemnidad de la Asunción de la Virgen, bajo un sofocante

calor y ante más de trescientos mil peregrinos, entre ellos unos dos mil enfermos, el Santo Padre realizó un llamamiento «para que la vida, toda vida, sea respetada desde la concepción hasta su término natural». «La vida es un don sagrado del que nadie puede apropiarse» y se debe hacer todo lo posible para defenderla en una sociedad amenazada mortalmente por el materialismo y la secularización que despoja a niños, ancianos y enfermos de la dignidad personal humana.

Dos fueron, en fin, las intenciones que el Papa quiso remarcar más intensamente: la búsqueda de la paz y el respeto a la vida; dos anhelos que sin la gracia divina resultan de todo punto imposibles y que, como quiso recalcar Juan Pablo II, a Él hay que acudir constantemente para recibirlos.

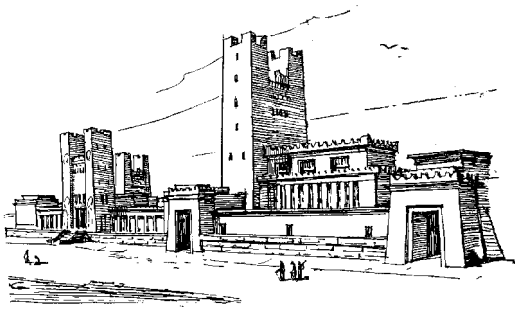
Frescos renacentistas en la catedral de Valencia

DESPUÉS de trescientos años de ocultamiento bajo la bóveda de la catedral de Valencia, han sido descubiertos en muy buen estado de conservación un conjunto de frescos, obras cumbre del primer Renacimiento español, de los maestros italianos Lorenzo Pagano y Paolo de San Leocadio, realizados entre 1472 y 1481. La existencia de las pinturas ya era conocida, por lo que la sorpresa se ha debido principalmente a su buen estado de conservación.

Se inician los preparativos del V centenario del nacimiento de san Francisco Javier

TRES comisiones –del arzobispado de Pamplona, de los jesuitas y de las autoridades civiles– se han formado en España para organizar la celebración del V centenario –el 7 de abril de 2006– del nacimiento del santo de origen navarro Francisco Javier, patrono de las misiones en la Iglesia universal, celebración que tendrá su apertura oficial el 3 de diciembre de 2005, fiesta litúrgica de san Francisco Javier.

A su vez, han comenzado en la archidiócesis india de Goa los preparativos para la ostensión de las reliquias de san Francisco Javier –del próximo 21 de noviembre al 2 de enero de 2005–, el «mayor acontecimiento público en diez años» en el que se espera la presencia de más de tres millones de personas. La basílica del Buen Jesús –donde está la tumba del santo misionero– en la parte antigua de Goa será el lugar donde se expondrán a la veneración los restos del jesuita, gran apóstol de Oriente y «la mayor figura del cristianismo en Asia después de santo Tomás apóstol».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Alarma en Inglaterra por los efectos del cannabis

CADA VEZ son más frecuentes los comentarios en los medios de comunicación favorables a la legalización del consumo de ciertas drogas como el cannabis, también conocida como marihuana. Pero aunque no guste oírlo, los comportamientos trasgresores comportan consecuencias, habitualmente poco agradables (la sabiduría popular lo expresa con aquello de que en el pecado lleva la penitencia). Lo cierto es que la generalización y banalización del consumo de cannabis entre los jóvenes está provocando efectos devastadores que, silenciados en España, han sido puestos de manifiesto en un informe del Departamento de Salud británico. En él se señala el considerable aumento del número de toxicómanos que ingresan en centros de desintoxicación por problemas con el uso del cannabis y que ya suponen un 10% del total de los ingresos. En la franja de edad entre 12 y 17 años este porcentaje se eleva hasta el 60%.

Por otra parte, el informe destaca que existe evidencia clínica del nexo entre el consumo de cannabis y el desarrollo de enfermedades mentales, en particular, esquizofrenia, psicosis, ansiedad y depresiones. Investigadores norteamericanos certifican que el 80% de los nuevos casos de psicosis registrados en la red hospitalaria están relacionados con el consumo de esta sustancia. Terrible, pues, la responsabilidad de tantos frívolos que banalizan sobre los efectos de esta planta estupefaciente.

Asia: el crecimiento de la Iglesia, fecundado por la sangre de los mártires

Los mártires, luminosos modelos cristianos, han mostrado un testimonio de fe y una obra extraordinaria para el crecimiento de la Iglesia en Asia. Los asiáticos elevados a los altares recientemente han plantado la fe cristiana y su sangre ha contribuido al crecimiento de la Iglesia. Su martirio ha sido fuente profunda de riqueza espiritual y un gran instrumento de evangelización.»

Quien así habla es el teólogo filipino José Vidamor Yu, vicerrector del seminario San Carlos de la archidiócesis de Manila, en su ponencia «*Los márti-*

res recientes de la Iglesia en Asia», presentada durante la conferencia sobre el tema «*El martirio y los testigos de la fe*», organizada por la Congregación para el Clero.

Según el teólogo, «los ejemplos de los mártires cristianos, tanto de los proclamados por la Iglesia como de aquellos que sólo Dios conoce, son una inspiración y un ejemplo para los misioneros que dedican su vida entera a la obra evangelizadora de la Iglesia en Asia. Los misioneros deben también inspirarse en cuantos han vivido la esencia del mensaje cristiano hasta sus últimas consecuencias. La vocación al martirio no es sólo un don de la persona a Dios, sino un don a la Iglesia.» Los mártires asiáticos abren nuevos horizontes para las misiones hoy, continúa el texto, recordando las recientes experiencias más significativas: «En la India, Gonzalo García y John de Brito fueron canonizados respectivamente en 1629 y 1947. Joseph Vaz fue beatificado en 1995. Japón tiene a Pablo Miki y sus compañeros, Gracia Hosawaka, Ludovico Ibaragi, Miguel Kozaki y Takayam Ukon; Corea tiene más de 10.000 mártires y Juan Pablo II ha canonizado a 103 mártires en Seúl en 1984.

Corea honra a Andrés Kim Taegon, un sacerdote coreano, junto con Chung Hasang y Kim Hyoim que eran responsables laicos. Las islas Filipinas tienen a Lorenzo Ruiz y sus compañeros y al catequista Pedro Calungsod que fue beatificado en 2000. Vietnam tiene más de 130.000 mártires, entre ellos los 117 canonizados en 1988: Andrés Dung Lac, Francisco Xavier Can, Vicente Diem, Pablo Le Bao Tinh, Pedro Nguyen Khac Tu e Inés Le Thi Thanh que fue beatificada en 2000. En lo que se refiere a China, en 2000 Juan Pablo II canonizó a 120 mártires, 33 misioneros y 87 chinos».

Los frutos de gracia de estos mártires no son algo pasado, sino que siguen alimentando a la Iglesia católica en la actualidad. Sólo así se entiende que, a pesar de todas las persecuciones (teníamos conocimiento casi de forma simultánea del arresto de dos nuevos sacerdotes, el padre Lu Genjun, de 42 años, y el padre Cheng Xiaoli, de 40 años, ambos de la región de Hebei, la que concentra más católicos en toda China), la agencia *Corrispondenza romana* informe de los más de 1.300 nuevos bautizados, principalmente adultos, que durante la vigilia pascual de 2004 han entrado a formar parte de la Iglesia católi-

ca en diez provincias chinas (Pequín, Tianjin, Hebei, ShanDong, ShanXi, JiangSu, HuBei, ShaanXi, HeiLongJing y la Mongolia china).

El cardenal Ratzinger denuncia el suicidio de Europa

EL cardenal Joseph Ratzinger ha vuelto a hablar claro, en esta ocasión sobre la realidad de una Europa que reniega de su ser cristiano. Y lo hace partiendo de una paradoja: «con la victoria del mundo técnico-secular europeo, con la universalización de su modelo de vida y de su manera de pensar, se tiene la impresión que el mundo de los valores europeos, su cultura y su fe, esto es, aquello en lo que se basa su identidad, haya llegado a su fin y se retire de la escena principal para dar paso a sistemas de valores de otros mundos, de la América precolombina, del islam o de la mística asiática. Justo en el momento de su máximo éxito, Europa parece vacía por dentro, paralizada en cierto sentido por una crisis de su sistema circulatorio, una crisis que pone en riesgo su vida, necesitada de trasplantes que minan su identidad».

El cardenal Ratzinger atribuye esta crisis de identidad de Europa a su implícito repudio del cristianismo. No sólo implícito, nos atrevemos a apuntar, sino claramente explícito, lo que hace que resulte problemático hablar de Europa, pues a menudo se quiere designar con el mismo término a dos realidades bien diversas: la Cristiandad por una parte, las naciones occidentales apóstatas por otra. Este repudio se manifiesta en otra paradoja según el cardenal: «En nuestra sociedad, gracias a Dios, es multado quien insulta la fe de Israel, sus grandes figuras; es multado también quien vilipendia el Corán o el islam. En cambio, si se trata de Cristo y de aquello que es sagrado para los cristianos, entonces aparece la libertad de opinión como el bien supremo a salvaguardar, aquel cuya limitación sería una amenaza o destruiría la tolerancia o la libertad. Hay aquí un odio hacia sí mismo por parte de Occidente que puede considerarse patológico».

El futuro de nuestros ejércitos

EL demógrafo Rickard Sandell acaba de hacer público sus estudios acerca del futuro del reclutamiento militar de 16 países europeos miembros de la OTAN entre los años 2004 y 2050, que en España ha dado a conocer el Real Instituto Elcano. Según el analista, una consecuencia directa de la transición demográfica (así llaman al hundimiento demográfico europeo) es la creciente escasez de personas jóvenes en Europa, lo que hace que la competencia por ellas sea previsiblemente más dura

en el futuro. Esto afectará a la mayoría de las instituciones europeas, pero tendrá un efecto particularmente grave sobre la capacidad de las fuerzas armadas europeas de mantener su actual número de efectivos. En el peor de los casos, la efectividad de las fuerzas armadas podría verse seriamente limitada.

En efecto, en Europa, el patrón histórico en el que cada nueva generación era más numerosa que la anterior, se ha visto sustituido en los últimos veinte años por la tendencia inversa, con cada nueva generación siendo numéricamente inferior a la anterior. Hay que señalar que para el año 2050 la población española de más de 75 años de edad será la cohorte de edad más numerosa y no la más reducida, como era el caso en 1991. Esto apunta a otra de las consecuencias del cambio demográfico: la población está envejeciendo a un ritmo extremadamente rápido. Esta tendencia no afecta sólo a España sino que es un fenómeno paneuropeo.

El informe señala que también debemos considerar los efectos de la inmigración. Gran parte del crecimiento de la población europea de los últimos años se debe a la inmigración; de hecho, ha sido responsable de hasta el 80 % del crecimiento de la población de la Unión Europea en la última década.

En este contexto, los ejércitos serán de los primeros en sufrir los efectos de esta nueva realidad demográfica, dado que dependen del reclutamiento continuo de jóvenes, cada vez más escasos. Para hacerse una idea de la magnitud de los cambios bastarán algunos ejemplos: en España el tamaño del nicho de reclutamiento era de 10 millones de personas en 1989. En 1999, cuando España decidió sustituir el servicio militar obligatorio por el reclutamiento voluntario, el nicho ya se había reducido a alrededor de ocho millones de personas, y para el 2050 se prevé que apenas llegue a los cuatro millones.

El informe se detiene aquí, pero no hace falta grandes conocimientos en demografía para seguir estirando un poco del hilo. La disyuntiva que se abre es sencilla: o bien se reducen los efectivos de los ejércitos (difícil en una época de riesgos, intervenciones humanitarias y también propiamente militares) o bien se abre la vía al reclutamiento de esos inmigrantes que ya están cubriendo los huecos provocados por el invierno demográfico en otros ámbitos laborales. No sería la primera vez que ocurre: también otro ente político, poderoso e indiscutible pero aquejado de una profunda crisis moral que se tradujo en crisis demográfica, hubo de recurrir a los extranjeros para mantener su seguridad. Nos referimos, claro está, al Imperio romano, que al llegar a sus últimos días contaba con innumerables bárbaros entre las filas de sus famosas legiones, por lo que más que hablar de invasiones bárbaras la historiografía moderna señala que los bárbaros ya estaban dentro del Imperio y que, a medida que su número crecía, iban apoderándose de mayores parcelas de poder, muy especialmente en lo que al ejército se refiere.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

JORGE MARTÍNEZ

ANDRÉ GLUCKSMANN

Occidente contra Occidente

Trad. Mónica Rubio

Madrid, Taurus, 2004

GLUCKSMANN vuelve a las andadas. Lo suyo es levantar la voz y poner el dedo en las llagas de Occidente. Ya lo hizo en su libro *Dostoievski en Manhattan*, donde señalaba que el atentado de las Torres Gemelas no era más que una máscara que se había puesto, azorosamente, el nihilismo. Ahora, en esta nueva entrega, pese a haber sido escrita antes de los atentados del 11-M en Madrid, su reflexión intenta avanzar con dificultad, pero las conclusiones no distan mucho de lo que este autor ya nos había dicho. Quizá, y por hilar fino, podríamos decir que en este libro, aunque sea en la última página, parece Glucksmann tener la intuición de que la posibilidad del planteamiento del combate ante el nihilismo está en la conciencia de cada uno. Por eso nos dice: «Somos. A cada uno, su campo de batalla. Cuando en la ínfima intimidad de una conciencia, Occidente choca con Occidente, todo está en juego y nada lo está, el tañido fúnebre por el fin de la historia queda suspendido, el carillón de un nuevo comienzo contiene su aliento.»

En su línea, Glucksmann nos entrega aquí un libro poco sistemático, una obra de ensayo escrita en una prosa que retruueca con agilidad reptil y en la que el significado resbala frecuentemente hacia la nada. Eso sí: datos, hechos, verdades como puños, heridas sangrantes de la historia más inmediata, acusaciones a Putin, a Chirac, a Bush –aunque en este caso no le hace falta esmerarse, ya que la ideologizada prensa europea ya ha dado buena cuenta de su anticipado cadáver político–, y a todo el Occidente terrorista-de-Estado, incapaz de cumplir con los ideales de la Revolución francesa con el método de la Revolución francesa.

Lo que no deja de sorprender es su insistencia. Ya nos señalaba en su anterior libro a la democracia como bálsamo de Fierabrás de las injusticias sociales. Y ahora, oh sorpresa, tras mostrar la evidencia de que las democracias no están a la altura (Ruanda, Vietnam, Balcanes...), vuelve a sugerir, aunque sea esta vez de un modo especialmente críptico y misterioso –no fuésemos a entenderle, claro– que «es en efecto indispensable que las democracias vigilantes y preocupadas por su supervivencia a largo plazo bloqueen –si es necesario por medio de guerras limitadas– los desmanes potencialmente ilimitados de la peste terroris-

ta.» ¡Ay, que el «mal menor» asoma a través de sus recomendaciones! Ese mal menor que «a largo plazo» incubaba el «mal mayor» que nadie quiere y que todos intentan combatir pero al que, según los planteamientos del autor llevados al paroxismo, no es posible no llegar.

Para aclararnos: Glucksmann viene a decir que Occidente no tiene otro camino que la guerra porque ha sembrado en el mundo la venenosa planta del nihilismo por sus «históricas» intervenciones en diferentes países que no gozaban de una democracia consolidada o existente. Nos dice: «los contemporáneos se occidentalizan contra Occidente». Sin embargo, propone que solucionemos el problema plantando a un ritmo más lento (mejor con USA que con Rusia, que se pasan muchísimo) la misma planta. O sea, que lo que tenemos que hacer es seguir pidiendo prórrogas en un partido que sabemos de antemano que está perdido. Uno se pregunta: ¿Si no hay esperanza, por qué luchar, por qué seguir sembrando nuestra propia muerte, por qué alargar el sufrimiento si éste es absurdo?

A mí me parece que el mayor valor que tiene este libro es que está sumergido en la pregunta, que es lírico porque tiene más deseo que respuestas y que, por tanto, reconoce que, en algún lugar, alguien sabe cómo contestarla. Sólo por eso el libro ya vale un imperio, porque la opinión pública, no lo olvidemos, sigue zanjando este tema con una dialéctica sentimental que le devuelve a un estúpido bienestar y a un adocenado olvido. Por eso el libro engancha, porque deja de lado el naufragio sentimental al que estamos habituados en la prensa, porque dimite de una concepción de la razón que se da respuesta a sí misma sin ningún diálogo con la realidad –creíamos que después de Auschwitz se había aprendido la lección, pero parece que la modernidad se refuerza en «hipermodernidad» como nos cuenta Lipovetsky–, porque ante la impotencia racionalista intenta buscar, intenta abrirse a toda la realidad, como buscando algún elemento que permita variar el color del ceniciento paisaje actual.

Sin duda, ese elemento, esa respuesta, está en la tradición de Occidente y no en la de China. Por eso, Sr. Glucksmann, siga buscando, no ceje, que quien busca encuentra. La pregunta sólo se plantea ante algo que sucede. Por tanto, si hay pregunta, hay respuesta, aunque no nos hayamos enterado de lo que se nos estaba diciendo. Paciencia y dedicación, pero no nos diga que la paciencia y la pregunta es para nada, que si no uno no sabe ni por qué pierde el tiempo leyendo libros.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Que el César haga de César

*Glosando las palabras de san Pablo acerca del gobierno, y en concreto la afirmación de que el César es «siervo de Dios», Patrick Henry Reardon, editor de la revista norteamericana Touchstone, realiza unas interesantes consideraciones. En primer lugar afirma que «de modo negativo, el gobierno civil sirve al orden moral al reprimir el mal, y específicamente al castigar a la gente que hace cosas malas. Al hacer esto no se inspira solamente en motivos económicos o políticos. Funciona también como un agente político que sanciona fortaleciendo la ley moral. Por ejemplo, el gobierno mete a los ladrones de bancos en la cárcel no porque sean dañinos para la economía sino porque los ladrones de bancos violan la ley moral gravemente. El gobierno castiga a los asesinos no porque el asesinato afecte al censo sino porque el asesinato viola gravemente la ley moral. Es precisamente para vindicar los principios morales que la autoridad civil posee el *ius gladii* y que “no empuña la espada en vano” (Rom 13,4). Esta verdad parece obvia para todo el mundo excepto para los anarquistas.*

»En segundo lugar, y de modo positivo, el gobierno civil sirve al orden moral promoviendo el bien. El gobierno no existe sólo para la represión del mal, sino también para el avance del bien. El buen gobierno, en breve, no solamente respeta la conciencia, sino que se esfuerza por inspirar e informar la conciencia.

»Existen varias formas en las

que el gobierno civil es capaz de promover el bien, pero el poder de gravar con impuestos es probablemente uno de los más importantes. Es por ello que las leyes fiscales recogen un especial respeto y cuidado hacia el régimen matrimonial, al ser éste el fundamento de la misma sociedad civil. Por otro lado, extender un régimen fiscal comparable a las uniones homosexuales sería una muy seria perversión porque promocionaría el mal moral, y el mal moral nunca es beneficioso para la sociedad. La tolerancia del mal moral es una cuestión ardua y delicada, pero que en cualquier caso la prudencia puede requerir; en cambio nunca es lícito premiar el mal moral».

Un revista realista y sobrenatural

Kephas es una revista con sede en Angers, Francia, y poco más de dos años de vida. Por su temática y talante comparte muchos puntos con CRISTIANDAD, por lo que supone un gran gozo ver cómo aparecen publicaciones ordenadas a «instaurare omnia in Christo». Creemos que vale la pena detenerse por unos momentos a leer la carta fundacional de la revista Kephas, de la que extractamos un fragmento, que por su fuerza y acierto no nos debería dejar indiferentes y en buena medida podemos hacer nuestra:

«Una triple constatación

»1 – La confusión actual de los espíritus, lo que el Santo Padre ha

llamado una «profunda crisis de la verdad», se acompaña actualmente de un desconocimiento de la naturaleza de la Iglesia, de su autoridad maternal.

»2 – Las “tendencias” eclesiales reproducen demasiado a menudo un esquema dialéctico, como si la Iglesia fuera una sociedad política puramente humana y no la Iglesia del Verbo encarnado.

»3 – Es un hecho: los documentos del Magisterio son accesibles a todos los medios de comunicación, antes incluso de que sus primeros destinatarios, incluidos muchas veces los obispos, hayan podido conocerlos. Una especie de segundo magisterio, que tiene sus propios criterios, mundanos e independientes del presupuesto de la fe, que crea confusión en la recepción por parte de todos los fieles, teólogos o simples creyentes, de las enseñanzas de la Iglesia.

»Un objetivo en tres tiempos

»1 – El objetivo primero es ayudar a los cristianos, sacerdotes, religiosos o laicos deseosos de progresar en la «santidad del amor» por el conocimiento del mensaje de la Iglesia a recibir sin complejos esa luz que emana continuamente de la Cátedra de Pedro.

»2 – El triunfo de la fe que evoca la cita escriturística de nuestro lema subraya la fecundidad de ese consejo de san Agustín: “Tened ojos cristianos”. La nota particular será, pues, el «asentimiento

religioso de la voluntad y de la inteligencia al magisterio auténtico del Soberano Pontífice, también cuando no habla *ex cátedra*» (*Lumen gentium* n. 25), comprendido como una actitud espiritual de fondo y no solamente intelectual, cuya nota distintiva es preferir el juicio de la Iglesia al suyo propio.

»3 – La realización de este objetivo gira en torno a dos grandes ejes: de una parte transmitir las enseñanzas de la Iglesia, y así reaccionar eventualmente a las deformaciones de las que pueda ser objeto, especialmente sobre las cuestiones más presentes en la actualidad; de otra parte, permitir, dentro de este espíritu, a diversas personas expresarse libremente sobre cuestiones filosóficas, literarias, artísticas, científicas, éticas, etc.»

Redescubrir la iglesia doméstica

Ése es el objetivo del artículo de Mike Aquilina que nos recuerda que durante los primeros siglos de existencia de la Iglesia, cuando arreciaba la persecución y no había posibilidad de edificar templo alguno, fueron los hogares cristianos, iglesias domésticas, los focos de la fe cristiana. De ahí surgen pues esas «seis recomendaciones que las antiguas familias cristianas pueden enseñarnos a las modernas familias cristianas:

»1. Considera tu hogar como iglesia doméstica. Necesitamos imitar a los primeros cristianos en ver nuestros hogares como lugares de oración y comunión, como fuentes de caridad y escuelas de virtud. San Agustín una vez se dirigió a un grupo de padres como “mis queridos compañeros obispos”. Éste es el papel que los padres juegan en la iglesia doméstica.

»2. Haz de tu iglesia domésti-

ca un hogar de caridad. Fue Tertuliano quien escribió «es nuestro cuidado de los necesitados, nuestra práctica de la delicadeza amorosa la que hace que nuestros oponentes deban decir: «Mira esos cristianos cómo se aman unos a otros». Este amor debe empezar en nuestras casas.

»3. Haz de tu iglesia doméstica un lugar de oración. Esto no significa que tu día tenga que ser una sucesión de devociones, pero sí que exista un rutina regular familiar de oración. Se puede rezar juntos al inicio del día o a su final, se puede rezar juntos al menos en la acción de gracias en cada comida. Empieza con algo sencillo y date tiempo para ir creciendo en la oración.

»4. Sé consciente de que, como iglesia doméstica, estás «en misión». Como la Iglesia universal, has sido enviado por Cristo a llevar el Evangelio al mundo, empezando por los tuyos y siguiendo por quienes te rodean en tu vida cotidiana.

»5. Cultiva la virtud de la esperanza. La gracia divina tiene un poder ilimitado. Puede transformar personas, puede y ha transformado culturas enteras. Como padres, como parroquianos, como vecinos, tenemos que creer en los milagros. Tenemos que creer que la gente puede cambiar. Es demasiado fácil pensar que mucha gente está perdida sin remedio, pero esto es sencillamente falso. Los milagros ocurren, la gente cambia, los pueblos, ciudades y países pueden convertirse al cristianismo.

»6. Vive de las enseñanzas de la Iglesia. Necesitamos llevar a nuestros hogares las exigencias de Jesucristo y de su Iglesia. Esta exigencia puede ser difícil, pero la alternativa es mortal. Los primeros cristianos no convirtieron al Imperio romano haciendo componendas con las ideas imperiales acerca de la vida familiar. No aceptaron ninguna componenda

sobre el divorcio, la contracepción, el aborto, el infanticidio o la homosexualidad. Los primeros cristianos odiaban esos pecados, incluso si amaban apasionadamente a los pecadores que los cometían. Nosotros, también, debemos odiar estos pecados y mantenerlos alejados de nuestros hogares. Pero necesitamos también ayudar a otras familias a vivir de acuerdo con las enseñanzas de Jesús. Necesitamos evangelizar a las familias que nos necesitan. Si no lo hacemos, entonces podemos contarnos junto con el sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano entre los que pasan sin detenerse ante el prójimo moribundo».

El Dios de los cristianos no es el Alá de los musulmanes

Esta afirmación, que en la actualidad puede parecer atrevida, ha sido realizada ni más ni menos que por el obispo Cesare Mazzolari, de 67 años, misionero comboniano en Sudán desde 1981, en una entrevista concedida recientemente al Giornale. Reproducimos aquí algunos extractos de la larga entrevista a Mons. Mazzolari, quien no duda en afirmar lo siguiente: «Se está avvicinando el momento del martirio. Espero que el Señor nos dé la gracia de afrontar este derramamiento de sangre. Necesitamos purificarnos. Muchos cristianos serán asesinados por su fe. Pero de la sangre de los mártires nacerá una nueva cristiandad».

»¿Convierte a muchos musulmanes?

»Rotundamente no. Acercarse a un musulmán significa condenarlo a muerte. Quien se convierte espontáneamente se ve obligado a huir. Pero es encontrado y castigado incluso a miles de kilómetros de distancia.

»¿Y hay católicos que abrazan el islam?

»Sí, por desgracia. Al menos tres millones han emigrado hacia el norte debido al hambre y han tenido que pronunciar la *shahada*, la profesión pública de fe, para conseguir un trabajo. Los conversos son marcados a fuego, los marcan como a las vacas para así distinguirlos de los infieles».

»¿El Dios de los cristianos es el Alá de los musulmanes?

»¡Nooo! ¿Dónde metemos el

concepto de Trinidad? El más grande de sus profetas no es ciertamente Cristo».

»¿Exagera quien habla de choque de civilizaciones a propósito de Occidente y el islam?

»No. Estamos sólo en sus inicios. La Iglesia ha derrotado al comunismo, pero está apenas percibiendo el reto del islamismo, que es incluso peor. El Santo Padre no puede afrontar este reto por motivos de edad. El próximo papa deberá afrontarlo en una situación en

que nuestra tradición cristiana ya no la vivimos en los hechos. El musulmán tiene una constancia de práctica superior a la nuestra. Incluso cuando te enseña a decir *sukran*, gracias, para él es proselitismo, puesto que el árabe es la lengua del Corán».

[...]

»¿Hay algo que mis lectores y yo podamos hacer por usted, padre?

»Recen mucho».

Qué es la Revolución

Si quitando la máscara a la revolución le preguntases: «¿Quién eres tú?». Ella os dirá: «Yo no soy lo que se cree. De mí hablan muchos y muy pocos me conocen. Yo no soy ni el carbonarismo que conspira en la sombra, ni la muchedumbre que vocifera, ni el cambio de la monarquía en república, ni la sustitución de una dinastía por otra dinastía, ni la momentánea alteración del orden público. Yo no soy ni el vocerío de los jacobinos, ni los furros de la Montaña, ni los combatientes de las barricadas, ni el saqueo, ni la ley agraria, ni la guillotina, ni los incendios. No soy ni Marat ni Robespierre ni Babeuf ni Mazzini ni Kossuth. Éstos son mis hijos, pero no son yo.

»Todas estas cosas son obras mías, pero no son yo. Todas estas cosas y todos estos hombres son hechos transitorios, pero yo soy un estado permanente.

»Yo soy el odio de todo orden religioso y social que el hombre no ha establecido y en el cual nada y Dios es la misma cosa, yo soy la proclamación de los derechos del hombre contra los derechos de Dios; yo soy la filosofía de la rebelión, la política de la rebelión, la religión de la rebelión; soy la negación armada; yo soy el fundamento del estado religioso y social bajo la voluntad del hombre en lugar de la voluntad de Dios; yo soy, en una palabra, la anarquía; porque yo soy Dios arrojado del poder y sustituido por el hombre. Este es el motivo por el que me llamo Revolución, esto es, convulsión, porque yo coloco en alto lo que, según la ley eterna, debería estar abajo, y arrojó abajo lo que tiene que estar arriba».

(Monseñor Juan José Gaume, *La Revolución. Investigación histórica sobre el origen y la propagación del mal en Europa*, 1856)

Nuestra Señora de la Merced

Reproducimos en esta ocasión un artículo de la revista relativo a la festividad de Nuestra Señora de la Merced, patrona de la ciudad de Barcelona y de su diócesis. El número del 15 de septiembre de 1944 estaba dedicado monográficamente a la Virgen de la Merced, redentora de cautivos, como hacía con frecuencia nuestra revista.

De entre todos aquellos ilustrados artículos elegimos el que a su vez era reproducción de un artículo del doctor Félix Sardá y Salvany, gran devoto de la Virgen de Montserrat pero no menos devoto de la de la Merced. La pluma del ilustre sacerdote de Sabadell era en verdad fecunda y entusiasmadora, como pudieron comprobar desde su fundación, el 8 de diciembre de 1870 hasta su muerte, los lectores del semanario Revista popular.

Después de una síntesis histórica de la devoción a la Virgen de la Merced escribe mosén Sardá que

la denominación de «Redentora de cautivos» no es meramente histórica, pues decía en verdad el ilustre apologista que la Virgen de la Merced había de ser más que nunca en aquella época redentora de los cautivos contemporáneos; escribiendo a este respecto: «He aquí precisamente nuestro más espantoso cautiverio, el de la libertad, o mejor dicho, el de su grosera falsificación, que es el liberalismo.

»El liberalismo es ante todo el reconocimiento de los falsos derechos del error y del mal. Reconocimiento que implica por necesaria consecuencia la opresión de la verdad y del bien. He aquí por donde aquella su libertad nefanda es para los buenos hijos de Dios el más feroz cautiverio».

Los actuales lectores de nuestra revista podrán darse perfecta cuenta de la gran verdad que encierran estas palabras de aquel gran sacerdote catalán. Hoy cobran mayor actualidad.

NUESTRA ciudad y diócesis celebran con gran devoción la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes, glorioso título con que es conocida la Virgen María, fundadora de la orden de Padres Mercedarios para la redención de cautivos cristianos. Sabida es de todos la historia de su aparición en Barcelona a don Jaime de Aragón, san Raimundo de Peñafort y san Pedro Nolasco, representación en cierto modo del gobierno, clero y pueblo catalán en aquella época, puesto que don Jaime era el soberano de esta nuestra patria, Raimundo canónigo de nuestra Catedral, y Pedro ciudadano seglar de Barcelona. Era a la sazón obispo de ella don Berenguer de Palou. Verificóse la solemne institución de la Orden Mercedaria el 10 de agosto de 1218, tras una lucida procesión a la cual concurren el Rey, los Concelleres, el Cabildo y la nobleza, los que, dirigiéndose a la Catedral, asistieron a una solemne misa que celebró allí el venerable Prelado. Al ofertorio subió al púlpito el canónigo san Raimundo, y expuso la idea de la fundación, la intervención milagrosa de María Santísima en ella, y los grandes bienes que de la misma iba a reportar la cristiandad. Acto continuo tomó el hábito mercedario de manos del obis-

po y pronunció los votos. Con él 10 vistieron e hicieron profesión solemne: Pedro Nolasco, Guillén de Bas, Bernardo de Corbera, Arnaldo de Carcasona, Ramón de Montoliu, Ramón de Moncada, Pedro Guillén de Cervelló, Domingo de Ossó, Ramón de Villetret, Guillén de San Julián, Hugo de Mataplana, Bernardo Scorna, Ponce de Solanes y Ramón de Blanes.

Otorgóles el Rey el derecho de llevar en el pecho el escudo de sus armas. Cedióles para convento una parte de su propio palacio, hasta que se construyó otro extramuros al mediodía de la ciudad, en terreno de don Raimundo de Plegamans, quien no sólo lo cedió gratuitamente, sino que levantó a costas suyas la casa e iglesia bajo advocación de santa Eulalia. Destruído el antiguo edificio en los repetidos sitios que tuvo que sostener Barcelona, construyóse el actual, colocándose la primera piedra de él el año 1765, durando su construcción diez años, pues se bendijo solemnemente en 1775. La imagen aun hoy venerada se cree fundadamente ser la misma que hizo labrar san Pedro Nolasco, dándole él mismo la traza al escultor, según la forma en que se le había aparecido la Reina de los cielos. Es hermosísima escultu-



ra, y bajo las ricas telas con que la ha envuelto la piedad de los fieles se la ve sentada en magnífica silla real de forma antigua, destrenzada la hermosa cabellera sobre las espaldas, cubierta con holgada vestimenta gótica de primorosos pliegues. Su rostro es blanquísimo y de un perfil encantador. Muestra sentado sobre las rodillas el Niño Jesús, que sostiene en la diestra el globo del mundo, y es como ella risueño y amoroso. La escolanía fundóse a princi-

pios de este siglo a imitación de la renombrada de Montserrat, y tenía cinco de sus plazas gratuitas a expensas de las rentas del convento, habiendo contado desde entonces con notabilísimos maestros y discípulos. La catástrofe del 35 no respetó el convento de la Merced más que para convertirlo primero en cuartel de la milicia nacional y luego en Palacio de la Capitanía.

Los cautivos redimidos por la Orden Mercedaria

fueron innumerables, mientras nuestras guerras con los moros hicieron necesario este benéfico ministerio. San Pedro Nolasco, en un solo viaje a Valencia y a Granada devolvió a su patria cuatrocientos cautivos, y a la hora de su muerte contaba rescatados por sí y los suyos más de siete mil. Guillermo de Bas, su sucesor en el gobierno de la Orden, libertó a mil cuatrocientos. Durante el gobierno de Bernardino de San Román se rescataron más de setecientos. En el generalato de Pedro de Amer, fueron rescatados dos mil trescientos dieciséis; en el de Albert, dos mil; en el de Raimundo Albertí, mil quinientos treinta. La suma total que consignaba a principios de este siglo los registros de la Orden se elevaba a la suma portentosa de setenta y un mil cautivos rescatados por la insigne religión mercedaria con las limosnas de los fieles, y a veces con la sangre de los heroicos libertadores que se quedaban por ellos en rehenes.

* * *

Esta fiesta es una de las más bellas de nuestra historia.

Don Jaime I, gran rey, el más rey y el de más grandiosa talla de cuantos ciñeron nuestra corona independiente; san Raimundo de Peñafort, canónigo barcelonés, gran santo y gran sabio, uno de los astros más luminosos que esclarecen con su saber y sus virtudes aquellas que llaman los alumbrados de hoy densas tinieblas de la Edad Media; san Pedro Nolasco, ciudadano mercader, tipo de aquellos ciudadanos y mercaderes que dieron alto nombre de libre y prudente a nuestra vida municipal, que hicieron célebre por todos los mares conocidos a nuestra marina mercante, tan fervorosos y humildes al pie del altar como santamente altivos en la plaza pública y en el consejo de los reyes: esas tres figuras, la del rey, la del sacerdote, la del ciudadano; esos tres tipos, personificación completa de nuestra sociedad en el siglo XIII, forman a los pies de la Reina de los cielos el hermoso grupo, el más característico, el más catalán, el más genuinamente barcelonés de cuantos ofrece la historia religiosa y civil de nuestra patria amadísima.

Acabamos de referir el glorioso suceso. Pero ¿quién, por poco entusiasta que sea de nuestras glorias, puede acabar de ponderarlo? Bajo este cielo hermosísimo que compite en pureza con el más limpio de Italia; a orillas de este mar cuyas olas al batir suavemente nuestra pintoresca costa parecen cantar todavía los recuerdos de nuestra pasada grandeza; al pie de ese monte cuya mole sombría coronada de muros y cañones semeja el genio de los siglos velando día y noche sobre nuestra opulenta ciudad;

aquí, aquí mismo, por estas mismas calles y plazas se les vio a los tres ínclitos personajes dirigirse acompañados de devota procesión a nuestra vieja Catedral para cumplir en ella lo que de labios de la Reina de los cielos les fue divinamente encomendado. Aquel piadoso obispo de Palou, cuyos restos descansan en urna de piedra al dulce susurro de los árboles y de las aguas de nuestro claustro, recibía allí en el presbiterio, bajo un trono pontifical, los votos de los primeros mercedarios, y autorizaba en nombre del Papa el establecimiento canónico de la nueva orden religiosa y militar, a la cual, como hemos dicho, se alistaban en seguida los primeros y más esclarecidos nombres de la nobleza catalana. Peñafort, el santo canónigo cuyo cuerpo guarda hoy bajo la mística penumbra de sus góticas vidrieras una de las capillas laterales de nuestra Basílica, ocupaba el púlpito y describía con sentidos acentos la merced preciadísima que con sus compañeros recibiera nuestra ciudad de la Virgen María, y pintaba con fuego y valentía lo sublime de la misión que en pro de la cristiandad y de los pueblos oprimidos estaba llamada a realizar la orden redentora. El gran rey, nuestro gran rey, Jaime el Conquistador, el de Valencia, el de Mallorca, el de Murcia, el de nuestro Consejo de Ciento, veíase también allí autorizando y honrando con su presencia y la de toda su corte la brillante ceremonia, sobresaliendo entre sus magnates con aquella elevada estatura suya que aun asombra al curioso observador en el sarcófago que guarda su momia en Tarragona. Allí daba por escudo y blasón al naciente Instituto las armas reales catalanas, para que sobre su pacífico hábito de blanca lana paseasen por todo el mundo nuestros frailes mercedarios aquellas barras gloriosas que a la vez nuestros guerreros hacían respetar y temer de moros y cristianos en todos los ámbitos de él. Y entre ellos atraía, quizá más que todos, las miradas Nolasco, el buen mercader que, habiendo empezado años antes por consagrar en beneficio de los pobres cautivos sus bienes, les hacía entonces pública donación hasta de su propia persona, jurándose quedar él propio en rescate cuando de otra suerte no fuese posible pagarlo, para librar a sus hermanos prisioneros. Y por las tendidas naves y claustro, y por las vecinas calles y plaza contigua, hervía el concurso de millares de hijos de esta ciudad, pintado en los rostros el júbilo de los grandes días de la Religión y de la patria, vestidos de fiesta así el noble como el menestral, dándose todos mutuamente plácemes y enhorabuenas y prometiéndose de la escena que acababan de presenciar los más lisonjeros resultados, mientras desde la gigantesca torre comunicaban a toda la comarca las majestuosas campanas la nueva feliz, por la cual en el sagrado recinto se elevaban al cielo las severas notas del himno ambrosiano.

¡Oh, siglos! ¡Oh, patria! ¡Oh, antigua fe! ¡Oh, eclipsadas grandezas!

Pero ved: acudid pocos meses después a la playa, y desde los baluartes que ciñen por parte de ella a la condal ciudad, mirad a lo lejos acercarse a todo remo y vela empavesadas galeras que cien madres y cien esposas aguardan con lágrima en los ojos y palpitanes de vivas emociones en el corazón. Son ellas, son las galeras de la Merced: el vigía ha señalado desde Montjuich que es la blanca bandera mercedaria la que ondea en sus toques, y que, de consiguiente, es dulce cargamento de esclavos libertados el que en ellas traen los frailes a los brazos de las madres y de las esposas. Ya se las divisa claramente al través de la bruma; ya se las cuenta y se las llama por sus nombres; ya se las ve atravesar la barra y ganar el puerto con toda la impaciencia del desterrado que vuelve a besar la tierra de la patria; ya desde la vieja atarazana las saludan nuestros bravos con sus armas, y desde el muro los hijos de nuestro pueblo con alegre vocerío y agitar de gorras y pañuelos. Ya saltan del buque los redimidos; ya besan fervorosos la arena, y con el escapulario al cuello, colgadas a la espalda como trofeo las cadenas de la cautividad, entran por nuestras calles, cantando el *In exitu* y las *Letanías*, y van a cumplir como buenos el voto que en días amargos ofrecieran en Túnez o en Tetuán a la Virgen, patrona de nuestra tierra. Ya los recibe en el atrio de la iglesia la religiosa comunidad: suena hondo el órgano acompañando sus cantos; corren lágrimas por todos los rostros, aun por el más atezado marino, y confúndense en abrazos y besos aquellos a quienes tuvo largo tiempo separados el pirata cruel, y bendicen todos a una a Dios, a la religión y al buen fraile que devolvieron a aquellas prendas queridas el patrio suelo, el hogar de la familia y la dulce libertad.

¡Oh! ¡Cuántas veces presencié Barcelona este espectáculo tiernísimo! Cien y cien se vio volver de sus viajes a los frailes mercedarios cargados con su rico botín de cautivos libertados. A principios de este siglo constaban, como hemos dicho, en los registros oficiales de la Orden, en número de más de setenta mil.

* * *

Dicen por ahí que es meramente histórica la denominación de Redentora de cautivos que damos a nuestra soberana Reina de las Mercedes; pues hoy

día, añaden, estamos en época de plena libertad, y no se dan ya tales cautivos.

He aquí precisamente nuestro más espantoso cautiverio, el de la libertad, o mejor dicho, el de su grosera falsificación, que es el liberalismo.

El liberalismo es ante todo el reconocimiento de los falsos derechos del error y del mal. Reconocimiento que implica por necesaria consecuencia la opresión de la verdad y del bien. He aquí por donde aquella su libertad nefanda es para los buenos hijos de Dios el más feroz cautiverio.

La libertad de los malos, o el liberalismo, es la que tiene en todas las naciones del globo encadenada con inicuas leyes a la Iglesia santa, y conculcados sus más legítimos derechos.

La libertad de los malos, o el liberalismo, es quien trae amarrados los pueblos del yugo de la masonería, que en odio a la fe dicta a los gobiernos sus infernales programas, y estos programas se cumplen.

La libertad de los malos, o el liberalismo, es el nuevo moro enemigo de Dios, que nos roba las almas sin alboroto y sin ruidos para llevarlas al infierno, peor que los antiguos corsarios berberiscos que asaltaban nuestras costas para conducir a nuestros padres a las mazmorras de Túnez o de Argel.

La libertad de los malos, o el liberalismo, corrompe nuestra educación, disuelve nuestra familia, seculariza nuestro nacimiento y nuestra tumba, envenena con miasmas de herejía toda nuestra atmósfera moral, enerva nuestro viril carácter, hace de los pueblos, antes ¡ay! tan tenaces en luchar contra toda opresión y tan fieros para sacudirla, turba de miserables esclavos que no osan ya romper su cadena, ni se atreven tal vez a llorarla, sino llegan quizá en su envilecimiento hasta el extremo de reputarla honroso blasón de libres y emancipados.

¡Oh!, sí!: libres y emancipados de su Dios y Señor; pero viles forzados al remo de Satanás y a la infame galera de las sectas secretas.

¡Oh, Madre!, ¡oh, Señora!, ¡oh, Reina! ¡Devolved a esa generación infeliz sus antiguos bríos de verdadero y libre y emancipado hijo de Cristo! ¡Romped y enseñadnos a romper, oh, Redentora de cautivos, los maldecidos hierros de esa nuestra vergonzosa cautividad!

CONTRAPORTADA

La peste del laicismo y sus amarguísimos frutos

Y si ahora mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello proveeremos también a las necesidades de los tiempos presentes, y pondremos un remedio eficacísimo a la peste que hoy inficiona a la humana sociedad. Juzgamos peste de nuestros tiempos al llamado *laicismo* con sus errores y abominables intentos; y vosotros sabéis, venerables hermanos, que tal impiedad no maduró en un solo día, sino que se incubaba desde mucho antes en las entrañas de la sociedad. Se comenzó por negar el imperio de Cristo sobre todas las gentes; se negó a la Iglesia el derecho, fundado en el derecho del mismo Cristo, de enseñar al género humano, esto es, de dar leyes y de dirigir los pueblos para conducirlos a la eterna felicidad. Después, poco a poco, la religión cristiana fue igualada con las demás religiones falsas y rebajada indecorosamente al nivel de éstas. Se la sometió luego al poder civil y a la arbitraria permisión de los gobernantes y magistrados. Y se avanzó más: hubo algunos de éstos que imaginaron sustituir la religión de Cristo con cierta religión natural, con ciertos sentimientos puramente humanos. No faltaron Estados que creyeron poder pasarse sin Dios, y pusieron su religión en la impiedad y en el desprecio de Dios.

Los amarguísimos frutos que este alejarse de Cristo por parte de los individuos y de las naciones ha producido con tanta frecuencia y durante tanto tiempo, los hemos lamentado ya en nuestra encíclica *Ubi arcano*, y los volvemos hoy a lamentar, al ver el germen de la discordia sembrado por todas partes; encendidos entre los pueblos los odios y rivalidades que tanto retardan, todavía, el restablecimiento de la paz; las codicias desenfrenadas, que con frecuencia se esconden bajo las apariencias del bien público y del amor patrio; y, brotando de todo esto, las discordias civiles, junto con un ciego y desatado egoísmo, sólo atento a sus particulares provechos y comodidades y midiéndolo todo por ellas; destruida de raíz la paz doméstica por el olvido y la relajación de los deberes familiares; rota la unión y la estabilidad de las familias; y, en fin, sacudida y empujada a la muerte la humana sociedad.

Pío XI: encíclica *Quas primas* (1925), al instituir la fiesta litúrgica de Cristo Rey